

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. ARAGÓN: DATOS PARA EL ESTUDIO DE SU ESTADO ACTUAL, por D. *Enrique Serrano Fatigati*.
- II. MIS MEMORIAS (continuación), por D. *Joaquín María Sanromá*.
- III. CARTAS DE PARÍS, por D. *Leopoldo García Ramon*.
- IV. EL BESO (leyenda, conclusión), por *Ramiro*.
- V. RECUERDOS DE SALAMANCA: LA MUERTA VIVA, por D. *Telesforo Gómez Rodríguez*.
- VI. EL MOSÉN (novela, continuación), por D. *Antonio Vascáno*.
- VII. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VIII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A*.
- IX. REVISTA EXTRANJERA, por *S*.
- X. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Costa-Rica y Colombia*.—*Tratado de aritmética*, por D. *R. Alvarez Sereix*.—*Crestomatía inglesa*, por *A*.—*Tratado completo para fabricar y mejorar vinos y aguardientes*, por *S*.
- XI. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^ª
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS-AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<i>Pts. Cs.</i>	PROVINCIAS	<i>Pesetas.</i>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<i>Pesetas.</i>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15	Un año.....	38
Un año.....	30,00	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

PROVINCIAS.

ALMERIA.....	Francisco de P. Mora.	MAHON.....	Pascual J. Hernandez.
ALCOY.....	Antonio Gimeno.	MÁLAGA.....	Francisco de Moya.
AVILA.....	José García.	MÚRCIA.....	Pedro Pagan.
ALBACETE.....	Sebastian Ruiz.	ORENSE.....	Vicente Miranda.
BARCELONA.....	{ S. Lopez Bernagosi	OVIEDO.....	Juan Martinez.
	{ Texidó y Parera	MALLORCA.....	Montañés é hijos.
BURGOS.....	Santiago R. Alonso.	PAMPLONA.....	Roman Velandia.
BILBAO.....	Eduardo Delmas.	REUS.....	Torroja y Tarrats.
CÁDIZ.....	{ Manuel Morillas.	SEVILLA.....	Hijos de Fé.
	{ José Vides.	SANTIAGO.....	Ramon Pazo.
CORUÑA.....	Vicente Naveira.	SALAMANCA.....	Sebastian Cerezo
CÓRDOBA.....	Manuel García Lobera.	SAN SEBASTIÁN.	Rubinat y C.ª
CARTAGENA.....	Vicente Velazquez.	SANTANDER....	Toribio Saldaña.
CUENCA.....	Manuel Mariana.	SEGOVIA.....	Abelardo Fernandez.
CIUDAD REAL...	José Clemente Rubino.	TENERIFE.....	Benitez y C.ª
FERROL.....	José María Abizanda.	TOLEDO.....	Alejandro Villatoro.
FIGUERAS.....	Juan Heren.	TORTOSA.....	Pascual Bernis.
GRANADA.....	Paulino Sabatell.	VALENCIA.....	Francisco Aguilar.
GIJÓN.....	Hermógenes Andrade.	VITORIA.....	Bernardino Robles.
HUELVA.....	Plácido García.	VALLADOLID....	Jorge Montero.
JEREZ.....	Miguel Gener.	ZARAGOZA.....	José Menendez.
LÉRIDA.....	José Sol.		

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATIAS LOPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50 — —
Puerto Rico y Moka.....	3 — —
Moka puro.....	4 — —

Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

ACADEMIA DE MATEMÁTICAS

DIRIGIDA POR

DON GUILLERMO FERNÁNDEZ DE PRADO, DON JESÚS BUITRAGO,
INGENIERO DE MINAS,
Y DON RAFAEL ALVAREZ SEREIX, INGENIERO DE MONTES

Calle de Chinchilla, 6, Madrid

La enseñanza en esta Academia comprende todas las asignaturas que se exigen para el ingreso en la ESCUELA PREPARATORIA PARA INGENIEROS Y ARQUITECTOS, y las que constituían el curso preparatorio en las Escuelas especiales.

HONORARIOS MENSUALES

	<u>PESETAS</u>
Aritmética.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 50
Álgebra elemental y superior....	
Geometría.....	
Trigonometría.....	
Geometría analítica.....	
Geometría descriptiva.....	} Por una ó varias de estas asignaturas... 75
Cálculo infinitesimal.....	
Mecánica racional.....	
Química general.....	
Por una clase particular de las asignaturas anteriores..	125
<hr/>	
Física.....	15
Francés.....	10
Inglés.....	15
Dibujo lineal, de paisaje, topográfico ó de figura.....	15

PILDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGUENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Lóndres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS
EN 1885

Por primas de seguros.....	Pesetas.	61.198.628,64	
» capitales para rentas vitalicias.....		4.733.670,31	
» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....		17.615.678,77	
TOTAL DE INGRESOS.....		Ptas.	83.547.977,72

PAGOS EN 1885

Por fallecimientos.....	Pesetas.	15.542.885,71	
» seguros mixtos vencidos ó descontados.....		3.844.194,37	
» rentas vitalicias.....		4.660.471,13	
» rescate de pólizas.....		8.764.099,46	
» beneficios distribuidos entre los asegurados.....		6.998.760,04	
TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.....		Ptas.	39.811.310,71
Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.		1.296.362,57	
» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....		10.489.849,02	
» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....		2.531.374,61	
TOTAL DE PAGOS.....		Ptas.	54.128.896,91

ACTIVO

Efectivo en caja y Bancos de depósito....	Pesetas.	10.585.477,03	
En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....		174.340.443,05	
» inmuebles.....		35.528.797,86	
» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas transferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....		94.111.608,75	
» préstamos á corto plazo (con garantía suplementaria de valores mobiliarios, importantes al precio corriente 3.080.892 pesetas).....		2.339.898,75	
» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.000.000).....		2.156.096,98	
» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....		4.551.072,75	
» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....		2.983.562,66	
» saldos en poder de representantes.....		301.324,70	
» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Diciembre de 1885 de capitales colocados.....		2.255.860,26	
» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de Diciembre de 1885....		17.370.202,46	
TOTAL DEL ACTIVO.....		Ptas.	346.524.345,25

PASIVO

Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100)	251.662.982,56		
Reserva para las rentas vitalicias.....	39.598.052,13		
Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liquidación y atrasos no reclamados.....	2.307.748,54		
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....	16.188.796,91		
Primas anticipadas.....	155.133,11		
TOTAL DEL PASIVO.....		Ptas.	309.912.713,25

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100)..... 36.611.632

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100)..... 68.538.842

EN 1885 LA COMPañÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas. 355.112.425

EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA..... 1.345.763.096

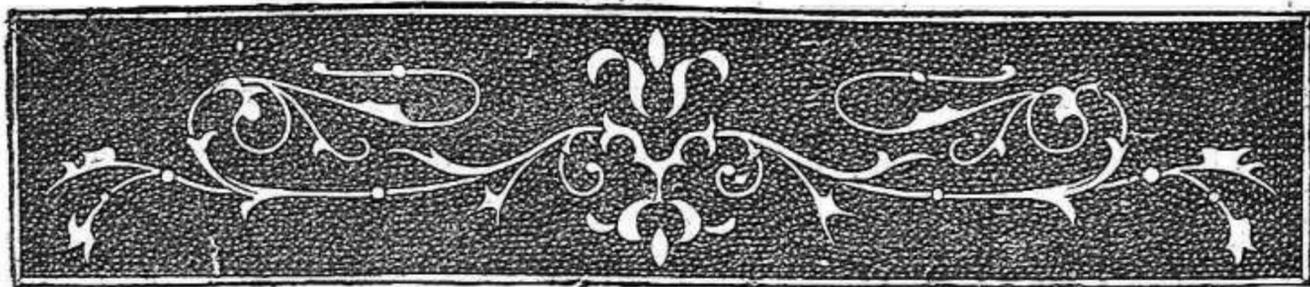
SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados.

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América.

Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



ARAGON

DATOS PARA EL ESTUDIO DE SU ESTADO ACTUAL

I



AS comarcas aragonesas carecen de ese carácter uniforme de las mesetas castellanas. No descubren aquéllas fácilmente sus secretos al que las cruza con rapidez por las líneas férreas, y sus doce ciudades históricas, llenas de recuerdos, y las más, ricas en bellezas, aparecen cercadas por territorios que distan mucho de presentar el aspecto monótono que identifica casi los alrededores de Salamanca, Zamora, Ciudad Real y otras poblaciones de los mismos reinos. Diríase por los aficionados á soñar misteriosos y extraños enlaces, que Aragón y Castilla muestran en la opuesta índole de sus condiciones topográficas la razón del contraste que existió entre sus instituciones: muchos y pequeños valles, en el suelo que se repartieron numerosos feudos; planicies iguales y extensas, donde el poder de los señores cedió más pronto ante la unión del Monarca con los pueblos.

Si con vuelo rápido pudiera el viajero elevarse á las alturas, y, por virtud de vista perspicaz, le fuera dable contemplar de una vez el reino que se esforzaron en constituir Sancho-Ramírez

y Alfonso el Batallador, aparecería ante sus ojos, en lugar de la interminable llanura que cruzan desde el Guadarrama los trenes del Norte, y más allá de Aranjuez los del Mediodía, una serie de recintos, muchos reducidos, que guardan á Tarazona, Daroca, Fraga, recogiendo en ellos los términos municipales, cual si hubieran de realizar su vida en absoluta independencia unos de otros.

Abundan en esta región los pequeños contrastes: en medio de las pobladas vegas, se destacan aquí y acullá los cerretes pelados, y confundidas con los matices de esmeralda ó serpiente, se ven las tintas grises, rojizas ó amarillentas.

El que sale de Zaragoza por el paseo de Torrero, y llegado al puente de América, acompaña en su curso al canal, pasa tan pronto por preciosos huertos, como observa la excepcional aridez de colinas semejantes á *cabezo cortado*. Junto á la Almenara de San Antonio deja á la izquierda paisajes hermosísimos, y entre ésta y la pobre de San Bernardo, va al lado de un lecho fangoso y cruza un otero apenas tapizado por plantas espontáneas. En la dirección de Juslibol recrea la vista frondosa alameda, próxima á la Torre de Mezquita, y atrae la atención la bien cultivada campiña, hasta que las colinas que limitan el valle truecan los fértiles rodales en la uniforme infecundidad que presentan aquí casi siempre las menores alturas.

En la deliciosa vega del Queiles, que envuelve á Tarazona, se opone de igual modo el espléndido color de los campos al mate del cercano puerto que salva el que se dirige á Veruela. Idéntica diversidad de aspectos se observa entre los viñedos del Somontano de Huesca y las pequeñas eminencias que se contemplan desde los derruidos muros de Monte Aragón; y, como nuevos ejemplos del mismo hecho, pueden citarse, entre cien, las márgenes del Jalón y las masas perforadas por túneles entre Calatayud y Paracuellos, los vallecitos y montículos de Morés, Morata y Calatorao, los cultivos de Terrer en las tierras bajas y el abandono de sus *tozales*.

Principian á modificarse algo estas condiciones, subiendo el viñedo por las faldas de las montañas; pero todavía se señala en ellas uno de los rasgos más salientes en los territo-

rios aragoneses. Se halla formado el suelo del antiguo reino como un mosaico de pequeños valles separados por anchos contornos de diferente matiz. De unos á otros fragmentos parten cintas cuyo color brillante se destaca vigorosamente al lado de los manchones del cuadro. Envuelto por campos bien cuidados, existe de cuando en cuando algún lote de iguales condiciones naturales dejado en el olvido, y todo anuncia que las necesidades, no sobrado grandes, ó la producción excesiva, hacen aquí posible el olvido de los recursos que podrían hallarse á distancia de los ríos.

Cabría representar estas comarcas en el mapa por un mar de verdura, lleno de estrechos y ensenadas, poblado por islas de un color terroso, cercanas unas á otras. Grande habría de ser el número de los tonos con que se indicaran en el papel desde el verde grisáceo de los olivos que preponderan en algunas, hasta el brillante, alegre y claro de los maizales que pueblan otras. De trazarse el plano en primavera, deberían interponerse á estas tintas las vagas é ideales mezclas de rosa, violeta y blanco que ostentan las flores de cien diversos frutales; pero ni en él podría dibujarse, ni en el libro ser descrito, el ambiente delicioso que se respira en aquellas campiñas.

No se pierden en ellas, durante el fin del verano, los rayos del sol en los rastrojos; dan fuerza á las cañas del maíz, alargan los tallos del cáñamo, aumentan la robustez de olmos y álamos, maduran exquisitos frutos, engendran las variadísimas reacciones que forman los aceites y confeccionan los elementos mil del mosto en los racimos. Y mientras estos misteriosos trabajos se realizan en el seno de los organismos, aquel rico desplegamiento de energía natural comunica al hombre algo que mueve á la alegre expansión y aleja de su alma los pensamientos melancólicos. No se experimenta allí la solemne tristeza que angustia el ánimo en las mesetas centrales de España; y si al marchar sobre la tierra de Castilla se imagina hollar el mismo polvo que pisaran los combatientes de Alarcos, los riegos y la renovación de los cultivos se encargan en Aragón de borrar las sombras de muerte, ante el grandioso cuadro de una vegetación siempre renovada y siempre llena de lozanía y vigor.

Pero lo mismo en sus rasgos topográficos que en los sentimientos que su contemplación despierta, se nota luego un profundo contraste entre estos risueños y amenos valles del Aragón central y aquellos otros agrestes y pequeños, ocultos entre las cordilleras extremas. Preside una ley sociológica á la distribución de los habitantes por las diferentes regiones: el mismo número de individuos, poseedores de los mismos recursos, y dentro de la mayor igualdad posible de condiciones, tiende á reconcentrarse en los llanos y á distribuirse opuestamente en mil pequeñas aldehuelas, encima de los peñascales; y esta variada ordenación, que da ya un carácter singular á unos y otros distritos, va acompañada siempre por distintos caracteres, mejor definidos en el aspecto de los suelos y en el fiel ó infiel recuerdo de las tradiciones.

Allá, en los confines del campo en que se asienta Huesca, aparecen diferentes líneas de montañas, que empiezan por pequeños oteros y acaban en escarpadas rocas. Primero, encima casi de la ciudad, el Pueyo de D. Sancho y el Tozal de los Mártires rompen la uniformidad de los planos horizontales; después, algo más lejos, se dibuja la cadena de los cabezos, coronada por Monte-Aragón. Sirven de fondo al cuadro: hacia el Occidente el pico del Gratal con el señorío de los Lanuzas, y á la parte oriental Sierra de Güara; en el punto medio más cercano al observador fija la mirada una curiosa hoz por donde sale el Flumen, denominada Salto de Roldán. Al Levante, desde otro Pueyo de Barbastro, se divisan en último término vagas y azuladas las cimas del Pirineo, y delante, mejor definidas y más llenas de interés histórico, las sierras de Sobrarbe, y perdiéndose hacia Benasque, los montes de Ribagorza.

Lo que aquellas defensas naturales prometen á la fantasía con sus profundos cortes y formas extrañas, se realiza plenamente detrás de sus masas: el valle risueño de Jaca; la peña imponente de Uruel, ennoblecida por heroicas leyendas; las arboledas misteriosas cercanas á San Martín de La Serós y al bizantino monasterio de San Juan; la vertical roca de San Victorián, que anuncia desde lejos cenovio y sepul-

ros; el pueblo de Soperun, emplazado en donde estuvo Ovarra; el que tiene por parroquia al glorioso Alahón y la casi olvidada catedral de Roda; los accidentados cursos del Esera y del Ivasena; inmensos precipicios, fértiles rincones ocultos á las miradas por los pinos, colosales moles suspendidas sobre templos ó antiguos claustros, y cien lugares más en variadas situaciones, constituyen un grandioso conjunto, no presentido siquiera en los otros valles, donde arte y naturaleza se dan la mano para herir la imaginación y levantar el pensamiento. Aquí se imponen reunidos los recuerdos históricos, que en vano se pretende evocar en las alegres y bien cultivadas vegas de Zaragoza y Tarazona.

Recorridas luego en la fantasía las tres provincias, aparece al extremo Sur, en los confines de Valencia y Cuenca, otra región igualmente montañosa, igualmente áspera, que sirve también de seguro cierre al reino de Aragón. Tajos profundos, en que el geólogo puede estudiar los pisos del Jurásico y del Trias, se presentan á la vista de Albarracín; los pobres restos de monumentos se unen allí á las reliquias de una vida tan lejana, que al lado del tiempo trascurrido desde que se perdieron éstas en las capas de sedimento, parecería un día solo la existencia de la humanidad sobre la tierra, y juego de fugaz momento el conjunto inmenso de las vicisitudes por que han pasado los pueblos más caducos.

Unese, por el contrario, Aragón mediante transiciones menos bruscas con Cataluña, y el viajero á Lérida que contempla el paisaje desde las ventanillas del tren, puede pensar por un momento que van á ofrecerse de nuevo ante sus ojos las planicies monótonas, de Arévalo y Sanchidrián ó de Vicalvaro y Torrejón al llegar á los campos de Tardienta y de Vicién; y si alejándose de la línea se visitan los distritos contiguos con mayor detenimiento, se contemplan mesetas no más pintorescas, antes de penetrar en el valle de Fraga y dentro de la región denominada los Monegros. Mas pronto se observa que en los llanos no impera el carácter seco de los castellanos, reconociendo el viajero que sobre lagunas y aguas estancadas se levanta Sariñena, y que en uno de los pantanos que existía más al Sur, hubo de edificarse hace sie-

te siglos el famoso monasterio de Sijena. Si después marcha perpendicularmente á la actual vía férrea, por el condado de Ribagorza ó el antiguo reino de Sobrarbe, no tardará en quedar plenamente convencido de que la existencia de estepas sin accidentes es aquí lo excepcional, lo raro, siendo en cambio lo general la existencia de pequeños recintos y de delimitaciones y más delimitaciones del terreno.

Donde no se extiende un trozo de las grandes cordilleras que cortan el suelo, acusan al menos la desigualdad del terreno pequeñas ondulaciones, al modo de las que forman la llamada Sierra de Alcubierre: multitud de cerretes como aquellos en que se ocultan Pertusa, en esta región, y Alquezar á la vista del Pueyo cercano á Barbastro, rompen en todas partes el carácter de uniformidad que parece iniciarse en diferentes valles.

Pero se halla, en cambio, subordinado este reino á una condición que le da unidad, y unidad bastante fuerte para que aparezcan bajo ella las bien marcadas separaciones de sus diversas comarcas: la porción mayor y más clásica de Aragón, desde Jaca hasta Fraga, y desde el Oriente de Ribagorza hasta Daroca, se halla situada en variadas cuencas dependientes todas de una región hidrográfica principal; la del Ebro. Las aguas que barren las faldas del Uruel, y las que arrastran detritus desde los campos de Roda y de Graus, van á juntarse con los caudales que suministra el Moncayo aragonés. El Isavena con el Esera; éstos, y el Alcanadre con el Cinca; el Flumen y el Isuela; el triple Aragón y el Gallego, lo mismo que el Queiles, el Jiloca y el Jalón; las corrientes que fecundizan á Huesca, juntas con las que mantienen la verdura de Barbastro, ó las que prestan belleza á los alrededores de Tarazona, vienen á sumarse, unas antes y otras después, á las ondas que reflejan las torres del Pilar y de Altabás. Sólo en el Sur forman, como reino aparte, los campos de Teruel regados por el fecundo Turia que, orgulloso de crear la riqueza en las más hermosas huertas de España, guarda libres de impuras mezclas los restos de su caudal, para entregarlos al mar en las bajas y arenosas playas valencianas.

Una región subdividida en varias regiones, que por sus

principales rasgos se muestran como partes de un todo dotado de carácter propio, y se delimitan bien al mismo tiempo, constituye la unidad muy natural y orgánica, nada artificiosa, del reino aragonés.

II

La variedad de los valles y cañadas se refleja en la diversidad de aspectos de las ciudades aragonesas: hay poblaciones que dejan penetrar rápidamente la vida moderna en su seno y poblaciones que exhalan ese olor á polvo y á cosa rancia, tan agradable al olfato del arqueólogo, como el sabor de los vinos viejos lo es para el paladar del bebedor experimentado.

El hermoso paseo de Santa Engracia, el Coso y la calle de Alfonso, dan á Zaragoza un aire de lozana juventud, desmentido desgraciadamente en los antiguos barrios del Sepulcro, por las calles de Monserrat, Garro y otras parecidas. Tarazona ostenta orgullosa su vetusto ropaje en la parte alta, y muchos edificios ornados con telarañas, que parecen remontarse á la época del sitio por los castellanos, bajo el reinado de Pedro el Ceremonioso: tal es el espesor que ha llegado á formar la superposición de sus delicadas capas.

Estos son los tipos extremos. Entre uno y otro encuentran su natural colocación: Huesca, que reproduce en pequeño las condiciones de la primera; Teruel, no tan embellecido como renovado; Borja, Barbastro, Alcañiz y Calatayud, mezclas en diversas proporciones de edificios zurcidos con trozos nuevos y viejos; Daroca, en la que desaparecen las bellezas antiguas con mayor rapidez que penetran en su recinto los adelantos modernos; Albarracín, compuesto por caserío más viejo que histórico; Fraga, poco definida en su actual carácter, y Jaca, llena siempre de los recuerdos que despierta en ella la vista del Uruel; pudiendo formarse entre todas una serie continua que lleve el pensamiento, sin transiciones violentas, desde los distritos reconstruídos en la antigua Césaraugusta, hasta los restos del Cinto en la ciudad del Queiles.

Reciben las primeras, quizás en gran parte por conducto de Barcelona, elementos de esos que son poco necesarios á la vida de los pueblos. Comienzan á mostrarse caricaturas vivientes de etairas en los aguaduchos del célebre y lindo paseo zaragozano, destinados, por lo que se ve, á otros fines distintos de la inocente venta de refrescos: sus galas, no deslumbradoras, se reducen al vestido de percal plegado y el pañuelo al cuello de más ó menos vistosos colores, mientras que su belleza, nada espléndida, armoniza aquí con la de sus cualidades morales. No se puede decir que fragantes flores ocultan los abismos; abrojos y matorrales anuncian la proximidad de las simas.

En el mismo suelo donde resuena aún el eco de la tenaz resistencia contra el extranjero y queda en pie el pórtico de Santa Engracia, resto de riquezas artísticas, y prueba subsistente de desastres, comienza á extenderse la monomanía de los rótulos franceses, sin duda para la mejor inteligencia de los compradores campesinos, y también para solaz de los que deseen resolver un problema gramatical averiguando hasta qué punto muchas de aquellas palabras son semejantes á verdaderas palabras galas, salvo la falta ó sobra de diversas letras y la ausencia de casi todos los acentos.

Otras son las cosas que dan á Zaragoza su verdadero carácter de ciudad á la moderna. Hombres amantes de su patria trabajan sin descanso para dotarla de útiles establecimientos, y á la mejora rápida de las escuelas emprendida con fe para alcanzar el progreso de la cultura pública, se une la creación de los laboratorios municipal y vitícola, de la ya terminada y grandiosa casa matadero, del moderno emplazamiento en pabellones aislados del histórico manicomio, y de nuevos elementos destinados al desarrollo de la vida y de los intereses materiales. Los planos de los edificios que acaban de construirse ó van á levantarse, revelan verdadero genio en el modesto arquitecto del municipio, que sabe dar carácter de grandiosidad á las cosas más sencillas.

Troquemos en la fantasía el conjunto complejo de la existencia en el siglo actual, por el cuadro de la de anteriores siglos y habremos pasado desde Zaragoza á los barrios altos de Ta-

razona y sus congéneres. Cuatro horas de tren bastan hoy para cambiar tan profundamente de ambiente y de costumbres, y la impresión es tanto mayor, cuanto que por virtud de los muchos elementos en común que poseen las dos hermosas vegas, se siente el viajero inclinado á soñar que no se ha movido de su sitio; que se produce sólo ante sus ojos la trasmutación de una en otra imagen con el fin de mostrarle la oposición de las antiguas á las modernas edades.

Hállase la parte más elevada de esta población repartida entre dos cerros: en la cúspide del uno se encuentra el Carmen; en la del otro San Miguel y los restos de las murallas; corona un profundo tajo, mirando al río, el palacio episcopal. Sobre las pendientes descansan multitud de pequeñas calles, siendo algunas tan estrechas, como las más angostas de las ciudades morunas; las de San Francisco y Botigas se encuentran en el primer trozo común á las dos cuestas; la Verde, Peñuelas, Cilla Baja, Maimadera... acercan al Carmen; Mercado, Conde, Plaza de la Magdalena, San Atilano, Colomas, Herradura, Caracol, constituyen los barrios más próximos á San Miguel.

Nunca encontré lugar mejor preparado para los sueños románticos. Ennegrecidas las fachadas y ennegrecidos los cuartos, parecen abandonadas las casas á esa patina del tiempo, formada por confusa mezcla de capas superficiales descompuestas, con polvo depositado. Las paredes en que apoyaron quizás sus manos los combatientes heridos, han quedado ocultas debajo de aquella gruesa capa acumulada por los años, como se ocultan desde hace siglos los que las levantaron, bajo las losas de los sepulcros.

La calle del Conde guarda fielmente su carácter de pasadizo de un castillo; con la ojiva abierta en espesísimo muro que la sirve de inferior ingreso, y los numerosos trozos en que se halla defendida por largos cobertizos, recuerda los diversos recintos que sería necesario atravesar antes de ser introducido en la porción más elevada é interior de la fortaleza. La recorrí á la luz de la luna la noche de mi llegada á Tarazona, y nunca olvidaré la profunda impresión que su vista me produjo; muy borrados debe tener los últimos res-

tos de sentimiento y de fantasía, quien en el vago juego de las sombras no crea ver silenciosos hombres de guerra y en el crugido de las vetustas puertas no escuche, cual eco lejano, el choque de las armaduras.

En la conservación de estos recuerdos y en alguna otra cosa no muy notable, resulta beneficiado Aragón del abandono, más marcado todavía que para Castilla, en que le tiene la administración pública: si el Estado, que no concede fondos con que restaurar sus grandes monumentos y bellezas, hubiera de intervenir por un momento en el régimen de las ciudades, presto quedarían borrados los últimos restos de sus antiguos tiempos, y no para fundar en su emplazamiento escuelas, ni laboratorios, ni talleres de enseñanza industrial, ni hospicios, ni otros establecimientos benéficos, sino para anunciar á subasta los escombros. Si en Zaragoza y Huesca se funda algo útil y de absoluta necesidad para la vida moderna, y se han restaurado edificios como la preciosa Casa de la Infanta, y en otros puntos quedan en pie venerables ruinas de templos, conventos ó castillos, bien puede decir el país que se debe lo primero á su enérgica iniciativa, y lo segundo á su respeto, porque la mano de los gobernantes se siente aquí sólo por los obstáculos con que las buenas empresas tropiezan, no por el aliento que los sanos proyectos reciben.

III

Han desaparecido ya muchas de las dificultades con que tropezó Cuadrado para estudiar los monumentos aragoneses, y se ha facilitado el viaje por diversas regiones desde la época, no muy alejada, en que Bécquer escribía desde Veruela. Calatayud, Huesca, Monzón, Barbastro, son estaciones en las líneas férreas; Jaca, Borja y otras están servidas por regulares empresas de coches; en una mañana se va desde Zaragoza á Escatrón para visitar el monasterio de Rueda; resulta un paseo agradable la expedición á La Serós y San

Juan de la Peña; no son más inaccesibles Ayerbe y Loarre ó Sijena, y solo necesita dar pruebas de entusiasmo y de constancia el que trepa á las alturas de Ribagorza y Sobrarbe para contemplar San Victorián, Roda, Alahón y el emplazamiento de Ovarra.

Tudela contiene hoy dos ó tres fondas donde se hospeda cómodamente el viajero, y en Tarazona han reemplazado otras tantas como casas de huéspedes muy aceptables al empolvado mesón que describió el autor de las «Rimas.» Enlaza las dos ciudades un ferrocarril de vía estrecha, servido aún en la forma bastante familiar que pinta Palacio Valdés, refiriéndose á otro de Asturias, pero infinitamente superior á la diligencia en que se acomodaron el poeta con la niña rural y su madre, y el seminarista de no bien definida vocación, con el regidor de aldea, superponiéndose cuatro personas más para desmentir en este caso las leyes de la impenetrabilidad física.

Caminando desde la ciudad de los Calvillos por la carretera á Borja, y desviándose luego por un buen camino de apartadero, que cruza Vera, se llega á los muros del cercano y célebre monasterio, sin tropiezos, y en vez de utilizar la cabalgadura, con carga carbonera, antes utilizada, se puede obtener por módico precio un carruaje fresco y ligero y un guía de bien dibujado tipo, que conduce al curioso en menos de hora y media al magnífico monumento fundado por D. Pedro de Atarés. Los obstáculos se van allanando, y en cambio se conservan tan bellas, si no son hoy más hermosas, las variadas huertas del Queiles y las alamedas de Veruela.

Llegado al ingreso, y cruzados sus dos recintos, puede penetrarse en la iglesia por aquella puerta llena de extraños follajes y esculturas bizantinas, que no debía abrirse más, según las tristes y no cumplidas profecías de Bécquer. Se guarda la Santa imagen de Veruela en un templete de madera, de gusto demasiado francés, y sobrado reciente en su construcción para armonizar bien con la excepcional severidad de aquel templo. En las naves del trasaltar se contemplan, libres de oropeles churriguerescos, las aras

románicas, formadas por pesadas losas que descansan en cinco columnas de poca altura, y en el brazo izquierdo del crucero, bajo los paños del altar, se descubre otra, constituida por una inmensa mesa de mármol negro. Todo en el templo es sobrio de detalles, y las naves laterales permanecen sin altares ni capillas.

Un silencio profundo reina siempre en el interior de la grandiosa fábrica monacal. La iglesia larga y sombría, iluminada sólo por los rayos que llegan hasta sus pies desde las lámparas del presbiterio, en unión de la tenue luz que penetra por altas ventanas, despierta, con los sentimientos de religioso respeto, mil dormidas imágenes de personajes que fueron actores principales en terroríficos dramas, y hoy son á lo más irreconocibles detritus. De tiempo en tiempo, suspende los ensueños la campana de un reloj, dotada de ese timbre particular que tienen siempre en las cartujas, monasterios y cenobios, y sus sonidos, apagados primero en los gruesos muros, y propagados luego de onda en onda hasta donde no es posible los perciban oídos humanos, parecen recordar en aquel sitio cómo se difuminan también poco á poco los grandes hechos de la historia, pasando cada vez más borrosos de generación en generación, hasta el punto de no ser conocidos por los mismos que en su naturaleza y en su vida, llevan tenues restos de los nuevos elementos que aquéllos crearon.

Por el brazo derecho del crucero se penetra en el claustro; y en los capiteles de sus cortas columnas, cree verse entonces el soplo de la naturaleza activa llevado al fondo de aquel edificio misterioso, donde todo se absorbe en su propio recinto é impone la obligación de dar al olvido lo situado más allá de sus murallas. Pequeños mustelidos, roedores, aves y otros seres escondidos entre hojas de hiedra ó de trébol, asoman un momento sus cabezas para recibir la luz que atraviesa las ojivas, y quedan inmóviles como asombrados de contemplar de cuando en cuando hombres vivos en la grandiosa tumba. El erudito conoce su carácter simbólico, pero el viajero soñador los cree esculpidos allí como una enérgica afirmación del imperio eterno de la existencia y del cambio, donde menos debe pensarse en sus necesidades, leyes y combates.

Iglesia, claustro y sala capitular, se han salvado en Veruela de la inminente pérdida anunciada, y esto mismo podría decirse de otros monumentos aragoneses que gozan de igual beneficio; pero por desgracia, no es esta la regla general, y al lado de cada uno de los subsistentes, hay que recordar los nombres de cuatro ó cinco que se hallan en ruinas ó han sido hasta sus cimientos destruídos.

En Huesca, las piedras de San Juan, curioso templo de líneas poco repetidas en otros templos, forman hoy los tendidos de una plaza de toros, y junto al antiguo palacio de los Reyes de Aragón, tocando con los muros de los recintos donde se fraguaron tantos planes para labrar la nacionalidad española, ha colocado un cuartel las dependencias menos poéticas de que fué necesario dotarle: en esta forma prosaica y nada pulcra se ofrecen enlazadas las representaciones de la antigua y la moderna fuerza, manchándose, y no simplemente con lodo, las más puras glorias de la patria. Tropieza todavía con dificultades la ya acordada restauración de San Pedro el Viejo, y parece un sucio camaranchón de trastos viejos la capilla donde se guardan los restos de Ramiro el Monje. Monte-Aragón, castillo y monasterio, ha seguido derruyéndose sin que haya nadie intentado ordenar sus sillares y perpetuar á la vista de la próxima ciudad la fortaleza en que se organizaron durante años las huestes de Sancho Ramírez para proseguir la reconquista; y si el precioso retablo de alabastro que engalanó desde el siglo XV su iglesia no ha perecido con cien cosas más, que aquí eran dignas de mayor solicitud, débese al instintivo y profundo respeto que un pueblo noble siente hacia la historia que ha engendrado su actual condición, de igual modo que los hombres cultos y pensadores agradecen á su raza gran parte de las virtudes físicas y morales de que se precian.

Diversos agentes han tratado ya desde hace mucho tiempo los edificios antiguos de Calatayud, como presa de vencidos por ejército conquistador. Daroca, apenas guarda otra cosa que el altar de sus famosos Corporales, después de derribada en los últimos años la llamada Puerta-llana. Borja y Alcañiz ofrecen hoy pocos tesoros. Jaca, Barbastro y Tarazona, po-

seedoras afortunadas de riquezas artísticas, muestran en todas partes las señales de no ser cuidados sus monumentos con aquel esmero que tanto honra á otras naciones: no hay portada, ni ornamentación interior, ni sepulcro que pueda calificarse, en general, de libre de desperfectos. Teruel tiene encerradas en el claustro de San Pedro los momias de sus amantes, dentro de un armario que no envidiarían ciertamente las de los salvajes traídas por los espedicionarios del Pacífico, y Albarracín conserva, casi exclusivamente, los restos de edades pasadas que ya hemos indicado, siempre destruídos, siempre renovados, y subsistentes sin necesidad de un decreto que los declare *monumentos nacionales*.

Panteones de Reyes y protomonasterios, restos fehacientes de la energía y de la fe en elevados sentimientos, se encuentran desdeñados por discretos personajes, hábiles en el arte de escamotearse destinos, que influyen medianamente en el curso del desenvolvimiento nacional. El claustro de San Juan de la Peña presenta dos tramos bizantinos y otros dos pegotes modernos, destinados á mostrar el contraste entre la genial sencillez de la Edad Media y la simplicidad más ordinaria y burda que ha sido posible encontrar en estos tiempos. De Ovarra queda sólo el emplazamiento, y Alahón sirve de modesta parroquia á una aldea, siendo su destino casi semejante al de la curiosa catedral de Roda. Desde que Aragón perdió su propio carácter al unirse con Cataluña, han ido sus tradiciones de mal en peor, erigiéndose alguna vez este ó el otro monumento por la iniciativa enérgica de preclara individualidad y borrándose más comúnmente las huellas en los vivos testimonios de su grandeza.

Y de esta extraña serie de cambios que se traducen unos en ruinas y otros en graves delitos contra el buen gusto, no puede hacerse responsable á un sentido ó grupo determinado: ha de culparse sí al vandalismo manso, no despertado por la lucha ni explicable por la pasión, que ha imperado entre nosotros á consecuencia del atraso en todos los ramos de la educación pública: los que destruyeron Monte-Aragón no son los mismos que permiten desmoronarse á San Juan de la Peña, ni proceden las dificultades para restaurar San Pedro el

Viejo de los que cubrieron de cal el templo de Sijena. Al perderse durante tres siglos el carácter histórico de nuestros pueblos, se perdió con él el fervoroso amor á los edificios unidos con sus glorias, y no llegó tan pronto como hubiera sido de desear la cultura para encender el fuego y dar energía al entusiasmo por el arte que hoy comienza á difundirse en España.

Los que por su posición estaban también obligados á ponerse á la cabeza de la sociedad en inteligencia, y guardan en el interior de las iglesias y cenovios cenizas de antecesores, cuyos hechos les dan nombre, hubieran debido evitar numerosas profanaciones con sacrificios pecuniarios que se hallan muy en sus recursos económicos, si al deseo de repetir con orgullo los moteles escritos en el escudo de nobles estirpes, correspondiera en el interior el de señalarse á la consideración pública por grandes acciones ó un poco de seriedad á lo menos. Mas cuando las apariencias quedan y las realidades sucumben, no puede esperarse que maniqués de cartón se conduzcan del mismo modo que los fuertes y varoniles seres cuya exterior imagen reproducen á medias.

El Estado restaura aquí poco, menos aún que en Castilla; pero aparte de que no es legítimo pedir que se haga todo con fondos generales, no hay que prometerse tampoco muchas maravillas de funcionarios á quienes se ocupa y se molesta cotidianamente con mil asuntillos de menor cuantía. De otras esferas ha de partir la iniciativa.

IV

Las figuras del cuadro son más interesantes que su rico y variado fondo: rudeza y energía respiran siempre los bultos de piedra trabajados por artistas del país, y energía, vigor, son también las principales virtudes que se anuncian en el aspecto y se comprueban en los hechos de las gentes que pueblan la comarca.

Nótase á primera vista la excepcional dureza de los rasgos fisionómicos en esta raza: no es la gracia, es la fuerza su cualidad predominante. Tienen también mucho de material y plástico. los tipos mejor conservados, y es tanto más de extrañar que á su vista se despierten tales ideas, cuanto que no dominan en los varones las musculaturas exageradamente marcadas, ni hay en las hembras esa riqueza de formas que abunda en la vecina Cataluña. No son muchas las estaturas que pasan del nivel medio en España, ni hay lujo de grandes curvas en los contornos: se observa, sí, una armónica proporcionalidad de órganos, y en ella se funda indudablemente la impresión agradable y profundamente simpática que produce.

El carácter general responde bastante al aspecto físico: entero y algo rudo, no raya, sin embargo, en la extrema aspereza. Serviciales y atentos he visto manifestarse siempre los hombres del pueblo, sin pecar nunca su conducta por la afectación ni la excesiva melosidad; y es difícil haber estado algún tiempo visitando monumentos de diferentes villas y cambiando impresiones con aquellos aldeanos, sin que se sienta al abandonarlos esa profunda tristeza que siente el que se aleja de personas y objetos queridos.

Tranquilo, hospitalario, como el castellano, es su hogar, y parece en general sometido á un régimen de menor igualdad, y más liberal á la vez. El forastero encuentra en un primer momento menos solicitud que en las casas solariegas de Segovia ó de Zamora y Salamanca, y en cambio de este aparente olvido, puede entregarse con mayor soltura á sus particulares gustos é inclinaciones, seguro de que sus actos han de chocar menos. Las relaciones de familia afectan forma más ruda, y muchos corazones de oro han de adivinarse rompiendo con el pensamiento la gruesa capa que los oculta á las miradas de los profanos. Cariños tiernos y dolores profundos se expresan alguna vez con las acciones en medio de una calma y de una serenidad que despierta la idea de la forma en que se desenvuelven terribles tragedias en el teatro de Sófocles y Esquilo.

Juzgado desde fuera parece el aragonés un pueblo frío, y

se aleja tanto como el castellano viejo de los pueblos españoles meridionales. No penetra fácilmente en su alma la admiración irreflexiva y se siente más inclinado á juzgar de las cosas que á extrañarlas. Es menos expresivo; gesticula menos y no rinde fervoroso culto á las formas ceremoniosas. El juego de sus sentimientos y pasiones se expresaría mal bajo la forma pintada en el *El amor vendado*, *De la espuma del mar*, *Oro escondido* y otros delicadísimos libros de Farina; pero no se aproximaría tampoco á la fidelidad el que quisiera reproducirle en obras como las primeras de Zolá.

El acento, áspero de ordinario, no carece en algunas de sus inflexiones de gracia y de atractivo: los no dulcificados tonos están en íntima relación con el carácter del lenguaje, en el cual se economizan casi siempre para decir las cosas los grandes circunloquios. No debe negarse que los nacidos en otras tierras, extrañan en determinadas ocasiones el corte general del discurso, por más que se haya fantaseado mucho, y con nótoria injusticia contra este noble pueblo, sobre la índole de la franqueza aragonesa. He oído abordar asuntos escabrosos con aquella sencilla espontaneidad empleada en ciertas escenas del *Alceste*: no las desnudeces, en que rebosa la *Paz* de Aristófanes.

Modo de sentir, lenguaje y condiciones morales, hacen del aragonés un tipo que recuerda más los tiempos clásicos; así como se juzga la castellana, sociedad inclinada á los románticos. Una y otra tendencia aparecen sólo indicadas, pudiendo afirmarse que ninguna de las dos razas realiza los opuestos ideales én la forma presentada, más que por la vida, por la literatura.

Hay, y es natural que las haya, pasiones de todos géneros, y en la inmensa variedad de gustos de los individuos, caben las aficiones á los más opuestos sentidos literarios; pero cuando el comercio de ideas ha permitido al observador penetrar en el fondo de aquellos entendimientos y la larga permanencia le va envolviendo poco á poco en la atmósfera intelectual que allí se respira, siéntese el hombre reflexivo inclinado á pensar que no se han escrito para aquel pueblo la *Graciela*, ni el *Rafael*, de Lamartine; que no pueden acli-

matarse allí las creaciones de análogo sentido; que no adquirirán fácilmente carta de naturaleza los sentimientos enfermizos; que los lectores de la región han de buscar más vigoroso alimento en obras semejantes á las enérgicas pinturas de Dickens, así como los estudiosos satisfacen su sed de ciencia con las investigaciones naturales y la severa historia, señalándose en suma en el mundo intelectual el mismo rasgo saliente que en el moral y físico: la fuerza, el vigor, la energía.

Dios nos conceda una activa propaganda del sentido para la vida que guarda desde antiguos tiempos la noble raza de Sobrarbe y Ribagorza y una difusión rapidísima de sus principales virtudes, que bien la ha menester España para que no se borren en breve plazo los restos de su virilidad, y no se confunda el debido respeto á la ley, el ardiente amor á la paz, la sensatez, la suavidad de las costumbres y el progreso de la cultura, con la falta de entereza cívica y la ausencia de fe que aquí se barajan con ellas.

V

Del culto rendido á unos ú otros recuerdos de la historia aragonesa; desde el género de vida que se hace en esta comarca y los fines que se sirven con mayor ó menor eficacia en este suelo, podremos elevarnos á trazar el juego de las influencias y la importancia real y relativa de las diferentes clases sociales.

Cuando se penetra en la iglesia de Veruela, obsérvanse en el presbiterio cuatro sepulcros: uno de mármol blanco y tres de madera. Contiene aquél los huesos de diferentes antecesores de la familia Villahermosa, y éstos los restos del fundador Pedro de Atarés y su madre Teresa de Caxal; los del hijo primogénito de D. Jaime el Conquistador y de D.^a Leonor de Castilla; los de los Lunas de Aragón. Las cenizas de Infantes y creadores de ramas aristocráticas, se conservan dentro de embalajes, al modo de mercancías destinadas á la

exportación, pareciendo que el viento que barre las tierras y renueva la vida sobre los campos aragoneses, se encarga también de borrar todos los recuerdos en la mente de gentes que, siquiera por egoísmo, no debieran desdeñar lo pasado.

En vano manos no sobrado expertas han tallado los contornos de las tumbas en la forma de esas sepulturas que se encuentran en cualquier cementerio de aldea ó se representan de cartón en las decoraciones de *Don Juan Tenorio*, y con no mejor fortuna ha extendido sobre ellas una capa de albayalde la tosca brocha de cualquier pintor de puertas y ventanas; la sustancia de que se hallan construídas hará siempre pensar que los descendientes de tan ilustres familias entregan sin luchar las ruinas de su grandeza á la influencia destructora de las polillas y carcomas. No se puede confesar con mayor franqueza el escepticismo que las corroe, ni dar más claros signos de lastimosa decadencia.

Las demás reliquias de sus pasadas aristocracias andan, por punto general, en Aragón tan mal trechas como éstas. Admira el número exiguo de grandiosos y artísticos enterramientos que se conservan bien, en un país donde tanto predominaron orgullosas razas, y el olvido en que se tienen los pocos que en estas condiciones subsisten, y al notar que el viento, la humedad y el interés pequeño, junto con la malicia de algún negociante, bastan para ir borrando uno á uno los emblemas de las tradiciones nobiliarias, llega el observador á la misma conclusión que se le impone al contemplar los pobres sepulcros de Veruela: las familias aristocráticas aragonesas, cuyo valer se funda en el pasado, revelan en todo tanta escasez de ánimo como muestran sus anodinos gustos en el presente; no hay que esperar se traduzcan jamás en hechos las frases orgullosas, aprendidas quizá sólo de memoria, en apolillados libros, que alguna vez se escapan de sus lábios; podrá restar, y resta, talento y energía en personalidades determinadas, pero todo lo que se pretende dibujar como caracteres de un mundo opuesto á otro mundo, son ligeros contornos fáciles de borrar por la primer mano que quiera caer sobre ellos. Apenas si con sus restos de riqueza

y los pocos recursos de influencia que les quedan, pueden servir de débiles auxiliares al eterno y recto sentido conservador de las sociedades.

Ese conjunto abigarrado, que se llama la clase media, es aquí, como en casi toda España, el nervio del país. El hombre de talento dedicado á una profesión liberal, modesto en aspiraciones económicas, y desmedido en sueños de poder y gloria, de vida pura y sencilla, lleno de la dignidad de sus funciones; el tendero enriquecido en parte por su constante trabajo y en parte por picardigüelas que no hacen bulto, medidas por la inmoralidad corriente; el propietario rural que saca el mayor jugo posible á reducidas tierras, y el urbano que obtiene regulares beneficios con los inquilinos de estrechos cuartuchos; el dueño laborioso y emprendedor de los establecimientos mil que mantiene la sociedad moderna y cien individuos más que se mueven unos en ámplios horizontes ideales, respirando otras atmósferas tan reducidas como los recintos en que pasan su vida, forman esa extraña masa dotada en conjunto de talento, de riqueza, de fuerza, de idealidad y de sentido práctico, de relativa sobriedad y sencillez de costumbres, donde cada elemento aporta una cosa y todos disfrutan de la influencia alcanzada entre todos, al modo como asocian los esfuerzos y reparten los beneficios los individuos de algún municipio ruso.

Clase de espíritu vacilante, anda temerosa siempre de que se haga con ella lo que ella hizo con las otras clases dominadoras, y esto explica sus mayores debilidades y señala su más notable defecto. Desea hoy se aplaquen los vientos que levantó en el período de su propaganda, y quiere ver subordinados á los intereses de un día, las tempestades desencadenadas contra las instituciones de siglos, ridiculizó la fe para triunfar, y pretende estimularla artificialmente en el pueblo para resistir; y atenta en gran parte al interés del céntimo y enalteciendo por suprema ley el negocio, se parece bastante al avaro del cuento suplicando al predicador que declamara enérgicamente contra el feo vicio de la usura, para librarse de otros avarillos de menor cuantía que le hacían la competencia en su propia aldea.

Posee grande energía para realizar los bienes positivos, guardando tenaz confianza en la virtud del trabajo, que es su principal virtud; y es lástima que á los importantes beneficios materiales que su triunfo ha proporcionado al mundo, no hayan podido unir sus pensadores y sus filósofos mayor ardimiento en el servicio de un ideal cualquiera, que aún está por dibujar en el fondo de su conciencia. Oscilando entre la grandeza de pensamiento de los hombres cultos, y la miseria de espíritu de su masa vulgar y oscura, permite alborear inmensos proyectos en unión de utópicas teorías, y lo engloba luego todo dentro de un general sentido de pequeñez, para lo que no se refiere á la vida común. Esta clase forma á la vez la derecha y la izquierda de la sociedad actual, porque de su seno nacen juntamente los motores y los frenos que propulsan y moderan el movimiento moderno.

Mas no es Aragón, ciertamente, el que sale peor librado con esta preponderancia casi exclusiva de la clase media: hierve en todo el país un fondo de virilidad tan hermoso, que no hay momento de crisis suprema en que no se revele y en que no estampe un sello de admirable grandeza á los actos más sencillos. Ha trascurrido poco más de un año desde que la epidemia invadió sus ciudades y aldeas, y vivo está el recuerdo de lo que hicieron sus gentes, y mientras varias capitales muy ricas daban muestras de una timidez y de una debilidad poco en consonancia con el orgullo nacional, Zaragoza, Huesca y diferentes poblaciones de la región, hacían frente á los enemigos invisibles que destruían á los habitantes, con el mismo valor con que han hecho siempre frente en su historia á toda clase de enemigos. Y no fué lo que allí se observó la embriaguez del momento, sino la serena firmeza para cumplir con el deber, que no es para este pueblo, honra de España, una palabra vacía de sentido.

Con esta misma firmeza trabajan un día y otro para mejorar las condiciones de sus queridas provincias. No cuentan mucho con la solicitud administrativa que aquí, como en Castilla, se manifiesta más en las exigencias que tiene, que en la protección que dispensa: confían en sus propios hijos y en la constancia y entereza, para reclamar lo que de derecho

les corresponde. Zaragoza y Huesca se enriquecen con establecimientos de utilidad pública, gracias á los esfuerzos de hombres infatigables; y el espíritu de negocio bien dirigido, va llenando la comarca de pequeñas vías férreas con que dar salida á los productos de Tarazona, de Alcañiz, de Cariñena y de otros puntos. Siéntese aquí también la falta de los órganos que funcionaban en otros tiempos, que hacían más rica la vida del Estado, y como el espíritu del pueblo aragonés está identificado con su existencia, los suple al menos con asociaciones transitorias, esperando el día en que una gradual transformación de nuestra vida nacional los haga germinar de nuevo.

Aquí como en el resto de España, las masas populares desempeñan apenas otro papel que el del *coro* en el teatro antiguo. Congregados los pobres de las ciudades en las tabernas ó cafetines; reunidos los labriegos en las cocinas y sentados en sus *cadieras*, comentan las diferentes escenas que se van representando por los personajes de la clase media. Sacan de entre ellos los héroes que les inspiran simpatías, y los tipos repugnantes cuya conducta les es odiosa: aplauden á los primeros y censuran á los segundos; y cuando llega el caso de expresar su voluntad en los comicios los que tienen voto, son arrastrados unos, por los caciques de las aldeas, otros por los que disponen de su suerte material, y algunos también por los jefes locales de los partidos cuyo nombre llevan, porque hay bastantes gentes en la comarca, más que en las restantes, dotadas de carácter entero y de posición social modesta, pero independiente

¿Qué porvenir aguarda á estas regiones?

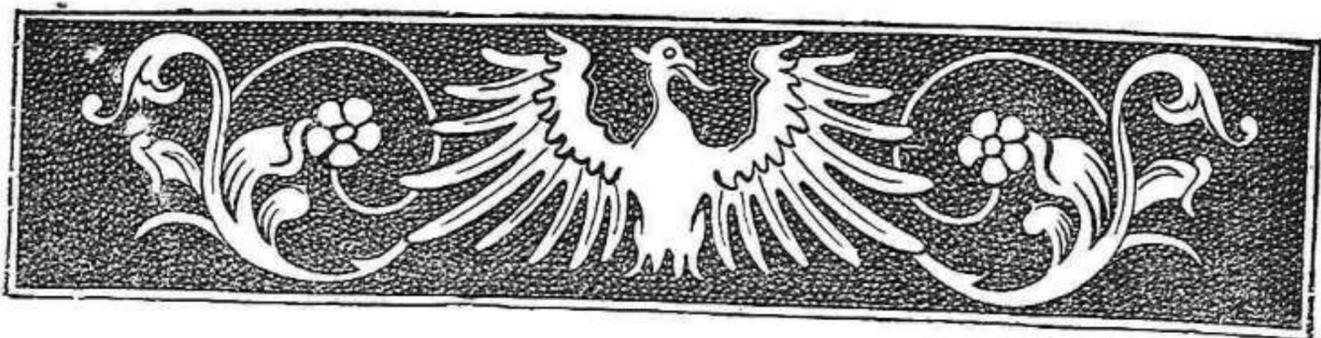
La última tarde de mi estancia en Zaragoza discurría solo por aquellas frondosas alamedas que bordean el río en la orilla opuesta al portillo del Mercado: desde las márgenes del Ebro llegaba á mis oídos el alegre y vigoroso canto nacional, mientras que las campanas del Pilar recordaban á los fieles la oración de la tarde, y la de un taller decía á los obreros que podían retirarse á sus hogares. He aquí—pensaba—

indicios de una grandiosa y variada vida interior: recuerdos y tradiciones de raza, piedad de siempre, trabajo y progreso moderno: ¿por qué no se manifiestan de un modo más vigoroso en el carácter y tendencias de la nación?

Sobre las aguas pasaban rápidamente las sombras de pequeñas nubes que el viento hacía correr en las alturas, y la superficie líquida aparecía tan pronto con ese aspecto opaco de los lagos profundos, como brillaba débilmente iluminada por los oblicuos rayos rojos que preceden al crepúsculo. En mi mente se confundían las luces y nieblas de la historia aragonesa; Alfonso el Batallador y Ramiro el Monje, Jaime I, Pedro IV y Martín el Humano; la repugnante escena que entristeció, más que los anuncios de muerte, los últimos momentos de este Rey, la energía de la constitución robusta revelada en el compromiso de Caspe, y el espíritu, no de protesta sino de motín, junto con la gran decadencia en la virilidad de los tiempos de Lanuza.

Veía que al través de tantas vicisitudes y tanta diversidad de virtudes ó vicios de las edades, los nombres de las cosas se conservaron los mismos, y hube de reconocer que las constituciones nada dicen y que las formas nada revelan, si no son aquéllas y éstas expresión sencilla y fiel de la naturaleza de un pueblo. ¿Guarda el nuestro el fondo que le han venido formando los acontecimientos y existencia pasada? ¿Son simples ropajes sin valor real los que le presentan en su actual modo de ser? ¿Podrá aspirar dentro de los presentes moldes á un grandioso despliegamiento de fuerzas que le alcance el respeto de Europa? Resuelvan los tres problemas los hombres de Estado, si el juego continuo de las pequeñas miserias les deja tiempo para ello, y cuando los hayan resuelto, levanten de su seno al que tenga fe y energía bastante para infundir en las almas de aragoneses y castellanos el verdadero espíritu nacional que tan dormido está.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



MIS MEMORIAS ⁽¹⁾

1843 — 1846

SECCIÓN SEGUNDA

Una vuelta por los bancos.—Sí, creo que sí.—Sección americana.—Ojo al uniforme.—Fantasmones y excéntricos.—La pléyade de los futuros.—Moncasi: los hermanos Ríos.—*Tsan-tsat-tsu*.—¡Apunten!—La política del miedo.—Cursos complementarios.—En qué se ocupaba Horacio.—D. Antonio Bergnes de las Casas.—El inglés.—Cornología.—Ensayos de Profesor.—¿Qué entiende V. por cuerpos flotantes?—La mano del Clero.—Tres estrenos.—*Quod erat demonstrandum*.

I

A HORA será bien que nos demos una vuelta por los bancos, diciendo algo de mis discípulos de Derecho, tan dignos de honrosa mención como los ya citados de Instituto. Con esto, quedará redondeada la parte relativa á mis estudios de Facultad; lo cual, agregando otras menudencias, nos obliga á traspasar, por breves instantes, los límites de tiempo asignados á este capítulo. Pero así lo exige la unidad de plan, á reserva luego de retroceder, emprendiéndola con el año de 1846, como punto de partida de otro género de curiosidades.

(1) Véase la pág. 26 de este tomo.

No he de citar muchos nombres propios. En toda colectividad existe el montón anónimo que oscuro nace, oscuro vive y oscuro morirá. Excusaos de pensar en dar á esos prójimos relieve y colorido. Son cantidades negativas, simples vegetaciones para las cuales se inventaron aquellos conocidos versos:

«Nació, vivió, casóse con Victoria,
tuvo un hijo, murió, se fué á la Gloria.»

Nuestra cátedra era una ensalada de mallorquines, valencianos, aragoneses, americanos, algún castellano, tres ó cuatro andaluces, y naturalmente, la mayoría catalanes. Toda era gente bien dispuesta para la faena: raro el alumno que no tomaba notas; y tan general el aprovechamiento, que, años y años después, todavía me citaba Permanyer aquel curso con grande elogio, diciendo que no había conocido otro igual, ni era fácil tenerlo.

Había en el grupo andaluz un *jembro* rondeño de primera *caliá* y de lo más echado para adelante. Siempre embozado en su pañosa verde con vistas de terciopelo carmesí: espesas patillas unidas al bigote, á lo Zumalacárregui: camorrista, torero, caballista, invencionero, muypreciado de bandurria y guitarra, que andaba rascando por las tertulias de confianza: único para el cante flamenco, que, si ahora tuviera que examinarle Juan Breva, como entonces le examinaron los señores del Claustro, no nos dejaba para un diente una nota aventajada. Era la pesadilla del catedrático catalanista con quien sostenía, en clase, diálogos saladísimos, tomándole el pelo: envolvíale á lo mejor en un culebreo por lo crúo, de que el otro no entendía una palabra; al contrario, muy sentido de los potajes que le hacían; y al final, y como por vía de epílogo, condensaba todas sus respuestas en un *zí, creo que zí*, ó en un *no, creo que no*, por supuesto, con mucha sandunga, y *tóa la grasia e Dió*.

Nuestra sección americana se componía de cuatro ó cinco muchachos antillanos, entre ellos los hermanos Juan y Santiago Vidarte, y Pablo Saez, después famoso abogado de Puerto Rico y una de las más sólidas cabezas de la clase. El

menor de los Vidarte se nos murió durante la carrera. Todos le llevamos con lágrimas á la última morada, no sólo por compañerismo, sino porque se había sabido granjear las voluntades con sus bellísimas dotes personales. Dejó un tomito de poesías que prometían. Delicados estos versos de su «Oda á Belisa:»

«Duerme, sí, linda Belisa,
y en tus ensueños de amores,
conságrame una sonrisa,
dulce y pura cual la brisa
que mece blanda las flores.»

Notable en los versos del género *inconexo*.

«Un día de gran calor
que en Cuba estaba nevando,
ví á Luis Felipe cantando
la jota y el *Trovador*.»

.....

«Estaba César Augusto
dando de mamar á un guante,
y Colón, el Almirante,
le quiso pegar un susto;
mandó llamar á San Justo
y le vistió de doctor:
cuando un lindo rruiseñor
vió á Moisés salir de misa
cantando, más que de prisa,
la jota y el *Trovador*.»

.....

«Un paraguas y un reló
arrodillados estaban
en una iglesia, y rogaban
envueltos en un paltó:
entretanto, al dominó
jugaban en un taller
un ómnibus de alquiler
y un severo magistrado,
mientras yo corría asustado
viniéndote á socorrer.»

Paisanito suyo era un sujeto, no me atrevo á decir muchacho, que tenía una de nuestras primeras sombras. Corte inglés: planchado, replanchado, foques, chaleco blanco, boca

de piñón, ancha patilla y afeitado el bigote. En lo demás, americano de ley: brillantes en los dedos, brillantes en la pechera, brillantes en los gemelos, brillantes en la cadena, y en el puño del bastón un gruesísimo topacio. Un merenguito en el trato. Solía entrar en cátedra media hora después de lo regular, cuando ya estaba todo ocupado. Iba á dejar el sombrero en un ángulo del salón, y luego cruzaba por entre las filas con una carita de Pascua Florida, los ojos vivos y bulliciosos, saludos á un lado y á otro, y una mueca de las más gitanas; taconeando, haciendo crujir las botas, el bastón de rico carey danzando entre los dedos de la mano derecha, y jugando con sus diges de sonajilla, como una jaquita jerezana armada de cascabeles. Un acontecimiento diario aquella entrada triunfal: hilaridad general en la galería.

No era nuestro americano el único tipo entre los excéntricos. Hacíale coro un joven mahonés de ilustre prosapia, amigo del relumbrón y dado á la bisutería: almacén ambulante de sortijas, muestrario de relojes, con leontinas como cables, solapas de chaleco á lo Robespierre, muy lácio, tan escaso de ojos como de entendimiento, y perdido en las alas del sombrero un rostro macilento y menudo que parecía que á chupones lo habían ido secando. Con él alternaba mucho otro galancete de los que toman el espejo por perpetuo confidente. Mirábase en todos los cristales de las tiendas, pasándose á sí propio unas revistas que ni las de comisario; y según se merecía aplauso ó vituperio, así se decretaba una amable sonrisa ó una geta de á palmo. Por él supe esta noticia interesante: que el sastre Fábrega, de la calle de Escudillers, no tenía rival para los fraques de cartera y las levitas abrochadas.

Otro que pertenecía á *la nobleza*, como decían todavía en mi tierra, tenía la manía de los uniformes, en cuyo importantísimo capítulo lucía una erudición prodigiosa. Sabíase al dedillo la aplicación de cada entorchado, el de ojillos, la barra de oro, la barra de plata, la palma entrelazada, cuál convenía al diplomático, cuál al covachuelista, al gentil-hombre, al mayordomo de semana, al secretario de S. M. con ejercicio de decretos. Mostrábase inflexible en punto á uniformes militares: la pluma blanca en el sombrero de un Teniente General,

aun siendo Grande de España, debía, según él, figurar entre los mayores delitos previstos por el Código. Era maestrante de la Real de Ronda, cuyo atavío de oro y azul, con peto encarnado, ostentaba gallardamente en Semana Santa y en las procesiones del Corpus; muy quejoso de que en esto le hubiesen hecho desgraciado las consideraciones de familia. Ronda le parecía mejor que el blanco y azul de la maestranza de Granada; pero hubiera preferido cien veces el rojo y plata de la de Sevilla. Rojo, rojo vivo, vivísimo: esto era lo de sensación: esto lo que os *planteaba* un hombre; lo que le daba viso á los ojos de la mitad bella. El pobre buscó á sus penas un ligero alivio. Cruzóse de San Juan; y así medio *de occultis*, iba zaqueando en ciertas ceremonias con la casaca colorada y el lloroncito blanco: triste recurso, decía él, para los de su clase, porque, en concepto suyo, aun esto mismo lo iban encanallando.

Para que no faltase el contraste, rondaba por claustros y rincones, *solitario e pensoso*, un original de traje lampiño, ceño descontento y cara emboscada en su barba. Buen alumno, pero con puntas de maniático, á juzgar por sus greñas, su poca intimidad con el lavabo, su vista extraviada, sus raros ademanes, su palabra tempestuosa y los extraños discursos que espetaba al catedrático cuando le preguntaban. Justo con él, emparejaba otro cofrade de su talle, un mocito de Granollers, que, en los siete años de carrera, no logró soltar el pelo de la dehesa. Este, además de lo rústico y estrafalario, se hacía notar porque nunca acertaba con las definiciones, ni con el recto sentido de las palabras. Preguntado de dónde sacaba ciertas ideas muy originales: «de las ancas,» contestó, queriendo decir del apéndice del texto.

Menos santo que todos ellos era un muchacho aragonés de muy ancha y rasgada conciencia, que tuvo un día la extravagancia de ir al paseo de la Rambla en mangas de camisa. Jactábase de tener á su Madre á régimen de disgusto perpetuo, y así debía de suceder, según era de maniroto, plagado de vicios, traginador de mentiras y embeleco vivo. No escribía más que una vez al mes, y sus cartas se reducían á estas palabras: «Querida mamá: dinero, dinero, dinero. Su hijo que la quiere: *Tal.*»

II

Pocos de los jóvenes de mi curso han llegado á grandes alturas. En mis tiempos, la Universidad de Barcelona daba escaso contingente á la política. Todo el mundo tomaba la carrera por el lado prosaico. Cogido el título de Licenciado, cada chorlito á su olivo: quién se dedicaba á cuidar sus haciendas, quién á matar el piojillo, como pasante de abogado, quién á desplumar clientes en toda regla, pedimento en ristre.

No se estilaba todavía eso de encaramarse al oficio de mandón, casi con el destete de la licenciatura: hoy mamoncillo, mañana al frente de una ínsula: hoy calabaceado en Cánones, mañana mano á mano con el Nuncio, queriéndose la jugar de puño á la Curia romana.

Aun entre aquellos mismos que han hecho después algún papel, no sacaríamos media docena de catalanes. Los demás, tenían otra procedencia: Mariano Aguiló, Ocón, Manolo Moncasi, Rufo del Negro y los hermanos Ríos Acuña.

Mariano Aguiló pasaba en clase por el literato de la compañía. Mallorquín de gran provecho y excelente poeta. Vivía de asiento en la biblioteca de San Juan, desenterrando trovas y cantares lemosines. Así, arañando de acá y de acullá, fué como tomó comienzo esa brillante escuela de los *felibres*, que tiene hoy por principales mantenedores al francés Federico Mistral y á nuestro Víctor Balaguer.

Juan Domingo Ocón ha figurado mucho en el partido federal y desempeñó la Subsecretaría de la Presidencia del Consejo de Ministros en tiempos de Pi y Margall. De mucho antes era conocido Rufo del Negro, amigo y confidente de Vega Armijo cuando los acontecimientos del 54. Secretario suyo en el Gobierno de Madrid, después abogado fiscal en el Supremo de la Guerra. Murió en edad temprana, y con su simpática viuda se casó en segundas nupcias D. Cándido Nocegal.

¿Quién no conocía en Madrid á Manuel Moncasi? Todo contribuía á ello: su gran figura, su notoriedad en el partido progresista, su enlace con mi inolvidable amiga la Condesa de San Félix, y hasta el punzante mote con que le calificaba cierta dama que nunca se preció de muy agradecida á los servicios de los liberales.

No revelaba de estudiante el pobre Manolo las dotes de carácter y expedición que acreditó después en la vida pública: de carácter por los peligros que supo arrostrar en críticos momentos: de expedición por la discreta manera como supo gobernarse en los mandos y otros destinos que se le confiaron. Siempre le tuve yo en mucha estima, apesar de que su modo de vivir difería bastante del mío cuando cursábamos juntos. Tenía esa noble franquezota y ese cordial *coram vobis* que tanto me encanta en la gente aragonesa. Solía juntarse, antes de clase, con un muchacho catalán agudísimo, y ambos se entregaban á un chispeante discreteo que nos traía embelesados; y como Moncasi era tan grandón y el otro un hombrecillo menudo, todo chillido, el contraste de las figuras hacía el cuadro más ameno y divertido.

Los Ríos Acuña eran sobrinos de D. Antonio de los Ríos y Rosas é hijos de D. Francisco, entonces Presidente de Sala en Barcelona y después compañero mío en el Consejo de Estado. Gallardos mancebos los dos hermanos; el mayor, Eduardo, regentó después varias Audiencias; el menor ha desempeñado Gobiernos de provincia y altos puestos en las oficinas centrales.

III

Lo natural: en cátedra cada cuál se forma su círculo íntimo. Yo lo reduje á solos dos amigos de idénticas aficiones á las mías. Unos nos llamaban el triunvirato; otros la Trinidad; nosotros nos dimos un monograma chinesco: *Tsan-tsat-tsu*, con las primeras sílabas de nuestros respectivos apellidos: Sanromá, Satorras, Surís. La verdad es que nos completá-

bamos. Poco podía aportar yo á la masa social, pero lo que nos daba Satorras en viveza, penetración y grandes facultades perceptivas, lo aumentaba Surís con su aplomo, su espíritu analítico y la profundidad de su talento.

En mi vida he conocido otro compañerismo más cordial ni más seguido. Juntos nos sentábamos en clase; juntos redactábamos nuestros apuntes; juntos nos encontrábamos en mi casa una vez al día para cambiar impresiones; juntos nos preparábamos para los exámenes. Aquella sociedad de socorros mutuos nos daba una fuerza incontrastable. Cuanto nuevo se escribía sobre la asignatura, caía inmediatamente bajo nuestra jurisdicción á fuerza de pesquisas. Librerías, *Encantes*, bibliotecas, coleccionadores, todo lo poníamos á contribución durante el curso. De esta manera sorprendíamos el secreto de los Profesores más ladinos. Ya lo he dicho: sólo Figuerola se nos escapaba. Hacíamos largos extractos de lo que leíamos, poniéndolos al margen de nuestras notas de cátedra. ¡Vaya V. á competir con una policía científica de esta especie! Por esto nos tenían alguna envidieja cuando nos presentábamos en Junio ante los tribunales de examen. Claro: íbamos perfectamente blindados, pertrechados como nadie para resistir los más fuertes embates.

¡Cómo recuerdo al pobre Miguel Surís! Uno de aquellos seres extraños, cuya vida parece ser el pasatiempo de una muerte. Casi cadáveres los arrojan del claustro materno á un mundo que no es el suyo, al mundo de la materia, y la materia los rechaza en seguida á la región de los espíritus, siempre con las garras del dolor clavadas en las entrañas. Lucha formidable de algunos años en que el espíritu forcejea con la carne y la carne brega con el espíritu, y cede la carne al fin como afligida, como avergonzada, de aquella su mayor miseria y flojedad ante las inmensidades del alma.

Diez años duró mi amistad con Surís. Era como verle por un resquicio de su sepulcro. Verdoso, demacrado, mortecino el labio, la voz apagada, hundidos los ojos, aliento fatigoso, una tosecilla denunciadora. La batalla se daba en los pulmones. La culebra estaba en el pecho. Pero, ¡qué voluntad y qué ricas energías, y qué decisión por la vida! Carácter

eminentemente subjetivo, se abstraía horas enteras de toda realidad, y navegaba por los espacios creyendo matar las dolencias del quebradizo cuerpo con lo sano y robusto del espíritu. Aquella inteligencia había entrado en pleno vigor á los diez y ocho años. Su fuerte eran los estudios filosóficos. Pasmaba oír á aquel niño hablar del panteísmo oriental, del de Spinoza ó del hegeliano, de la doctrina socrática, de Aristóteles, de los escolásticos, del idealismo de Kant, de las últimas evoluciones alemanas. Dos obras tenía ya en proyecto: una titulada *Panteón español*, que empezamos á borrar juntos: otra sobre la Escuela de Alejandría.

Todavía tuvo tiempo para darse á conocer en Madrid. Vino de Diputado á Cortes en las Constituyentes del 54, y llamó la atención con una enmienda y varios discursos sobre la soberanía nacional, declarándose partidario de las ideas más avanzadas. Ya le quedaban pocos días de vida. Sosteníase artificialmente con ayuda de tónicos, y haciendo de la comida un puro sinapismo á fuerza de mostaza y pimienta.

Antonio Satorras, por fortuna vive. Hijo de un antiguo y respetable Senador moderado, ha seguido las huellas de su Padre. Pasó también rápidamente por las Cortes, pero por punto general no se ha movido de Tarragona, donde ha ejercido varias veces algún cargo político, como uno de los jefes más autorizados de aquel partido conservador. Después de veinte años de separación, tuve hace poco tiempo el gusto de estrechar su mano. Ambos nos quedamos hechos una pieza de vernos tan trocados: yo, sin aquel buen humor que de muchacho gastaba: él, sin aquella movilidad, aquella animación, aquella risa franca y natural, que hacían de su amenísimo trato una continua fiesta. Sí: ambos pudimos medir en un solo y cordial abrazo las largas distancias recorridas. Sí: ambos nos encontramos. ¿Volveremos á encontrarnos antes de la eterna despedida?...

IV

Aunque los catalanes tenemos fama de revoltosos, la estudiantina de mi país ha dado pocos disgustos á los Gobiernos. En un aprieto pusimos, sin embargo, nosotros al de nuestra época, del cual tuvo en gran parte la culpa la misma Autoridad por lo atropellada y lo falta de mesura.

La ocasión de la pendencia fué una niñería. Dos chicas, que vivían frente á la Universidad, andaban en galanteos con unos alumnos: apercibióse el hermano, que era hombre de agallas, y anunció una soberbia paliza á todo parroquiano que se atreviera á rondarle la casa. Puesta esta suave admonición en conocimiento del ilustre gremio escolar, convínose en que cada hijo de vecino se presentaría al día siguiente con un descomunal garrote. Los *rotins* estaban en mayoría. Empezaron á llover palos y pedradas; mas ya el tumulto se iba apaciguando, cuando de súbito vemos desembocar por la calle del Carmen una partida de Mozos de la Escuadra, mandados por su coronel en persona. Sin más acá ni más allá, la primera intimación fué apuntar los fusiles; no corrió la sangre, gracias á la prudente intervención del digno Gobernador de la Provincia.

La salvaje actitud de aquella fuerza acabó con las pocas simpatías que conservaban los Mozos de la Escuadra desde la época del Conde de España. La casa de Veciana había creado aquel instituto á fin de limpiar de malhechores el monte y los caminos. D'Espagne, y tras él los moderados, lo distrajeron de su objeto, empleando muchas veces á los Mozos en perseguir y atropellar á ciudadanos pacíficos y honrados. En vez de la salvaguardia del país, iban siendo su pesadilla. Más que pesadilla, pudieron ser aquel día motivo de grandes amarguras para un centenar de familias barcelonesas.

Mas no paró aquí el lance. Hubo quien se propuso hacer algo más sonado que el coronel de los Mozos, y fué el Exce-

lentísimo Sr. Capitán general del Principado. No bien, á la voz del Gobernador, acabábamos de replegarnos en pacífico ademán dentro del recinto universitario, cuando empiezan á descolgarse de todas direcciones fuerzas y más fuerzas de infantería y caballería con algunos cañones de grueso calibre. Un caramelito de estos en cada bocacalle: un par de regimientos desplegados en orden de batalla: húsares y lanceros en la Rambla de Estudios y en la de San José; hasta camillas: repartido por la población el resto de la tropa. S. E. no había calculado mal; para contener á un par de docenas de chiquillos levantados de cascos, bien era menester enviar, con pie de ejército, seis ó siete mil soldados armados hasta los dientes. ¡Qué ocurrencias tan divinas suele tener la política del miedo!

¿Cómo, sin nota de insensatez, ponerse á luchar con tanta gente? Hubo que escurrir el bulto, y empezó el desfile de los *sublevados* por la puerta del Botánico. Sobre los que nos aventuramos por la principal, vinieron á caer los jinetes con sable de plano. Yo, al torcer por la calle *den Xuclá*, dí conmi-go en el suelo de un soberbio empellón, y á duras penas pude levantarme, no sin crugido del costillaje. Prendieron á varios, probablemente no de los más culpables, sino de los más regazados, y los llevaron á la Ciudadela, donde, para no dementir lo ruso del procedimiento, por suma gracia les concedieron trabajar ocho días con los presidiarios.

V

Poco antes de estos acontecimientos había yo tomado el título de Doctor en Letras aprovechando las facilidades del plan del 45. Aquel año me lo pasé como bozal en trabajo; curso de Literatura latina, curso de Filosofía y su Historia, curso de Griego, curso de Inglés: *aínda mais*, mis cátedras de Derecho. Un reventón.

Era una delicia la clase de Literatura latina, con cuatro

biografías mal aderezadas, dispuestas en forma de diálogo y preguntas del tenor siguiente:—«¿Qué dicen de esta obra los periódicos?—Que es un libro excelente, metódico, etc.—¿En qué se pasaba Horacio los ratos de ocio?—Toçando la flauta,» —contestaron una vez, y el Profesor, con mucha sorna:— «Déjese de flautas y de pitos y vaya derecho á la cuestión.»

Mi profesor de Griego, D. Antonio Bergnes de las Casas, pasaba, y con razón, por poseer como nadie el don de lenguas. Camus decía de él que sabía todos los idiomas menos el español, en lo cual, y sin hacerle agravio, se equivocaba de medio á medio el docto é ingeniosísimo catedrático de la Central. Bergnes conocía el español *literario* tan á fondo como el mejor hablista; lo que no conocía bien era el *familiar*, y no era extraño viviendo, como vivía, en un centro donde se habla el catalán á todo pasto. Toma: los de Madrid tienen en este punto algunas exigencias que no son de ley. Pretenden hacer pasar por buen castellano el uso de ciertos vocablos, giros y modismos, más de provincia que rigurosamente nacionales; y contra esto nos rebelaremos siempre los que no hemos nacido castellanos ó andaluces. Ya se quejaba de ello el mismo Bergnes. Cuando emprendió la publicación de su gran «Biblioteca de Autores alemanes,» en traducción castellana, creyó conveniente dar á la colección el título de *Germania*. *Germania* era un nombre acreditado para el caso en la propia Alemania, en Inglaterra y en Francia, y si no me engaño, Savoie acababa de ponerlo al frente de su *Crestomatía*. ¿Cómo lo tomaron nuestros académicos? Benavides dijo que entre *Germania* y *Germanía* no hay, á simple vista, más diferencia que el acento, y que cualquiera podría creer que la colección de Bergnes se refería á la gente brava descrita por Cervantes, Quevedo y el licenciado Chaves.

Lo que nadie negaba á Bergnes era la condición de eminente helenista. Conocía el griego antiguo con todos sus dialectos y con todas sus transformaciones hasta llegar al moderno, á cuya pronunciación, con el texto de Bournouf, nos sujetaba. Homero, Píndaro y Demóstenes eran sus autores favoritos. Pero á lo mejor, si cogía á Esquilo, traducía sus trozos más intrincados, con tanta facilidad como la sencilla

prosa: si daba con Tucídides ó Jenofonte, con Herodoto ó Hesiodo, causaba maravilla la inmensa erudición que desplegaba sobre la historia, la política ó la mitología de aquellas tan hermosas y espléndidas edades. Repentizaba en puro griego, como el más diestro filólogo de Hala ó de Heidelberg, y hasta en el porte parecía un doctor alemán: rubio, grueso, gafas de oro, cabellos largos y recogidos detrás de la oreja, una flema inalterable y una paciencia de Job para bregar con los alumnos.

Un irlandés, Mr. William Casey, que se titulaba *Philomath*, ó individuo de la Sociedad filomática, estaba desempeñando desde tiempo inmemorial la cátedra de Inglés, establecida en el Consulado, bajo los auspicios de la Junta de Comercio. Nada se aprendía ya con aquel buen viejo, por cuyo motivo me pasé con armas y bagajes á la otra cátedra del Instituto, dirigida por Antonio Prat, que todavía la está regentando. Prat no es de nacionalidad inglesa, pero resulta inglés por los cuatro costados: de su larga residencia en Inglaterra no sólo ha sacado un purísimo acento, sino hasta la costumbre de hablar con los dientes apretados. Aunque entonces no conocíamos en Barcelona los métodos prácticos de Ahn, de Robertson ni de Ollendorf, Prat en cierto modo los adivinaba, haciéndonos graduar los ejercicios de pronunciación, sintaxis y composición sobre las mismas cartillas y gramáticas de los ingleses, desde las palabras monosilábicas hasta los ultra-esdrújulos, y desde las oraciones más fáciles á las más complejas. Con semejante maestro hubiera llegado á hablar el inglés con toda perfección, si las circunstancias no me hubiesen limitado la ración de Inglaterra á algunas raras apariciones en Londres.

No había muchachería en la cátedra de Prat. Toda era gente formal que iba á estudiar de veras: Figuerola, Pepe Dusay, hoy Marqués de Monistrol, algún abogado, algún literato, algún comerciante; y entre otros varios aficionados, un viejo templadísimo que hacía nuestras delicias. Frisaría entonces con los 75 años; extraña edad para meterse á aprender idiomas. Más verde que un cebollino: siempre con el equívoco á cuestas. En soltando la tarabilla, era cosa de ta-

parse con cera los oídos. Ocho ó diez años antes se había casado con una muchacha de veinte. Resultaron tres hijas, que fueron después tres reales mozas. El nos enteró de una clasificación singular que nunca se les había ocurrido á los naturalistas: la clasificación de los cuernos. De cuatro especies los hay, según él decía: cuernos que se tocan y se ven, los de los cornúpetos; cuernos que se tocan y no se ven, los de las crías; cuernos que se ven pero que no se tocan, los de la Luna. Los cuernos que ni se tocan ni se ven.....

VI

Simultáneamente con los estudios complementarios, empecé desde 1846 á ensayarme en el Profesorado, ya sustituyendo algunas cátedras en la Facultad de Letras y en el Instituto de Barcelona, ya explicando Literatura é Historia universal en otros Establecimientos. Apesar de mis cortos años, dábanme para ello cierta respetabilidad mi estatura, mis gafas, y unas patillotas á la inglesa que todavía debían parecerle poco á un compañero mío, porque siempre me llamaba *el joven de la patillita*. No salí desairado en aquellos ensayos: díganlo las atenciones que se me dispensaban, y los 60 á 70 duros que me embolsaba de sueldo todos los meses.

Explicaba con gusto en el Instituto y en la Facultad, pero el papel de examinador me era insoportable. Hubo un año en que todos los graduandos en Filosofía parecían llevar pujo de decir necedades. Uno de ellos, celeberrimo por sus respuestas estupendas, con un par de fórmulas desprovistas de sentido, despachaba todas las preguntas. Para definiciones de Lógica: «aquello que nos hace venir en conocimiento de la cosa.» Para Física: «aquello que es capaz de producir estados mayores y menores.» Y torcía la cabeza. Preguntáronle: «¿Qué entiende V. por cuerpos flotantes?» Y volviendo hacia la derecha unos ojos espantados, dijo: «La pared.» Dióle la mano la fortuna. Aquel estúpido sacó 30.000 duros á la lotería primi-

tiva. Con ellos montó en Barcelona una magnífica barbería. Creo que fué un golpe de talento. Ya que hubieran peligrado en sus manos los pleiteantes ó los enfermos, el instinto le llevó á cosa más inofensiva: á batir mandíbulas.

En otros establecimientos empecé á conocer la mucha mano que tiene el Clero en la enseñanza española. Tres Directores conocí: dos seglares y uno eclesiástico, religioso franciscano. En vano los dos seglares no perdonaban medio ni fatiga para tener montados sus establecimientos á la altura de la época, y para distinguirse por su celo, asiduidad y rigurosa disciplina: siempre alcanzaba la palma el fraile, apesar de su destartalo. El fraile era quien atraía mayor número de alumnos; el fraile quien poseía mejores locales; el fraile quien lucía un cuadro de Profesores más conocidos y más pingüemente dotados.

Trabajo nos ha de costar á los liberales el romper con estas tradiciones. Tienen raíces muy hondas: las costumbres, la *santa* ignorancia, el prestigio de las sotanas, la acción del púlpito y del confesonario, la debilidad de los maridos, el flaco de las mujeres. No se arrancan de cuajo ni con una ley votada en Cortes, ni con decretos gacetables, ni cambiando el escenario político con ayuda de los soldadicos, ni con propagandas en sabio, ni con tundas en plebeyo, ni aun oponiendo á la clerecía los establecimientos del Estado. Donde esté la alfalfa espiritual, allí correrá por mucho tiempo la masa, con preferencia á nuestro pan de flor y á nuestros trigos exquisitos. Es una evolución lenta, paciente, metódica, la que se necesita: cachaza y mala intención, como dirían los palurdos. Obra de muchos, muchísimos años—¿de un siglo? ¿de dos siglos?—en que hay que ir transformándolo todo; empezando por que se encierren las religiones en sus límites esencialmente morales, y dejen de ser lo que alguna de ellas pretende: una política.

Esto por lo que atañe á las naciones adelantadas. ¿Nosotros? ¡Quiá! Estamos en los comienzos. Todavía el Clero nos tiene bajo su dominio. Cuando reinan vientos *expansivos*, nos trae á las Cortes 70 diputados ó nos pone en las montañas 70.000 hombres sobre las armas con la bandera del Chapa. Si impe-

ra la política de resistencia, impone una *aleación* con el partido gobernante: el carlismo menos D. Carlos. Siempre el clericalismo encima, como obstáculo ó como influencia: ó copo ó tallo. Síntomas terribles; por esto no estoy enteramente de acuerdo con mis amigos en la cuestión de *programas*. Quieren formas políticas de garantía general: no lo pongo á pleito. No me negarán al menos que la primera de las libertades que hemos de conquistar *de veras*, es la libertad religiosa. *Hoc opus, hic labor*. ¿Cómo? Materia de largo examen. No es este el sitio á propósito para dar soluciones concretas. Lo que yo deploro es esa indiferencia del país liberal por lo que afecta á la enseñanza. Pues por ahí debe andar la cosa. Lo que veas hacer á tu enemigo. El, á fuerza de enseñar, se ha hecho formidable: nosotros, enseñando, podemos siquiera ser influyentes. Politiquemos menos y enseñemos más. Por esta senda se llega, acaso tarde, á las metas; pero se llega con éxito seguro. Con lo *otro*, se puede llegar pronto, pero se llega mal. Ambiciones, codicias, afán de Poder, todo se satisface por un momento, pero la opinión no se forma. Viene la ventolera, y el edificio al suelo.

Aunque disimuladamente, ya se dejaba sentir en casa de mi ex-franciscano cierto dualismo entre la gente tonsurada y el elemento laico. Algún cofrade de la misma ropa que el Director se pasaba de rígido y hasta de cruel con los chicos; más comedido el grupo seglar, sacaba de ellos más partido. Había un ente que, por lo extraño, parecía brujulear entre lo temporal y lo eterno: mitad seglar, por el trage y la condición, mitad cura, por sus ribetes de sacristía. Profesor de Retórica y pedante hasta la médula de los huesos; un cojo de Villaornate con forros del M. Gérondif de Paul de Kock. Juraba por la laguna Estigia y por los Dioses inmortales y taraceaba su romance con una granizada de conjunciones latinas: á un dos por tres un *item*, un *etenim* ó un *præterea*. *Dicas quid dicas*, era la fórmula que usaba cuando le hacían la contra. Cierta día que se enfureció con un compadre, le soltó en medio del berrenchín una sarta de latinajos para obligarle á obedecer una orden: *alioquin*, decía, *capitali penâ plecteris*. Era una espátula con nariz de papagayo y cara de media luna:

muy parecido en lo físico al mariscal de Saint Arnaud, de quien socialmente tan grandes distancias le separaban.

Conocía perfectamente el Director la aguja de marear, y daba brillantes fiestas en sus salones para atraerse las familias más distinguidas. Ordinariamente, tenían lugar aquellas fiestas á entrada de curso; y, en una de ellas, que fué la más suntuosa, nuestro hombre echó la casa por la ventana. El salón principal estaba ricamente decorado; había hasta abuso en los dorados, tapices, terciopelos, damascos, macetas, estatuas y jarrones; la iluminación *à giorno*; patios y jardín á la veneciana. Ocho días se pasó montando, con extrema habilidad, aquella fábrica, nuestro antiguo conocido Mariano Borrell, mareado él y mareado el Director, quien hacía notar, con este motivo, una particularidad de Borrell: que de puro celoso, cuando le tenía á su lado parecía que sobraba, y cuando no le tenía, le hacía suma falta.

Pusieron en el fondo del salón un gran tablado para los ejercicios de los alumnos: enfrente la presidencia, ocupada por el Rector de la Universidad, teniendo á su derecha al Obispo de la diócesis, y á su izquierda, al Regente de la Audiencia. No faltaban ni el Capitán general, ni el Gobernador civil, ni el Alcalde corregidor, con una nube de magistrados, canónigos, militares de todas graduaciones, el cuerpo consular y el indispensable atavío de toda buena función: las damas. Había en aquel grupo encantador unos ojos fascinadores, que un par de años después pasaron á embellecer la morada de cierto titulillo, con gran sentimiento de algún amigo. No fueron afortunados en la nueva mansión; porque lloraron mucho...

Cito con particular fruición aquella fiesta, porque fué para mí pródiga de impresiones. Aquel día tuve tres estrenos de un golpe: mi primera *emoción*, mi primer frac y mi primer discurso. Para hacer boca, hubo su discursito de entrada, que corrió á mi cargo; y subido á un elegante estrado cubierto de terciopelo carmesí, endilgué la arenga, que el público tuvo la bondad de acoger con algún aplauso. Pintaba en ella la importancia de la educación en general, y según las tendencias de la edad moderna enlazaba el deber

de la educación con la teoría del progreso humano: tracé, á grandes rasgos, el cuadro de la familia y sus relaciones con el Estado: estudié los distintos conceptos de padre, de hijo y de ciudadano, para venir á parar en la necesidad de reformar la enseñanza, amoldándola á las nuevas manifestaciones de la vida social, que tan claramente se iban caracterizando. Y terminaba de la siguiente manera, arengando con entusiasmo á los alumnos:

«Y vosotros, que acudís en torno nuestro para continuar
»la interrumpida tarea, vosotros no merecéis, por cierto, ser
»pasados en silencio. ¡Ah! Siempre hemos tenido ocasión de
»recordaros que la ciencia es compañera inseparable de la
»virtud. Sed humildes, sed dóciles, sed respetuosos: dejaos
»dirigir, dejaos dominar, dejaos *vencer*: hay derrotas que equi-
»valen á un triunfo, si en pos de ellas viene la felicidad, si
»con ellas lográis asegurar los intereses de toda la vida. Si
»por ventura os sentís muy pequeños, acordaos de que tenéis
»un alma grande: preferid á todo, los candores y las inocen-
»cias: avanzad siempre guiados por la mano del saber y del
»deber; y entonces alzad los ojos y veréis pendiente sobre
»vuestras cabezas la corona con que la Patria decora las sie-
»nes de sus hijos esclarecidos.»

Música, música, dirá el lector; y en efecto, música hubo, y con buena orquesta, y con coros y cantata número no sé cuantos. La tiple no era *ella*, sino *él*, porque entre curas no priva eso de cantar señoras; no una *sfogata*, sino un *sbravattissimo* que me desollaba los oídos á cada nota que soltaba. Yo le interpele duramente sobre el particular á la salida, y con la franqueza que me caracteriza; y el pobre me contestaba muy mohino: «¿Qué quiere V.? Le dan á V. una tessitura de tiple—*mi, sol, la, mi, sol, la*—¿qué ha de hacer uno con estos pulmonazos?

De buena gana haría gracia de los versos que se cantaron, si todo lo de remate no tuviera sus derechos. Debíanse al fecundo númen del Director, que sin duda en los ratos de ocio se entretenía tocando el violón, así como Horacio tocaba la flauta. Sirvieron de acompañamiento para la gimnasia de salón.

Sobre un motivo de los *Puritanos*:

«El hombre es legítimo rey
de a... a... aqúeste mundo visible.»

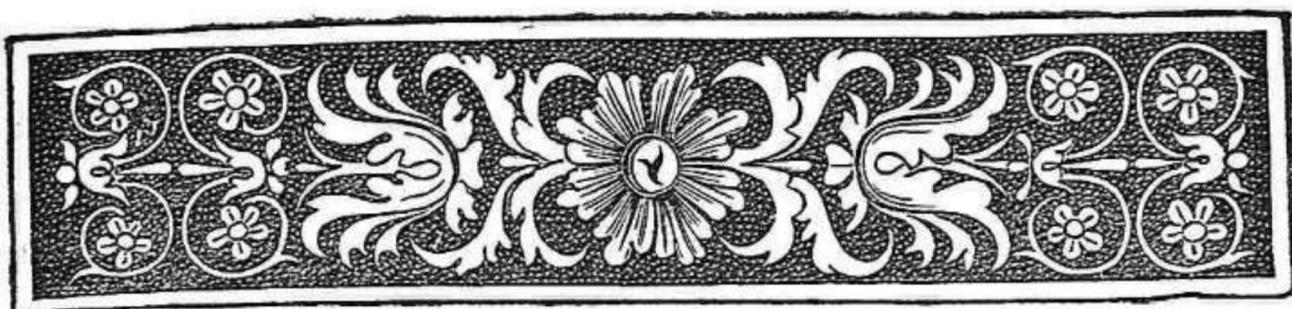
Visible ó risible: no estoy bien seguro; VV. escogerán.
Sobre motivos de la *Norma*:

«Ejercitemos, amigos,
nuestras fuerzas *corporales*:
huir podremos de males
y evitar muchos peligros.»

Terminó la solemnidad con un delicado buffet, en que cada cual engulló lo que pudo, sin ceremonia y como Dios le dió á entender, y nos separamos *tutti contenti*; yo, para recibir cierta enhorabuena que me supo á gloria: los papáitos encantados con sus bebés, y el amable Director, segurísimo de que la matrícula tomaría, como en efecto tomó aquel año, proporciones colosales. *Quod erat demonstrandum*: según nos decían en la cátedra de Lógica cuando pescábamos el intrínquilis de algún pícaro teorema.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.





CARTAS DE PARÍS



SEÑOR director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

Mi estimado amigo: Ha de saber V. que yo no salgo de mi asombro, por más que le busco la puerta, al considerar la frescura, la indiferencia, la serenidad olímpica con que VV. se comportan sin sospechar siquiera el gravísimo peligro que les amenaza. Aunque tenga por principio no leer periódicos, los he leído en esta ocasión, y he gastado en papel medianamente impreso y no siempre mejor escrito, más de lo que mis medios me permiten, sin encontrar nada de lo que en ellos esperaba hallar. Cuando yo creía que la Academia de la Lengua, que el Ateneo y todos los cuerpos literarios se habían reunido y decretado un armamento general; que Campoamor había sido nombrado Almirante de la flota encargada de velar por nuestros puertos, y Núñez de Arce Generalísimo de los ejércitos españoles; cuando suponía que las primeras divisiones mandadas por Leopoldo Alas estaban ya en los Pirineos, aguardando, pluma enristre, *á los atroces vándalos del Sena*, veo que no ha sucedido nada de esto y que se están VV. tan quietecitos como los niños en misa. Mi *acendrado patriotismo*, el *inmortal amor que esa mi tierra me inspira*—también sé yo algunas frases hechas,—me dan la energía y el atrevimiento necesarios para arrojar con

voz estrepitosa el primer grito de alarma, que deseo no echen ustedes en saco roto.

Porque, aquí, en este singularísimo París, que cuando tan expuestos se miran los intereses de toda Europa, se prepara con orden y sosiego una Exposición universal, no ha habido un pronunciamiento, fruto *sui generis* del olivo hispánico, sino una revolución, que no por ser pacífica y no haber derramado más que tinta, deja de ser importante y trascendental. La secta de los poetas *decadentes* ó *delicuescentes* que ambicionaba la supremacía literaria desde el 1866 que se formó en las alturas de Montmartre, ha trabajado con tal ahinco, conspirado con tal ardor que, á fuerza de agitarse y dar saltitos, como las ranas pidiendo Rey, ha acabado por topar con su Napoleón; y no de plata, sino de bronce y oro. Y este genio, que se llama Juan Moreás, no ha hecho más que llegar, ver y vencer; suyo es el cetro de la poesía lírica; los fulgores de su gloria han relampagueado á los ojos del mismísimo dios del Permeso; las Nueve hermanas han descendido de su clásico monte, con los blancos cendales llenos de hojas de nardo y rosa, para asistir á la consagración de éste su predilecto hijo que, en un brillante manifiesto, ha reunido todas las aspiraciones y aberraciones, grandezas y ridiculeces, *decadencias* y *delicuescencias* de sus vocablos, bajo el nombre redundante y feo de SIMBOLISMO.

Y no se vayan VV. á figurar que estoy de buen humor y ansioso de bromear un rato como si hubiésemos almorzado juntos y estuviésemos de sobremesa; ni tampoco que mi imaginación hispalense me aumenta los hechos y veo peligros en donde no los hay, pues estos decadentes son poetas de buena fe y hay que tratarlos con formalidad, y aunque mis ojos no sean pequeños, no son como los de los santos de este país. Bien sabe V. que lo malo cunde de prodigiosa manera, que todo se pega menos lo bonito, que *lo francés* tiene desde hace tiempo cartas de ciudadanía en España, y de todo ello es convincente prueba la invasión de Montepín en los folletines de esa prensa y las infinitas y desacertadas versiones del francés que se venden en esas librerías y en esos teatros se estrenan. Pues bueno, amigo mío; si Dios no lo remedia, pasará lo mis-

mo con esta lamentable *decadencia* ó *simbolismo*, sobre todo porque posee los tres requisitos: es malo, es feo y es francés; y si penetran ahí las poesías decadentes y comienzan á brotar imitadores, le digo V. que estamos perdidos y llegarán tiempos mucho peores que los del gongorismo. En efecto, Góngora estaba en su cabal juicio, mientras que los simbolistas son víctimas de la neurosis, están rematadamente locos, sus visiones son mórbidas—*ægrî somnia*,—y si me olvidase de que no es la REVISTA un diario médico, estudiaría á esta gente como se estudia un caso patológico. El pueblo que fingiese comprender semejante poesía—pues en realidad no la comprende nadie,—que la leyese y aplaudiese, sería en breve un pueblo de dementes, un Leganés monstruoso. Conque calcule usted ahora si mi inquietud es injustificada; y para que nadie suponga que exagero, voy á explicar á mis lectores lo que es el *simbolismo*, pues he tenido la paciencia—¡el Señor me la bendiga!—de darme un empacho de *decadentismo*.

El cual tiene por abuelos á Mallarmé y Verlaine y por dictador á Juan Moreás, y consiste en reemplazar las ideas con palabras, en producir en el ánimo la más supina intensidad de impresión con la sonoridad y el color de los vocablos. Oiga usted á Moreás y tenga presente que traduzco lo más literalmente posible para que pueda apreciarse la forma, ya que es lo importante: «Para la traducción exacta de su síntesis, el simbolismo necesita un estilo arquetipo y complejo; vocablos impolutos, el período que se contrae alternando con el período de ondulatorios deliquios, los pleonasmos significativos, las misteriosas elipsis, la anacoluxis en suspenso, el tropo osado y multiforme; en suma, la buena lengua—instaurada y *modernizada*—la buena y lujuriente y retozona lengua francesa anterior á Vaugelas y Boileau-Despréaux, la lengua de Francisco Rabelais y de Felipe de Commines, de Villón, de Rutebœuf y de tantos otros escritores independientes que lanzan el afilado dardo del lenguaje como los tóxotas de Tracia sus flechas sinuosas.»

Esto de instaurar la lengua de Rabelais y de Villón, por más que sea *modernizándola*, es ya una solemne tontería, porque para volver á esa lengua ruda, apenas formada y como

en pañales, era inútil haberla pulido y trabajado hasta dejarla tan perfecta como es hoy día. Pero no hay tal cosa, y no es el habla del divino y sencillo Villón la que escriben estos simbolistas; no es escribir esa lengua usar algunos arcaísmos como *abscouse* por escondido, *affenés*—de *ad* y *femun*—por apacentados, ni llamar á la ruina *illucescente*, ni acudir á la tecnología mística para calificar las siluetas de *obombrées*—de *obumbrare*—y pequeñeces por el estilo. No es tampoco escribir la lengua de Villón, más clara que cristal veneciano, amontonar hojarasca, idear metáforas, complacerse en la oscuridad para que gastemos más horas en comprender una de sus frases que en descifrar un jeroglífico ó una página de sanscrito. Teodoro de Banville, en quien se apoya Moreás, ha dicho que «el escribir en verso no exime de escribir en francés ni de tener sentido común.» No es tampoco escribir esa lengua, faltar á reglas fijas de la métrica, cuando el mismo Banville ha puesto en su *Tratado de la poesía francesa* el célebre capítulo de las LICENCIAS POÉTICAS, que consta solamente de estas tres palabras: NO HAY NINGUNA, y el no menos famoso de la INVERSIÓN que dice: NO DEBE EMPLEARSE NUNCA. Pues aunque no sea tan opuesto á la inversión como Banville y reconozca notable diferencia entre el «*Me, me, adsum qui feci jñ me convertite ferrum!*» y el «*En una de fregar cayó caldera,*» no acepto las trasposiciones *simbólicas*, que se acercan más á la española que no á la latina apuntadas.

Para que V. se convenza de que lo principal en el *simbolismo* es el vocablo, ahí van unas líneas del legislador Renato Ghil, sacadas de su *Tratado del Verbo*, el cual hará poner los pelos de punta á los comentadores del siglo XXV que se propongan analizarlas y explicarlas:

«¡Surjan ahora los colores de las vocales tocando el misterio primordial! Y sin ir más allá, saludaré con estricta magnificencia, el «soneto» del poeta maldito Arturo Rimbaud, que formula la Teoría del maestro que se regocija con las Medias Tintas, Pablo Verlaine. No vió que se podía penetrar con mayor osadía en el Arcano y elevar las vocales, que se trocaban en colores, al último progreso de instrumentos resonantes, lógicamente domeñados. Pablo Verlaine lo ha presentado cada

vez más, como vago ensueño que se quisiera disputar al olvido; pero sin ordenar el *fiat lux*. Pero no tardemos en decir la marcha ligera y triunfal que el blando *Romancero* se ha ejecutado á sí mismo, caminando hacia los venideros días entre suaves disonancias, murmurios y sonrisas, puerilmente enamorado. Pues por *impresionista* que sea el arte de pintar, no estriba ya en el celoso secreto de los adorados versos, y paténtelo toda la paleta de los «*Sueños*,» matizada paleta nacida de la prosa. La visión de Arturo Rimbaud merece ser rectificadada, no más sea que por el despiadado error de haber colocado bajo una vocal simple de toda evidencia, la *U*, un color compuesto, el verde. Así se manifiestan coloreadas, á mis ojos exentos de ceguera anterior, las cinco:

A, negro; *E*, blanco; *I*, azul; *O*, rojo; *U*, amarillo

en el serenísimo reinado de los cinco duraderos lugares que cual un mundo se abren á los soles; pero la extraña *A* absorbe la propia gloria de las otras cuatro, por la razón de que, siendo el desierto, implica todas las presencias.»

Es decir, en término de química, que la sustancia de las cuatro vocales se halla en la vocal *A*, que es un desierto por ser de color negro ó representarlo. Esta coloración de las vocales es una deliciosa *chifladura* que da resultados como los siguientes: la palabra *escarlata* resulta ser blanca y negra, muy negra puesto que hay tres *as*; y el *amarillo* es negro, azul y rojo. ¡Cuando le decía á V. que estos poetas tienen visiones mórbidas! La monomanía del vocablo en sí mismo está palpable además en el esmero con que estos soñadores hojean los diccionarios; bien sé yo que, si me leyese, me acusarían de impostor y se esforzarían en hacerme creer que poseen en su cráneo el caudal de palabrotas que nos tiran á la cabeza, sin pensar, es cierto, que nos descalabran. Usted y yo, y cualquiera no imaginaríamos cometer un imperdonable lugar común por decir el *arpa*; un decadente se guardará de semejante vulgaridad y dirá el *barbitón*; de cien personas, tal vez ochenta no sepan lo que es un barbitón, pues apenas queda memoria de ese instrumento; por añadidura el vocablo

es sordo y campanudo; pero, ¡qué importa! es raro. Si Bécquer hubiera sido decadente, habría escrito:

«Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidado,
silencioso y cubierto de polvo
veíase el *barbitón*,»

instrumento que no rima con olvidado, pero rima perfectamente con *melón*! Y lo mismo es en todo; la astronomía, la historia natural, la química, la física, la medicina, provocan á los decadentes las palabras más extrañas y antimusicales para escribir el verso, es decir, el *canto*. La flora y la fauna de sus poesías son de lo más estrambótico, y sacan á relucir unas piedras preciosas que ningún lapidario recordaría haber tallado. En cuanto á los términos místicos que han hallado en sus lecturas teológicas, tienen su razón de ser, pues la secta es católica, y todos cuantos son tienen el alma en estado de *delectación morosa*. Note V. que por más que se empeñen en pintar exclusivamente con palabras, no lo consiguen siempre; la idea es tan potente y tan indispensable, que se burla del preconcebido designio del autor, y aunque la rechace, ella se le viene encima y se tiende sobre el papel como en su cama natural. Tampoco debe V. suponer que no dicen más que absurdos ó simplezas, pues no hay loco que no tenga su cuarto de hora de lucidez; y como quiera que las incoherencias son las verdaderas manchas negras, que no la vocal *A*, y las hay á centenares, cuando descubrimos una perla por estas lobregueces, nos parece la más hermosa y mejor orientada de cuantas en la vida admiramos. Y esto es un mal; pues los tontos que se deleiten con las poesías que entienden, podrán pensar que las incomprensibles son más bellas aún, sólo que su inteligencia no alcanza á tanto, y este galimatías será lo que más aplaudan y adulen, por lo mismo que se quedan en ayunas.

Un ligero examen de los dos libritos de Juan Moreás y del librito de Noel Loumo—estos poetas no hacen más que *libritos* muy repequeñitos,—será muy oportuno para que ustedes formen juicio del *Simbolismo*; las teorías no son malas, pero conviene verlas en la práctica. Le prevengo á V. que mi

análisis será recto; alabaré lo bueno cuando se ofrezca, pero apuntaré también los más leves defectos, ya que estos señores nos venden sus libritos como dechados de perfección.

Juan Moreás, que tiene una letra ancha y cuajada de soluciones de continuidad, comenzó por firmar *Las Sirtes*—78 páginas;—abren el libro unos recuerdos del poeta, que no llama *Souvenirs*, sino *Remembrances*, y son cinco recuerdos de amor. El primero es en Grecia, *donde los crepúsculos radiantes tiñen de amatista á los dioses*, sin que esto explique de qué color los tiñen los crepúsculos, pues la amatista común es violeta purpúreo, y la oriental, azul violado; aquí *una virgen de inapaciguados senos, vierte sobre el árido labio del poeta, el bálsamo de sus besos*. En el segundo, la única nota clara es *un pizzicato de guitarras y bandolín*. Pasamos luego á Alemania,—este Juan es un D. Juan que ha amado en toda Europa,—y á seguida á España, pues habla de altas *sierras*, y pregunta si se paseará *con la catalana de piel morena, pie pequeño y ojos de azabache*. Al cabo venimos á París, á las *alcobas mercantiles*, en las que Moreás *ha estrechado los talles de reptiles de las mercancías en cuestión, paseando sus manos, con lujuria de artista*—¡picarillo!—*bajo las camisas de batista que olían á ámbar y jazmín*. Mencionaré una oda que no es mala, salvo la idea de que el Leteo se destierra á los moscateles de Rivesalta:

*Dans les chypres et les muscats de Rivesalta,
endormeur des soucis, ô Léthé, tu l'exiles,*

y daré un jacinto de plata á las bellas sextinas: *Tus manos* que merecen conservarse. Esta composición representa uno de los cuartos de hora de lucidez que he señalado, y no es verso decadente, sino un verso francés, sonoro y elegante, lo que leemos. Pero vuelve al punto la locura, y en la poesía *Sensualidad* el poeta nos habla de *arcilla infamante*, de los *rosados abriles de las grupas* y los *lirios de los senos untados de esencia*. Quiere morder en la *suave vulgaridad de la vida* desdeñando los *esplendores de los sueños trascendentales*, y más adelante desea un amor *eompuesto de sollozos y lágrimas, triste como cielo otoñal*. Su corazón *es féretro vacío dentro de una tumba*, tiene su boca *los venenos de las leonadas belladonas* y llenos

están sus *ojos sombríos de los odios de los malditos*. En estas *sirtes* hay más cirios que en el *monumento* de la catedral de Sevilla. El corazón de Moreás, que acaba de ser un féretro, es ahora *devastado templo* y los ojos de su Carmencita *no encenderán los cirios* de ese corazón. Cinco estrofas más allá alumbran los *pálidos cirios de la basílica*, y no señalaré otros, pues el olor de la cera no es de lo más agradable. El poeta que tan artísticamente se entretenía en las alcobas mercantiles de París, es un desesperado, un poeta llorón; su inspiración parece un bofe, por lo blanda, y yo prefiero los colores de la salud, la energía, la potencia. Los eunucos no pueden hacer papel sino en los serrallos de Constantinopla. Y cuando exclama:

Qui me rendra jamais l'Hermine primitive,
et le Lys virginal, et la Sainte Forêt
ou dans le chaut des luths Viviane aparait
versant les philtres de la lévre fugitive!

—
¡Quién podrá devolverme el primitivo Armiño,
y el Lirio virginal y el Santo Monte
do al son de los laúdes aparece Bibiana
del fugitivo labio derramando filtros!

me es imposible apesadumbrarme por la pesadumbre del autor, ni por sus *noches mal sanas cruzadas de crímenes*, ni porque su alma haya *quemado su túnica de vestal*, ni porque *haya ensangrentado su corazón con las espinas del eterno Pecado*—ya me entiende V.,—ni porque su corazón..... pero V. no sabe cuántas cosas singulares es el corazón de este diablo de hombre: es la *linterna que alumbra el lupanar*,—*un rosal brotado en estiércol*,—*el blanco cirio* (¡ya pareció aquello!) *el blanco cirio que arde sobre el ataúd de una virgen*—*casto nenufar que flota sobre el estanque*. Y no crea V. que no me apiade de este infortunado por dureza de condición, sino porque, francamente, no lo entiendo, y la pena que no se explica no puede conmovernos. ¿Qué me importará, ni importará á nadie, esta *Visión del poeta*?

Alors, comme sous la baguette d'un sorcier,
dans mon esprit flottant la Vision se calque:

*blanche avec des cheveux plus noirs qu'un catafalque,
frêle avec des rondeurs plus lises que l'acier.
Dans le jade se meurt la branche de verveine.
Les tapis sont profonds et le vitrail profond.
Les coussins sont profonds et profond le plafond.
Nul baiser attristant, nulle caresse vaine.*

Entonces, como bajo la varilla de un hechicero,
la Visión se calca en mi espíritu flotante:
*blanca con cabellos más negros que un catafalco,
débil, con contornos más lisos que el acero.
En el jade fenece la rama de verbena.
Profundas son las alfombras y profunda la vidriera.
Los cojines son profundos y profundo el techo.
Ningún beso amargo, ninguna vana caricia.*

No importa nada, porque no sabemos lo que quiere decir: no sólo las vidrieras y los cojines, etc., son los *profundos*; también lo es él, y si se entiende, con su pan se lo coma, y buen provecho le haga. En fin, las *Sirtes* terminan reclamando un nuevo Mesías que *destruya la obra de la Mujer y siegue el deseo infame en las nuevas generaciones*. En lo cual estoy conforme, si la obra de la Mujer estriba en parir *decadentes*, y el deseo infame es el de escribir versos simbolísticos.

El segundo librito de Moréas—142 páginas,—las *Cantinelas*, es peor y mejor que el primero.

Peor, porque se nos muestra más *delicuescente* que nunca; mejor, porque los momentos de buen sentido son más numerosos, y si se arrancasen algunas decenas de páginas al libro, quedaría la obra de un poeta sentido, digno de estima, aunque no del Capitolio.

Seis partes contiene el librito. Los *Funerales* son los del sentido común y el buen gusto, enterrados por el simbolismo; y como no quiero ser eterno, no citaré nada de ellos, salvo este verso:

Et la morgue ridicule des guérillas,

para decir á Moreás, que tanto aborrece la vulgaridad, que hablar de presunción refiriéndose á España, es un lugar común, y que sus abuelos del primer imperio no dijeron nunca que

fuese ridícula la altivez de las guerrillas, ellos que las vieron de cerca. Heine hizo el *Intermezzo*; Moreás hace el *Interludio*, en el que hay una bonita nota moderna: *Never More*, y tres composiciones bellas, sin restricción: *El Rhin*, *Florencia* y *El Rufián*. ¡Por qué no se dejará Moreás de *simbolismos* y otros *bolos*, y no escribirá siempre con esta gracia, un tanto afeminada, pero gracia al fin! En las *Asonancias* trata el poeta de renovar el perdido metro asonante, y escribe una especie de romance, que es muy lindo; pueden leerse con solaz la *Mala madre* y la *Esposa fiel*, como *Agha Veli*, lo mejor del libro, que traduciría con gusto si no fuese tan larga. Con la *Mujer pérfida* caemos de nuevo en la monomanía, pues esta señora se pone á guisa de cejas las plumas de un grajo, y en sus ojos el jaspe y el jacinto; y la locura es furiosa y digna de la camisa de fuerza en el *Puro concepto* y las *Historias maravillosas*. He aquí un soneto que ni en francés ni en castellano entenderá nadie, y es un acabado modelo del arte de escribir sin decir nada:

Sous la rouille des temps je suis un vieux blason
 —Chère galère avec ta riche cargaison,
 estu prise à jamais dans les glaces du pôle?
 —Voici l'heure qui tinte et la chanson du sauc
 Mon regard fatigué contemple l'horizon
 Monotone à travers les barreaux d'une géole.
 —Je suis l'herbe fauchée, et l'arbe que l'on gaule.
 —Voici l'heure, male heure, et la male saison.
 Mais que me font ces fleurs qui meurent sur la tige,
 et ces parfums remémorés, et le vertige
 des royales splendeurs et des évêques;
 car mieux que dans la nuit close des sépultures,
 Daimôn auguste du Concept, oh! n'ai-je pas
 Trouvé l'oubli sacré, dans tes prunelles dures!

Bajo la herrumbre de los años soy un blasón antiguo.
 —Galera amada, con tu preciada carga
 Estás para siempre varada en los hielos del polo?
 —Ya suena la hora y la canción del sauc.
 Mi cansada mirada contempla el horizonte
 monótono, al través de los barrotes de una prisión.
 —Soy yo hierba segada y árbol vareado.

—Esta es la hora, la mala hora y la mala estación.
 Pero qué me importan esas flores que mueren en su tallo,
 y esos perfumes rememorados, y el vértigo
 de los regios esplendores y de los episcopados;
 porque mucho mejor que en la noche cerrada de las tumbas,
 demonio augusto del Concepto, ¡oh! no he hallado yo
 el sacro olvido en tus duras pupilas!

Para mí tengo que, el sér inocente que se proponga encontrar el sentido, la médula encerrada en este soneto, perderá el chirumen en una noche; por lo cual, para distraer el ánimo, paso de Moreás, el maestro, á Noel Loumo, el más joven de sus discípulos.

Este novel ingenio ha puesto también su huevecito, y su librito de 30 páginas y 17 composiciones: se titula *Versos de colores*, título significativo si los hubo; habrá en estos versos mucho color, todo el arco iris; pero lo que es ideas, no hay ninguna. Este discípulo gana á todos sus maestros, y desde el principio hasta el fin, es ininterrumpido atajo de disparates lo que dice. Nos habla de buenas á primeras *del azul recogimiento de lo exquisito* (*l'exquisité*, palabra no mal formada), *del amor que se encenaga en el* (inventemos la palabra) *en el lentejueleo-paillement de lo absurdo*, *de la blancura del seno que sentía el advenimiento del blanco*, *de un dolor ó pena que relincha como el buril*—yo creo que quien relincha y da coces es el poeta,— *de su verso irremisible*. Y en esto anda acertado, pues Dios no puede perdonárselo, y no habrá confesor que se lo remita, por holgada que tenga la manga. Infinitas son las cosas curiosas y nunca vistas que encontramos en los versos de Loumo. Hay *rutilantes retoños que cantan un himno de color de rosa con acordes verdes*; *trinos vesperales que echan su manto de oro sobre el purpúreo azul*; una bandada de buitres es *abstracción polvorienta del pico y del relámpago*; *el cristal, asustado, vela sordos perfumes*—y á mi entender no hace mal, lo cual no quiere decir que dé la preferencia á los perfumes musicales; *la nieve endurece el aire con su blancura de ópalo*; no sé qué *buho hierático, llora con su grito negro*—de lo que puede sacarse en claro, que los gritos tienen color como los versos decadentes. en la poesía ψιλοεοφια!—que también sabe griego Loumo:

L'Infini melliflu de sou haleine rose
 qu' ulcère le néaut,
 Caresse le sommeil recueilli de la chose
 sur le gouffre béant.

—
 El infinito melífero de su hálito rosa
 que ulcera la nada,
 acaricia el sueño recogido de la cosa
 sobre la anchurosa sima.

Y, sin atreverme á contestarme, me pregunto atónito ¿qué cosa será la que acaricia el hálito rosa? Pero esto son rosquillas y aguardiente si se compara con el *Hachís*—¡Jesús, María y José!—donde el poeta vaga sobre *el lomo anillado del hipógrifo sueño y esparce su alma ebria al tenue éter acolchado*, ni más ni menos que una manta de Palencia, y aparece una nueva escala: *la escala amarilla del LA verde con sostenidos anaranjados*, escala que, como V. ve, tiene tres bemoles. Pues, ¿dónde me deja V.—ó me dejo yo,—los *azules silencios de los honores perdidos*? ¿Y *la mezcla incolora de perfumes maduros en los que boga una rima sonora*? ¿Y *la torcida, ojo que pestañea de la lámpara párpado*? ¿Y *el UT lila del cielo tapadera*?..... Mas, basta ya, pues temo acabar con toda la bastardilla que posee esa imprenta, y, lo que sería más sensible, levantarle á V. y á mis lectores una jaqueca que no se les cure en tres semanas. Sobra con lo citado para convencerse de que el señor Loumo se estrena bien, y goza de todo lo necesario para dar, en breve tiempo, consigo en..... un manicomio.

Siendo yo muy niño conocí en Badajoz á un exmaestro de escuela, hombre ya de sesenta años, que se llamaba D. Bonifacio Hernández, del que tengo imperecedero recuerdo. Este bendito *trabajaba* tres horas diarias en reunir las palabras más singulares, buscándolas una á una en gran número de diccionarios, las apuntaba en libritos de memorias, tantos como letras tiene el alfabeto, poco á poco las aprendía de memoria, y luego matizaba con ellas su conversación, que desgraciadamente no recuerdo. Sí sé que decía á cada paso, como un estribillo: «¡Lo que es el lenguajel ¡Lo que es el lenguajel!» Los decadentes deberían ir á Badajoz y buscar algunos escritos de

este viejo, que es su verdadero abuelo, y escribir su elogio y elevarle una estatua, pues no hacen ellos otra clase de trabajo. Seguro estoy de que, cuando Loumo escribe *ciel mærent*, está cinco minutos repitiendo: *mærent...*, *mærent...*, *mærent*, y tal vez acabe por exclamar, con D. Bonifacio: ¡*Lo que es el lenguaje!...*»

Naturalmente, los decadentes no vivirán, pues no pueden vivir, pero durarán; y créame V., no les quiten ojo de encima; la locura es contagiosa, y estos poetas son muy capaces de pasar los Pirineos, si aquí los mandan con sus cantinelas á otra parte.

•¡Librenos Dios del cólera, de los terremotos y del simbolismo, amén!

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

París, 20 de Octubre de 1886.





EL BESO

Conclusión (I)

VIII

—Yo á los jueces diré vuestra inocencia,
la juraré ante Dios.

—Si ya no quiero
pedir la libertad ni la clemencia;
el nombre, el nombre, es sólo lo que espero.

—No le diré jamás; la Providencia
me exige como juez recto y severo
que exima de la pena al inocente,
sabiendo quién ha sido el delincuente;

pero me impide descorrer el velo
que de la confusión guarda el arcano,
y si vos dirigís la vista al cielo,
veréis que fuera proceder villano.

(I) Véase la pág. 600 del tomo anterior.

—Aún es peor cortar el raudo vuelo
del alma que hasta el trono sobrehumano
llega á implorar perdón; fijad mi suerte,
una frase no más.

—Antes la muerte.

—Vos no me conocéis; cuando una idea
surge en mi mente, yo la doy abrigo,
por imposible que al parecer sea;
siempre con terca obstinación la sigo
en realizarla mi alma se recrea,
con todo mi poder á ello me obligo,
y cuando al fin que la realizo toco,
os lo puedo jurar, me vuelvo loco.

Olmedo me robó mi ilusión pura
y sangrienta venganza juré á Olmedo,
siguiendo mi ideal con tal bravura,
que aunque quisiera desistir no puede;
y si Dios descendiera de su altura,
sin temor gritaría: no, no cedo.
Ya sea cobardía ó heroísmo,
con mi venganza bajaré al abismo.

—Y por una venganza miserable
que á vuestro corazón tiene sujeto,
confesáis que de un crimen sois culpable.
¡Buscáis la muerte!...

—Yo os diré mi objeto.

Vuestro cariño á Olmedo, es indudable;
entre él y vos nunca medió secreto,
y yo tengo la idea aquí adherida
de que sólo él ha sido el homicida.

Vió aquella noche su deshonra cierta;
 que él rondaba la calle, es evidente,
 y pretende dejar su honra cubierta
 siendo él el matador, yo el delincuente,
 traición que horrible duda en mí despierta.
 —Olmedo hiere sólo y frente á frente.
 —Padre, según la cuenta que se salda,
 se hiere frente á frente ó por la espalda.

—¿No os delatasteis vos?

—Sí, no lo niego,
 pero él buscaba una ocasión propicia.
 —¿Quién sabe lo que va á suceder luego?
 Todo el que procediendo con malicia,
 y al ver que estaba delirante y ciego,
 abusa sin piedad de la justicia.
 Librarse de ese modo pretendía
 de los dos enemigos en un día.

Tan baja idea nunca ha sido digna
 del que cual noble y cual honrado piensa.
 Dios, en su santa caridad benigna,
 con olvido y perdón paga la ofensa.
 Todo el que está contrito, se resigna,
 y recibe después la recompensa;
 hasta tanto acatemos el destino.
 —El vuestro es el nombrar al asesino.

—No lo conseguiréis.

—Porfía vana.

No hay en el mundo quien sobre esto ejerza
 poder alguno.

—La justicia humana.

—Esa no hará que mis deberes tuerza.

—Vuestra conducta es por demás liviana.

—Confesaréis de grado ó á la fuerza.

—Deteneos, señor, que aunque os asombre,
en las luchas con Dios sucumbe el hombre.

—Nada escucho. Acudid—gritaba inquieto.—
Para eso decreté vuestra venida
y al fin logré robaros el secreto,
y mi venganza voy á ver cumplida;
criminal me fingí con este objeto,
y esta jugada la tenéis perdida.
Acudid, acudid; sois inocente,
y van á descubrir al delincuente.

IX

Tan inesperados gritos
sembraron la confusión
de todos los que asistían
al acto conmovedor
que allí tenía comienzo,
y cuando hasta ellos llegó
el eco de aquellas voces
en desorden y en montón,
entraron en la capilla
donde el padre confesor
estaba inmóvil y mudo,
y Vargas seguía en pos
de arrancarle su secreto,
pero nada consiguió,
porque el buen fraile callaba,
y, al fin, el inquisidor,
que lo era don Diego de Arce,
dijo con serena voz:

—Ese mismo proceder
hubiera seguido yo;
nuestro juez es la conciencia,
y de la conciencia Dios.

Todos quedaron absortos,
pero don Diego añadió:

—El consejo por mi labio
os declara libre á vos,
aunque en verdad sois culpable
de otro delito mayor,
que no le penan las leyes,
cuyo único juez es Dios.

—Y también él juzgará—
dijo Vargas el traidor,—
que mata, se oculta y deja
caiga sobre otro el borrón
de su infame cobardía.

—Nada hay debajo del sol
que á su mirada se oculte;
tranquilizaos, que yo
os juro que ha de saberse
pronto quién fué el agresor,
porque no ha de haber alcalde
que olvide su obligación
por satisfacer los odios
nacidos de un falso amor.

—De mis actos—gritó Vargas—
no sois responsable vos;
mas yo lo soy de mi honra,
y el más claro resplandor
la va á devolver el brillo
que un cobarde la robó,
y una vez que todos callan,
y no se alza aquí otra voz
que la que cruel me acusa
sin que encuentre un defensor
que á la justicia defienda,
voy á defenderla yo

declarando sin reservas
el nombre del que mató,
que este religioso oculta
con depravada intención,
y fué...

—Mirad lo que hacéis—
dijo el fraile.

—He sido yo—
gritó un hombre desde fuera,
se oyó de pasos el son,
y don Diego López de Haro
en la estancia penetró.

—Jamás mi nombre oculté—
dijo el de Haro—y nunca huí,
ni ante el peligro temí,
ni mis acciones negué;
mis desdichas afronté
desde que nací hasta hoy;
por donde quiera que voy
llevo la verdad por faro;
¿buscáis á don Diego de Haro?
No le busquéis, que yo soy.

Que yo fuí el matador
declaro rotundamente,
porque mi labio no miente
y me lo dictó el honor;
lo confieso sin temor
de mi crimen convencido,
de él no hubiera desistido
ni entonces, ni en este instante;
mas no le mató un amante,
sino un hombre agradecido.

—Aquella noche os guiaba
una pasión ciega, impura,
y en ella vuestra amargura,
vuestro castigo imperaba,
que allí un hombre os disputaba
un amor impío, insano.

—Aquel hombre fué un villano—
gritó Vargas.

—Sí lo fué.

—Su nombre.

—Yo lo diré;
don Luis Vargas, vuestro hermano.

—Imposible; habéis mentido,
dirá aquél á quien la envidia
y la más cruel perfidia
le tuvo por mal nacido.
¿No le habíais conocido?
Vuestra madre, fiel esposa,
una sospecha injuriosa
de vuestro labio sufrió,
y su inocencia se vió
cuando yacía en la fosa.

—Basta.

—No; me habéis de oír,
y así podréis comprender
que en el mundo hay un deber
y una pena que cumplir;
que no se puede eludir
una y otro es evidente,
que se paga injustamente
aquélla, lo veis palpable,
él fué martir, yo culpable,
y vos sólo el inocente.

Con la cara descubierta,
correr el mundo podéis,
y de fijo no veréis
que os cierren ninguna puerta;
si alguno hay que os advierta
que robasteis el sosiego
y la vida, calma luego;
os dirán sin pesadumbre
que vos encendéis la lumbre
y á mí me consume el fuego.

—

Todo el daño que habéis hecho
en contra vuestra se lanza,
pidiendo justa venganza
en uso de su derecho;
ya es inútil el despecho
que todo lo hicisteis vos;
sólo queda entre los dos
una noche triste, oscura,
que os dice con amargura
lo que es el hombre y es Dios.

X

De la capilla salió
con planta segura y cierta,
y en el umbral de la puerta
á doña Inés encontró.
Olmedo la acompañaba,
que á su dolor se abandona,
diciendo: el Rey no perdona:
y un real pliego le entregaba.
Por mí supo lo pasado;
con su ayuda he conseguido
ver humillado y vencido
al que tanto me ha humillado.

Pero esta vez quiere unir
la justicia y el perdón.
Y procede con razón
voy mi sentencia al cumplir,
que puede el Rey olvidar
un crimen por su clemencia,
mas solo la Providencia
debe el mío perdonar.
A arriesgar mi vida voy
en cruda y sangrienta guerra
si al fin me deja en la tierra,
volveré, que libre soy;—
y sufriendo hasta el exceso,
cayó en sus amantes brazos,
y al romper aquellos lazos,
resonó en la estancia un beso
que llegó hasta el corazón
de Vargas, que en su delirio,
preso de cruel martirio,
grita loco: ¡Maldición!
Y por la escalera avanza,
y un soldado que allí había
creyendo al punto que huía,
le detiene con la lanza.
Él no cede ó no lo advierte,
pero aquel hierro homicida
que antes guardaba su vida,
le dió sin querer la muerte.
Gritos, ayes, confusión,
el recinto aquel encierra
y Vargas mide la tierra
exclamando: ¡confesión!
De Jesús pronuncia el nombre
y el fraile exclama: al fin cede
que ahora sabe lo que puede
Dios y lo que puede el hombre.

RAMIRO.



RECUERDOS DE SALAMANCA

LEYENDAS DE OTRO TIEMPO

LA MUERTA VIVA

APUNTES PARA UNA LEYENDA



¿N qué piensas, Iñigo?

—En que dentro de poco se nos acaba la renta de unos cuantos escudos, si no sacamos fuerza de flaquezas y damos al traste con esa paz que va á hacer la guerra á nuestros bolsillos y á enmohecer nuestras espadas.

Así hablaban Iñigo Rasuro y Pedro Tello la noche del 12 de Febrero de 1467, víspera del día en que por primera vez iban á abrirse las negociaciones para la terminación de la famosa guerra de los Bandos.

La necesidad de destruir las cuadrillas de salteadores que, tomando el nombre de uno ú otro bando, asaltaban las más de las noches los distintos barrios de Salamanca, para cometer en ellos todo género de excesos, fué, además de las predicaciones de San Juan de Sahagún, uno de los principales motivos que tuvieron los Manzanos y Monroyes para depo-

ner sus antiguos odios y hacer causa común para defenderse.

En Salamanca pasaba entonces lo que en tiempo de Alfonso VI de Portugal, dice Paúl Feval, sucedía en Lisboa con la cara del Rey de los Caballeros del juramento. Cuadrillas armadas se repartían por las parroquias de San Benito, Santo Tomás y otras, y al grito de «viva María la Brava» ó «los Monroyes» asesinaban, robaban y cometían toda clase de delitos.

Iñigo y Tello, que eran unos de los jefes de aquella clase de matones, recibían muy mal la noticia de una paz que venía á poner término á sus botines y á su vida licenciosa y vagamunda; y trataban, por cuantos medios podían, de frustrar los pasos que para la avenencia se daban de uno y otro lado, y principalmente por el cabildo y Obispo de Salamanca.

D. Diego Rodríguez, hombre rico y de influencia en el bando de los Monroyes, ayudaba á Iñigo y á Tello en sus pretensiones y se esforzaba en destruir una concordia, que si bien todos deseaban, era para él prematura.

Enamorado D. Diego de D.^a Elvira, hermana de los Manzanos, que estaba prometida en casamiento á D. Fernando Enríquez, hijo del célebre D. Alonso, que siendo corregidor de Salamanca no quiso entregar el Alcázar á D. Juan II, sino que, unido con D. Juan Gómez de Anaya, que mandaba el fuerte de la catedral, le hicieron retirarse á Cantalapiedra, aspiraba á enlazarse con ella por medio de un rapto, que no pareciendo extraño en aquellas clases de guerras, pudiese después ser confirmado en el tratado de paz que se hiciere y servir de elemento para la unión futura de ambas familias.

Para la ejecución de este pensamiento había buscado don Diego á Iñigo y á Tello, personas que, como hemos dicho, disponían de una cuadrilla de bandoleros que tenían constantemente á la ciudad en alarma, y los cuales debían de verificarle mediante una crecida suma que recibirían al hacer la entrega de D.^a Elvira.

Todo, pues, estaba arreglado para consumir el robo, y la noche á que nos referimos era la designada para llevarle á efecto, por hallarse los hermanos de D.^a Elvira ausentes y

quedarse sola con un criado llamado Altamirano, á quien previamente habían seducido.

Impaciente D. Diego y temiendo con razón que los salteadores abusasen de la posición que iba á proporcionarles la entrada en la casa de los Manzanos, resolvió ser de la partida, y completamente disfrazado, llegó donde aquéllos se encontraban en el momento que principiamos esta historia.

Iñigo y Tello, que no esperaban á D. Diego, y que miraban este negocio por partida doble, se sorprendieron de su presencia y trataron de disuadirle en una empresa que podía serle peligrosa y que, en realidad, no iba sino á servir de obstáculo para sus malhadados intentos; pero D. Diego, que conocía la causa de una oposición tan obstinada, logró vencer su repugnancia y que le admitieran en su compañía por medio de un aumento de precio en el contrato y de unas cuantas monedas que les dió en el acto.

Las intenciones de D. Diego se hubieran realizado sin el más mínimo obstáculo, si Altamirano, pesaroso de su deslealtad y alevosía, no hubiera descubierto á D.^a Elvira los planes de los salteadores y buscado el medio de desbaratarlos.

El momento era decisivo, puesto que aún no había acabado Altamirano de confesar su cobardía, cuando ya se sentían en la puerta los pasos de D. Diego y de sus compañeros; pero D.^a Elvira, que á su figura encantadora reunía el valor de la pureza y la virtud, no se sorprende de un peligro tan eminente como inesperado, y mandando retirar á Altamirano, se ciñe una corona de siemprevivas que adornaba la frente de una Inmaculada, baja su toca, y cogiendo un crucifijo, al que da un amoroso beso, se tiende sobre una alfombra y se finge verdaderamente muerta.

Sediento de amor y esperanza, D. Diego se precipita en la habitación de D.^a Elvira, pero retrocede de espanto ante el espectáculo que se presenta á sus ojos. D.^a Elvira, vestida de blanco, adornada su frente con la corona de las Vírgenes, y ostentando en su mano un crucifijo que exhalaba misterioso resplandor, parecía un ángel dormido á los pies de la Madre del Altísimo, que la custodiaba.

La fe había salvado á D.^a Elvira, que al echarse en brazos de su Dios para que la defendiese, había creído en su omnipotencia, y herido el corazón de D. Diego, que, postrándose ante él, le demandaba perdón para sus culpas y le ofrecía el retiro en un claustro para satisfacerla.

Poco tiempo después, D. Diego dejaba la casa de los Manzanos, y abandonando la ciudad, tomaba en Arévalo el hábito de monje.

Allí vivió siendo modelo de religiosos, y un siglo después se encontró su cadáver todo entero, y dicen que meneándole la cabeza, salía la sangre tan fresca como si estuviera vivo (1).

Pero mientras que D. Diego, á los pies de D.^a Elvira, cambiaba la espada por el sayal del religioso, Iñigo y Tello recorrían toda la casa de los Manzanos en busca de los tesoros de D.^a Mencía; y guiados por Altamirano, bajaban una escalera de caracol que se habría misteriosamente en una de las habitaciones, y llegaban á una pequeña cueva que, abierta en peña viva, debía de servirles de tumba por tres siglos.

Este retrete había sido abierto por orden de D.^a Mencía Amero, para dar sepultura á los cadáveres de sus hijos, que secretamente había hecho traer de Portugal, y el cual no se hubiera vuelto á abrir jamás si Altamirano no hubiese creído que podía servir también de sepulcro á Iñigo y á Tello y vengar en él la afrenta hecha á D.^a Elvira y á su bando; así es que tan luego como logró verles dentro de tan misterioso asilo, deja caer una trampa que cerraba herméticamente la abertura que servía de entrada, y les dejó sumidos en tinieblas para siempre.

A mediados del siglo pasado, y con motivo de una excavación para la reforma de aquella casa, se encontraron los esqueletos de Iñigo y de Tello, y debajo de ellos otros dos sin cabeza y que debían de ser de los Manzanos.

Cinco años después de estas noches, celebraba Salamanca

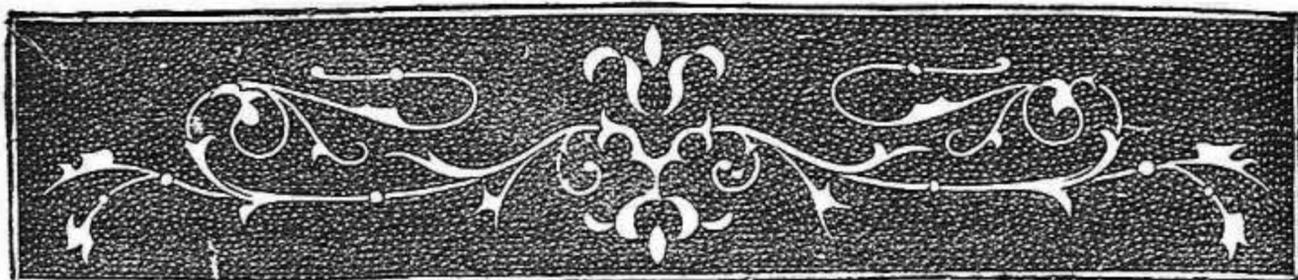
(1) En el convento de la Santísima Trinidad de Arévalo se encontró el cadáver de un religioso, con esta maravillosa circunstancia, y tenemos entendido se hallaba enterrado en la capilla de las Angustias, que hoy se encuentra destruída.

con júbilo la terminación de la guerra y el enlace de D.^a Elvira con D. Pedro de Villalba, del bando de los Monroyes, por haber muerto D. Pedro Enríquez al lado de Altamirano en la batalla de Olmedo, peleando contra el Conde de Ledesma.

En la casa donde se firmaron las paces, y que se encuentra en la calle de San Pablo, hay todavía sobre el arco de la puerta principal la siguiente inscripción: «*Ira odium generat, concordia nutrit amorem.*»

TELESFORO GÓMEZ RODRÍGUEZ.





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

CAPÍTULO XVIII

LOS AMORES DE MARÍA



E advierto, María, que tu hermano Jaime sabe de igual manera que nosotros que Augusto se llama Augusto Monpavón, y no Julio Alvarez.

—¿Lo sabe?

—Sí—prosiguió Sedini.—El por donde ha llegado á su noticia, lo ignoro por completo.

Y era tal la certidumbre en que estaban los que conocían muy á fondo al Mosén de que, sabedor él del verdadero nombre del herido, no podría contenerse y lo mataría, que en la frente de Paz brilló entonces una luz intensa de felicidad.

—Y ese milagro, chiquilla—siguió el médico,—es uno más que debemos á Fray Salvador. Él ha sido el autor del mutismo en que tu hermano está sumido. Podemos decir que Augusto vive porque Fray Salvador le ha comprado la vida á Jaime.

(1) Véase el número anterior.

—Entonces...

—Entonces ¿qué?... Ya sé lo que me vas á decir. Que quien ha sido capaz de arreglar lo uno, arreglará lo otro... No lo niego. Augusto es un muchacho de excelente fondo: no tiene más que esas malditas ideas que no sé por quién le han sido enseñadas: por tanto, nada tendría de extraño que otro milagro de Fray Salvador... En fin, basta por hoy. Retírate, y mañana será otro día. ¿Te ha gustado la procesión?... ¿Sí?... Ha estado brillante... Vaya, hasta mañana...

Y María salió del despacho del doctor y bajó á la estancia de la anciana Brites.

—¿Te vas ya, hija mía?—la preguntó el ama de llaves de Sedini.

—Sí—la contestó Paz.

Y se acercó alegre á una cuna, que tapaban sendas cortinas de gasa.

María las descubrió con sumo cuidado y sin hacer nada de ruido.

Asomó entonces, como la cabeza de un angelillo entre nubes, una carita redonda, de nariz chata, labios estrechos y rojos, mejillas arrebatadas; semejando un montoncillo de hojas de rosa en que las hubiese de distintos tonos. Era una masa de carne blanda y fina, que respiraba con suavidad, y que estaba cubierta de pequeñas gotas de sudor.

Al ver aquel niño dormido, hermoso como hijo de su madre, y sin padre legal, daba una tristeza ó parecida lástima á la que se tiene cuando se ve una flor nacida, no en jardín, sino entre las resquebrajas de las losas de un atrio: allí expuesta á que cualquiera la pise; nacida de errante semilla que en tan mal sitio se dejó caer.

María miró en silencio al fruto de sus entrañas, con esa borrachera de la madre, que hace de cada una, una loca por su hijo, y estampó en su frente un beso, lavándose los labios con la lengua, antes y después del beso: antes para que húmedos no rozaran nada el cutis blanco de Jesús; luego, para saborear el agri-dulce del sudor que empapaba sus facciones.

Y volvió á mirarle y á darle otro beso, hasta que el durmiente niño se rebulló, cual si algo hubiese sentido, y María

separándose, le dejó dormir tranquilo, tornando á echar las cortinas de gasa de la cuna.

Después se despidió de la anciana, que la acompañó hasta la misma puerta, y soñando con venturas, salió á la calle y caminó por entre las sombras hacia su casa.

Al día siguiente, Augusto Monpavón y Jaime Parollá comieron en la misma mesa, pues el primero ya se había levantado por consejo de Sediní.

Y no pasó desapercibida para María de la Paz, la profunda meditación en que su hermano y el capitán se hallaron sumidos, sin que ninguno de los dos hablase una palabra: ni tampoco las miradas estraviadas que Augusto le dirigía, no ciertamente las mismas que antes la echaba, y que desdecían de los ojos de un hombre que había jurado adorarla. Las miradas de Augusto, más que de amor, eran de reconcentrado odio.

Pero el enigma quedó sin descifrar: levantados los manteles, el Mosén y el herido se separaron haciéndose una ligera reverencia, y Paz quedó sola.

Aquella tarde entró la huérfana en la alcoba de Monpavón á preguntar si algo se le ofrecía, y su incertidumbre y su inquietud aumentaron sobremodo, al ver que con voz seca, mal disimulado ceño y acento triste, la respondió: «*nada.*»

En el laberinto de sus dudas, vino la noche, y con ella, á su debido tiempo, la hora en que, descansando todos, salía de la casa María de la Paz.

Augusto no se acostó aquella noche: antes por el contrario, estuvo paseando de un lado á otro, con la impaciencia mal reprimida de quien aguarda algo importante: y con el oído muy alerta, creyó percibir á la misma hora que la noche anterior la despedida de la infame.

Asomóse tras de los vidrios de su ventana, y por ellos vió la salida de María.

Entonces, decidido y pudiéramos asegurar que descompuerto, abandonó la alcoba, cruzó el pasillo, llegó á la puerta, y salió al huerto siguiendo los mismos pasos que Paz; procurando, sin embargo, no ser visto de nadie, y eligiendo por sendero aquellos trozos que ya la sombra de algún fron-

doso chopo ó ruinoso tapial, proyectaban sobre los puntos que una luna, no muy blanca, iluminaba de tenue claridad.

Eran más de las once. Perseguida y perseguidor caminaron, la una pensativa como siempre, y el otro preocupado como nunca. Más de tres veces en aquella misteriosa carrera, María se volvió asustada creyendo oír pasos de alguien; pero Augusto sorteaba de tal modo los quicios de las puertas, iba tan diestramente eligiendo las mayores sombras, que Paz nada veía y proseguía caminando á casa de Sediní.

Al fin llegó: llamó con el aldabón, y la puerta, abriéndose, la dejó entrar, cerrándose luego.

Augusto se estremeció al ver tan plenamente confirmadas sus sospechas, y pensó sobre lo que hacer debía. Los balcones del cuarto principal transparentaban la luz de una lámpara, y de cuando en cuando los iluminados visillos se oscurecían, como si entre ellos y la luz se interpusiera algún cuerpo. Y como los eclipses aquellos fueran intermitentes, pero medidos y exactos como los destellos de un faro, Augusto dedujo que alguien se paseaba en la sala. También por las rendijas de la ventana del piso bajo se veía luz, y Monpavón decidió acercarse y mirar por ella si alguien estaba...

Pero en su mente bullía incesantemente un horrible proyecto, que tal vez denunciara el continuo acariciar de sus manos al revólver que pendía de su cinto. ¡Quién sabe si pensaba sorprender el abrazo del médico y su querida María, haciendo que además de sus brazos y sus bocas, se entremezclasen y confundiesen la sangre y los rotos miembros de los dos enamorados!...

Mientras tanto, flotantes nubes que venían del Norte corrían en dirección á las montañas, velando á ratos la luna, y haciendo que siempre que el astro quedaba descubierto, apareciese andando velozmente y como arrastrado por los vaporesos brazos blanquecinos, que gesticulando colosalmente en los altos cielos, imponían miedo á los que como Augusto vagaban con ánimo triste á aquella hora por lo más bajo de las miserias de la tierra.

Y el continuo variar del celaje era una inmensa reproducción del cerebro sombrío de Augusto, donde la razón se eclipsa

saba cada vez más; con nubes de sangre, como la luna se escondía entre nubes de blanco algodón.

El sordo monólogo del silencio de la noche abrumaba aún más al perplejo y aturdido Augusto.

—¡Es ella!—se decía tocándose el pecho con las manos para que las palpitaciones del corazón no se lo hiciesen saltar.

—¡Es ella!—repetía—que viene cínica y descaradamente á sepultarse en los brazos lascivos de un amor criminal... ¡Ah! ¡Por qué no la maté antes que entrara!... Hubiera robado al menos una noche de placer á la saturnal que vienen desarrollando... ¡Y tienen un hijo!...

Su estado era como el del que maldice de su inteligencia cuando no acierta á comprender prodigios y fenómenos intraducibles á la razón humana. Sentóse en una piedra al pie de la ventana, y meditó.

Nadie transitaba por la calle á aquellas horas: el silencio era profundo: sólo de cuando en cuando lo turbaban lejanos ladridos de perros, ó una racha de fino aire que moviendo el ramaje de los chopos, hacía sisear las hojas que reverberaban su envés á la luz dudosa y cada vez más triste de la luna.

Y como el huérfano recuerda con deleite los últimos momentos del amante padre que murió, así Augusto, huérfano de la dicha á que había llegado á unirse, llamaba entera la atención de su alma sobre los postreros instantes en que aún creía en el amor de María de la Paz. Y se regocijaba y olvidaba sus presentes amarguras, con el plácido recuerdo del tiempo en que, ignorante de su desdicha, entreveía una era de tranquilidad á su alborotado espíritu. •

De pronto se puso en pie, como si por su cuerpo hubiese atravesado una chispa eléctrica. Y no fué chispa; fué una idea la que estallando y bañando de luz su negro pensar, le hizo llevar á cabo aquel movimiento repentino.

Una palabra del médico, que vino de pronto á su mente, trastornó por entero al desesperado Augusto. Acordóse de cuando Sedini, hablando con él de sus asuntos, le dijo: «*Y piense V. que no sólo María es la víctima: hay otra...*»

¿Aquella víctima á que se refería el doctor, qué podría sig-

nificar?... ¿Por qué cuanto escuchó de los labios de D.^a Obdulia no había de ser una burda mentira que la envidia ó simplemente la maledicencia hubiesen fraguado?... ¡Qué rápida reacción de pensamientos hubo en su cerebro!... ¡Cómo caían convertidos en polvo todos los argumentos que á sí mismo se había hecho culpando á María de un crimen en que tal vez no tendría ni la más leve participación!... ¡Cómo enjugaban su congoja dulces esperanzas!... ¡Cuál calmaban su fiebre las frescas auras de un aire puro... el de la respiración de Paz!... ¡Y aquella figura venerable de Sedini á quien de pensamiento había escupido y pisoteado, cómo se rehacía y se rehabilitaba á su equivocada vista!...

Poco pudo estar en tan lisonjeros raciocinios, pues sintió ruido dentro de la casa, y atisbando por la estrecha rendija, vió distinta y claramente á María de la Paz que hablaba con una anciana. Después vió que se despedía de ella, y suponiendo que saldría inmediatamente, dejó de mirar, y apartándose de la ventana se alejó un tanto.

Minutos después se abría la puerta de la casa, y salía por ella una sombra, que por lo airoso de su andar, denunciaba á la hermosa huérfana. Augusto se ocultó detrás de un corpulento chopo, y esperó á que María le llevase algunos pasos de ventaja. Y cuando ya era así, y el recodo de una calleja solitaria hizo desaparecer las iluminadas ventanas del doctor, Augusto avanzó resueltamente, y exclamó:

—¡Paz!... ¡Paz!...

La hermana del Mosén volvió la cabeza asustada.

Inquirió con la vista quién pudiera ser aquel hombre que corría tras de ella, y cuando á su mente vino el convencimiento de que era Monpavón, lanzó un ahogado grito de estupor, y quedó muda de asombro.

Quiso huir, y corrió velozmente... pero Augusto la alcanzó: trató Paz de luchar un instante con los brazos que la rodeaban el cuello: apartóse del hombre, y dijo:

—Déjeme V.... Por Dios...

—Has de venir conmigo—la decía Augusto temblando de emoción.

Y como la huérfana, falta de fuerzas, sintiera que las pier-

nas la flaqueaban y que su cuerpo se derrumbaba en tierra, Augusto la sostuvo, la animó, y cogiéndola por último en brazos, llevándola como se lleva á un niño, atravesó una callejuela corta que daba al campo, y saliendo á éste se sentó en un ribazo con su preciosa carga.

—Déjame...—decía Paz.—Déjame que vaya á casa.

—Habla antes conmigo—la respondía agitado Monpavón.

—Déjame, déjame—murmuraba sordamente María de la Paz, mirando aterrada, la soledad el silencio y las sombras de que estaban rodeados.—Déjame; yo... no te he llamado, ni te he buscado... ni quiero verte...

—Yo sí... Yo te he llamado, y te he buscado y anhelo el verte... Y yo te adoro y seré tuyo siempre, si me dices de dónde vienes...—exclamó Augusto abrazando tiernamente á la prisionera.

María de la Paz, pugnaba por desasirse y huír de aquel sitio.

Pero los brazos de Augusto eran cadenas de hierro, que se enroscaban cual serpientes á la cintura de María.

—Aquí has de estar—la decía al oído con turbada lengua y balbuciente voz,—mientras no hablemos lo mucho que los dos tenemos que hablar. No trates de huír, porque te será imposible.

—¡Déjame!... ¡Déjame!... Suelta... Aparta...

—¿Tanto mal te hago con tenerte así?...

—Más del que tú crees.

—En cambio yo, doy todas las amarguras y las tristezas de mi horrible vida por este instante... ¡Paz de mi sangre!...

—Augusto, deja que me vaya...

—¿Ves?... Quieres llorar, y no puedes... Tu naturaleza y tu alma te gritan que tu sitio está entre mis amantes brazos. Además...

—¡Por lo que más quieras!...

—Por ti entonces...—la interrumpía ébrio de pasión el convaleciente.—Tú eres lo que más quiero; lo único que adoro... Pero no me digas que te suelte, porque no lo haré... Es menester que oigas lo que voy á contarte... Mira... Tran-

quilízate... Ya te dije que no era ladrón capaz de robar dos veces el mismo tesoro...

—Sí... pero otro día...

—Ese día no vendrá. Ya que tengo la ventura de poseerte, ahora que ni nos ve, ni nos oye nadie...

—Nos ve Dios...

—¿Ese le tiene muy sin cuidado el que yo te abrace ó no te abrace...

—Suéltame...

—Si lo vuelves á decir, creeré que esto es posible y te apretaré tanto contra mí, que pudiera ahogarte.

—Es que yo te aborrezco...

—¡María!... ¿Qué mentira has dicho?... Si antes que eso suceda tiene que apagarse el sol... y desaparecer el mundo... ¡Si eso es imposible! Si aunque lo digas y me lo jures, jamás lo he de creer...

—¡Que me ahogas!—gritó Paz desfalleciendo.

—Perdóname... más que tú, siento yo, el que para hablaste haya de tenerte prisionera y cautiva. ¡Respiras ya?...

—Así... déjame así... consiente que me vaya.

—María, no lo pidas... Tú eres desgraciada: tú padeces mucho; tú sufres; tú no eres feliz... Yo tampoco lo soy: antes de verte á ti, creí que en el mundo no podría serlo jamás; pero desde que fuiste mía, atando mi existencia con la tuya para siempre... soy lo feliz que se es cuando se tiene esperanza en la ventura... Y yo la tengo en tu amor ¡María!... ¿Por qué no has de amarme tú como yo te amo á ti?...

—Porque me estás haciendo más desgraciada de lo que ya soy. Déjame, y todo te lo perdonaré...

—¿Quieres que te suelte?... ¿Quieres darme... la mayor prueba de cariño, la más inmensa?... Pues dime de dónde vienes ahora...

—¿Ahora?...

—Y las demás noches que sales de tu casa.

—No puedo decírtelo—contestó María tratando de ponerse en pie.

—¿Que no?... ¿Y por qué?... ¡Debo saberlo!... ¡Oh!.. ¡Si supieras cuánto he sufrido aún ha poco!... Si supieras lo ho-

rrible de los pensamientos que cruzaban mi cerebro!... ¡Si yo te contara que he querido matarte!...

María no habló nada.

—Dime de dónde vienes—repetía excitado y convulso Augusto Monpavón.

—Vengo... de casa de Sediní... vive ahí...

Augusto se estremeció.

—¿Y qué tienes tú que hacer á estas horas en su casa?

Apesar de la penumbra incierta de la noche, los ojos de Augusto vieron que las mejillas de María se tornaban más rojas que la grana. No pudiendo contenerse un momento más, Monpavón abrazó fuertemente á la huérfana, la atrajo hacia sí con un violento esfuerzo, y luego de dudar un instante, arrimó su boca á la encantadora oreja de Paz, y la dijo muy quedo unas palabras que ni el aura silenciosa del campo pudo entender.

María se abandonó entonces por completo en los brazos de Augusto: cerró los ojos, empapando sus pestañas de rutilantes y claras lágrimas que la brotaron de repente, y cruzando sus manos en la misma actitud en que las cruzan los muertos, exhaló un tenue suspiro...

—¿Es verdad?—la preguntó Augusto.

Y palideciendo el rostro, entornando los brillantes ojos, María reclinó su cabeza en el hombro de Monpavón, y cual el último suspiro de un moribundo, murmuró un sí que estalló en el pensamiento de Augusto como en una cueva donde espirasen asfixiados varios seres, estallaríá una bomba de vivificante oxígeno.

—¡Paz de mi alma!...—gritaba ahogadamente Augusto al oído de la desventurada madre.—¡Paz de mi vida!... ¡Es eso posible?... ¿Y yo he dudado de ti?... ¿Y yo he sido capaz de ofenderte pensando mal de ti?... ¡María Paz! ¡Esposa mía!...

Augusto cesó en su frenesí: notaba que las mejillas de María se enfriaban hasta parecer de hielo; que el pulso se extinguía... Luego sintió que las crispadas manos de la huérfana buscaban las suyas y las estrechaban con ardor... María se sonreía... entreabría los ojos, mostrando sus pupilas más negras aún que la misma noche...

La hermana del Mosén quiso hablar, pero no pudo; ahogáronsele las palabras en la garganta... Mas levantóse con presteza, y logrando desasirse de Augusto, le dijo llena de emoción:

—Adiós.

Y trató de andar.

Pero vaciló y la fué imposible dar un paso.

—Vamos á tu casa—la dijo él, ayudando á sostener á María.

Y se puso en pie.

—Aguarda un segundo, María; te vas á ir, y...

—¿Y qué?...—preguntó débilmente Paz.

—Iba á decirte... que...

—Concluye...

—Que si la madre de mi hijo se va sin darme un beso...

María no contestó nada. Y Augusto, obedeciendo su silencio, que ya se sabe es casi un permiso en estos casos, estampó en su frente uno tan apretado y tan ruidoso, que los dos huyeron como si temieran se hubiese oído por alguien.

A mitad de camino descansaron; y cuando llegaron á la puerta del huerto, fueron á separarse.

—Adiós—se dijeron al mismo tiempo.

Y quedaron mirándose un buen rato, cual si les costara trabajo el desunirse...

El alba venía.

Paz apretó por última vez la mano de Augusto, y corrió á entrar en la casa.

Monpavón la siguió y penetró solo en su alcoba.

La lamparilla de la Virgen de Guadalupe se había apagado.

CAPÍTULO XIX

URGENTE

Y corrían abundantes, templados hilos de sudor por la empolvada frente del mensajero, que se enjugaba las gotas de

agua que brotaban de sus poros, pasándose sin cesar un sucio y denegrado pañolín de hierbas.

Del cansancio participaba el caballo que cabizbajo y mustio, temblonas las patas, alargado y caído el cuello, estaba atado á una de las rejas de la casa; formando unísono concierto de ruidos, el castañeteo de las espuelas del jinete, el fuerte respirar del bruto que hinchaba y deshinchaba los hijares con la misma actividad que un fuelle de fragua, y los aldabonazos que, repetidos y no nada suaves, aplicaba á la puerta el soldado.

Al fin, abrióse una pequeña ventana, y una cara larguicha; arrugada y verde de color, asomó por ella, lanzando un estridente: *¿Quién llama?...*

—Abra V. en seguida, buena mujer—respondió con impaciencia el desmontado jinete.

—¿Pero á quién busca?—interrogó la anciana segurísima de que aquel hombre se equivocaba.

—Al Mosén. ¿No vive aquí el Mosén?...

—¿No lo dije?—exclamó la vieja.—Maldito sea él y toda su casta. ¡Cuidado con la vecindad!... Será menester poner en la puerta un cartel que diga *No es aquí donde vive el Mosén...*

—Pero, ¿no es esta su casa?

—No señor. Y así Dios le confunda, por no haber tomado bien las señas. Es ahí; más abajo; en esa casa que tiene tiestos en los balcones.

—¿La del alero grande?—preguntó el hombre mirando hacia donde el huesudo dedo de la vieja señalaba.

—Ahí mismo, y hasta otra: que esto de vivir al lado de un hombre célebre, tiene sus quiebras. No pasa día sin que...

Y cerrando de golpe la ventana, entró sin concluir de hablar.

El soldado desató las bridas, de la reja á que estaban anudadas, y apresuradamente dirigió sus pasos y los de la bestia hacia casa del cabecilla.

Era aún muy de mañana: por eso todos los portones estaban cerrados, y eran rarísimas las ventanas que tuviesen sus maderas de librillo abiertas. En cambio cada chopo era un

orfeón de trinos, y una orgía en que los pájaros cantaban sus amores, convirtiendo en tálamo nupcial las encrucijadas de las ramas rellenas de hojas secas, plumas y pajuelas. Corría un viento fresco; y en lo alto del campanario de Santa Inés tocaban al alba las campanas grandes, llamando á los fieles que, madrugadores por costumbre, tenían el hábito de oír la misa á Fray Salvador.

Cuando el soldado llegaba á casa del Mosén, se abría la puerta y salía por ella, rebujado en un capote de campaña, el mismo Jaime.

—Señor—le dijo descubriéndose el soldado, que al instante le conoció, no obstante llevar tapada casi toda la cara.

—¿Qué quieres, muchacho?—le preguntó afablemente.

Y el mensajero, desabrochándose el chaquetón de pana par-da que encima del uniforme traía puesto, sacó del bolsillo un pliego y lo entregó.

El Mosén lo cogió con curiosidad, y aun se turbó un tanto, cuando leyó en el sobre la palabra *Urgente*.

Devoró con la vista las alarmantes nuevas que el pliego contenía; fuéle cambiando la expresión del rostro, hasta hacerle parecer aplastado por una idea, y doblando el papel nuevamente, entró en el portal de su casa, diciendo al soldado:

—Entra...

Subió los encerados peldaños de la escalera, resbalando cual sobre hielo; llamó á María, y encerrándose con ella en el despacho, la dijo:

—Paz querida... De nuevo tengo que partir, y partir pronto... esta misma tarde...

—¿Pues?...—preguntó la huérfana.

—Las tropas del Gobierno han recuperado cuanto perdieron en los anteriores días... Se hace necesaria mi presencia en el campamento... Ayer tuvimos más de cincuenta bajas... Llama—decía—llama á Sedini: que venga inmediatamente..

—¿Vas á despedirte de él?...

—No—contestó Jaime mirando fijamente á su hermana—voy á preguntarle...

—¿El qué?...

—Cómo se encuentra el capitán... Pues yo, si le dejo aquí, no me marchó.

María de la Paz palideció. ¿Cuáles serían los proyectos del Mosén al plantear aquella disyuntiva?...

—Mira—prosiguió diciendo Jaime,—mejor es que vayas tú misma por él... Mientras la Caspia puede dar de almorzar que me ha traído este pliego... dila que le despache pron-pues va á partir antes que yo.

Y dando media vuelta, subió á su despacho, donde escribió y firmó varias órdenes urgentes. En ellas dictaba disposiciones en relación con su propósito de dormir aquella misma noche en el campamento, si es que á las tropas del Gobierno no se les ocurría avanzar hasta Cristierna.

Luego hizo sus preparativos de marcha: avisó á sus ayudantes; y dos horas después reinaba en la casa desusada actividad. Resonaban en el empedrado de las cuadras los golpes de casco de los caballos; chisporroteaba descomunal hoguera en el hogar donde la Caspia aderezaba la comida, y fuera de la casa, frente al abierto portón, un grupo de paisanos cada vez más grande miraba con curiosidad aquel movimiento, suponiendo, con razón, era hijo natural de alguna mala noticia venida del teatro de la guerra.

Augusto Monpavón despertó también, extrañando aquellos ruidos: vistióse, y salió de su cuarto con la cara aún bañada en los efluvios de felicidad que el diálogo de la anterior noche habían impreso en él. Brillaban sus ojos con ese reverberar de la ventura, que hace más cristalinas las pupilas, colorea las mejillas é imprime ese carácter de descanso, buscado con trabajo, al rostro entero.

A nadie encontró en los pasillos; pero al ir á atravesar el ancho pórtico, se cruzó con el Mosén, que se detuvo al verle, y le dijo:

—Quisiera... antes de partir, hablar con V. dos palabras tan sólo.

—Estoy á su disposición—le contestó Augusto.

Y subiendo las escaleras tras del cabecilla, entró con él en su despacho, cerrando la puerta en seguida.

Sentáronse frente á frente, aunque sin cambiar ninguna

mirada, y comenzó la conferencia Jaime, diciendo con voz seca y tono un tanto áspero:

—Acabo de tener del campamento infaustas nuevas que me obligan á partir hoy mismo. En los días que V. lleva en mi casa, habrá podido comprender que se le ha tratado más como á un amigo, que como á una persona extraña. A cambio de los favores que ha recibido V., voy á pedirle yo uno.

—El que V. quiera está concedido, si sólo de mí depende.

—Tan sólo de V.—le dijo Jaime dulcificando algo el modo de expresarse con que había comenzado.

—Usted dirá entonces.

—Digo, pues, que no teniendo su estancia en esta casa más que una única y exclusiva razón, cual era la de curarse las heridas que recibió en el ataque de la ermita de San Roque, y habiendo cesado esta razón, pues ya puede salir á la calle, cese también el permanecer aquí, para lo cual esta misma tarde saldrá conmigo, y yo le facilitaré caballo y pase con que pueda llegar á unirse hasta los suyos.

Y acabó de decir poniéndose en pie, como despidiendo á Augusto. Este permaneció un buen rato silencioso, abrumado por lo que acababa de oír, sin darse cuenta de ello, mirando con desencajada vista á aquel verdugo de su dicha que le arrojaba de ella, inconsciente del mal que causaba.

—¿Qué dice V.?—le preguntó Jaime al ver su raro mutismo.

Tampoco le contestó Augusto á esta interrogación que el cabecilla pronunció en tono que exigía inmediata respuesta. Estaba aturdido, sin comprender del todo lo que hacer le tocaba. Y casi sin saber lo que decía, tartamudeó un *no puedo*.

La lengua parecía entumecida por el frío de hielo que se extendió por su cuerpo todo.

—Señor... Monpavón—dijo agriamente el Mosén.—¿No puede V. contestarme?...

Y Augusto se sintió aún más aplastado é indeciso. ¡El Mosén sabía su verdadero nombre! ¡A su vista no era más que un embustero, cobarde!... Entonces el calor de la vergüenza le caldeó lo que la desesperación había enfriado, y con mal disimulado temblor, respondió:

—Sí... puedo contestar.

El Mosén tuvo que aguardar un instante más. Al fin dijo Monpavón:

—Me iré de esta casa... pues que se me echa de ella... Mas del pueblo...

—¿Mas del pueblo no?...—exclamó Jaime.

—No: me mudaré... á otro lado.

—¿Y no sabe V. que al salir de esta casa no puede V. ir sino es á la cárcel?...

—¿A la cárcel?...

—Sí... V. no es más que un prisionero de guerra, á quien por especial favor iba á dejar en libertad. Puesto que V. no quiere...

—¿A la cárcel yo?...

Y Augusto Monpavón inclinó la cabeza sobre el pecho, con visibles señales de desaliento. Estaba de Dios que no había de recibir de Jaime Parolla más que favores tras favores; pero aquel era un favor...

—Entonces me iré... también del pueblo... puesto que usted me lo... permite.

—Bien—dijo Jaime.—¿En eso quedamos?

—En eso.

—Entonces prepárese V.—añadió el Mosén.

Y repitió ese significativo ademán que los Reyes hacen cuando quieren despedir á una visita.

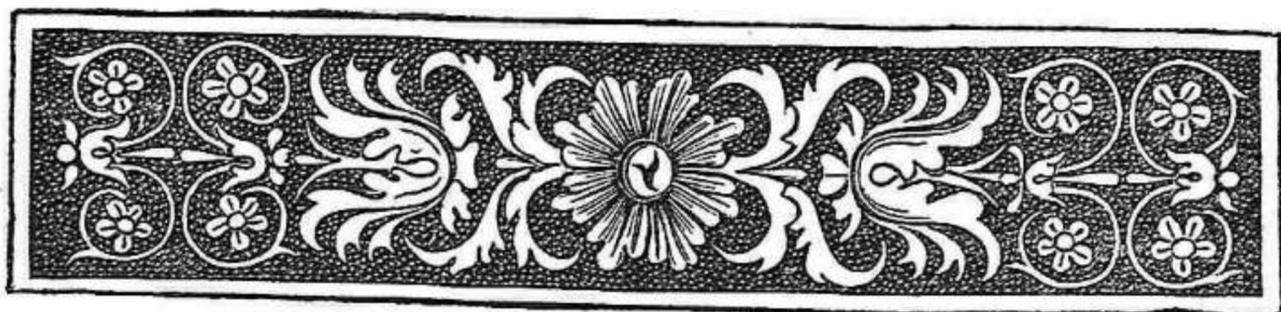
—¡Prepararme!—dijo Augusto.—Mi equipaje es el que llevo encima... Pero, no quisiera que se fuese V. ahora sin que hablásemos un momento más.

—¿Y de qué?—le interrogó Jaime clavando la vista en él, impaciente por tanta pesadez.—Bastante le he dicho á V. ya... Es un favor que le hago el dejarle ir libre...

—Ese favor podría aumentarse dejándome aquí unos días más...

ANTONIO VASCÁNO.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS

UN acontecimiento ha sido para el arte dramático español la apertura del teatro del mismo título, tan esperada y comentada por cuantos se interesan por que la dramática española vuelva á ser lo que ha sido, y nuestro decadente teatro salga de la postración lamentable en que se encuentra y de la que, con intención artística y patriótica, digna de mayor alabanza, intentan sacar Calvo y Vico, ayudados de los autores más eminentes con que hoy contamos, y con el público y los amantes de las glorias tradicionales de la escena.

No se equivocaron los que auguraban que la inauguración del clásico coliseo iba á proporcionar un triunfo legítimo á los citados autores y al Sr. Echegaray, autor de *El Gran Galeoto*, que se puso en escena con gran contentamiento de los defensores de la dramática contemporánea, y no poco sentimiento de los partidarios del repertorio antiguo, que hubieran visto con verdadero entusiasmo la refundición de una comedia de las llamadas «de capa y espada,» debida á la culta pluma de D. Emilio Alvarez, y de cuyo trabajo tenemos las mejores noticias, y el sentimiento de no haber podido saborear las muchas bellezas que en la incógnita refundición resaltan, y de que además se haya desviado la dirección escénica de dicho

teatro de la tradicional costumbre que venía siguiéndose desde tiempo inmemorial, rindiéndose de este modo culto merecido á los esclarecidos escritores que tan alto dejaron el nombre de nuestra hoy espirante literatura dramática.

Respetando los motivos de esta sensible variación, y desmintiendo los rumores que la acusaban de excesiva parcialidad y desmedida adulación hacia el aplaudido vate de nuestros días; nos conformamos de buen grado á que la fama póstuma se cierna esta vez sobre los vivos, dejando reposar en paz las cenizas de los ilustres muertos, y á que por lo tanto, haya ocupado esta vez el fecundo escritor dramático contemporáneo el puesto de preferencia que hasta ahora estuvo religiosamente reservado á Lope, Calderón, Rojas, Tirso, Alarcón, Moreto y Montalván.

No negaremos nosotros que le ha ocupado dignamente, porque entonces pecaríamos de parciales, hoy que la imparcialidad anda, por cierto, bien escasa, no queremos caer, ni por incidencia, en el extremo contrario, y tanto más, cuanto si hemos de defender los fueros de la verdad, y lo es, palmaria, que el Sr. Echegaray (D. José) representa en la actualidad, si bien con marcadas diferencias, el papel que Lope y Moratín representaron en sus respectivas épocas, en las que, comprendiendo que la literatura dramática era y debía ser la síntesis y el espíritu del pueblo en su genuina acepción, y que arrancando el secreto transformador á las sociedades, en él se envuelve, sigue sus huellas, se hace intérprete de sus aspiraciones, adivina sus deseos, se adapta á sus tendencias, las combate, las defiende, halaga sus pasiones unas veces, otras trata de reprimirlas, y siguiendo los movimientos progresivos de las épocas, hace de ellas y de sus cambios y variaciones la base fundamental de los hechos que las caracterizan, los acontecimientos que las engrandecen ó las degradan, los usos que las dan color ó las desfiguran, resultando así su historia nacional y genuina.

Si Lope y Moratín dieron ser y vida á la comedia popular estudiando la sociedad en que vivían y sacando á la dramática española del caos en que se hallaba envuelta, Echegaray, en parecida época, ha pretendido llevar á cabo tan

difícil empresa, y lo ha conseguido en parte y sin esfuerzo, y decimos esto dejando aparte su innegable talento, porque á diferencia de aquellos insignes dramaturgos, no ha fundado sus investigaciones en el corazón de la sociedad, no ha querido penetrar en su terreno, identificarse con ella, sentir lo que ella siente, y estudiar las causas de su mudanza, para que de las cenizas de una literatura muerta naciera otra por él engendrada á expensas de la sociedad que con ella exhalaba sus primeros suspiros, sino que, por el contrario, ha traído hacia sí esa sociedad, la ha prendido en las redes de una idea suya, exclusivamente suya, que no participaba de la general y abstracta del mundo literario moderno; si bien por el momento tuvo imitadores, como Lope y Moratín, especialmente el primero, pronto se separaron de una escuela fundada en un sentimiento propio y peculiar de su fundador, y tomando sólo la base, no muy moral por cierto, de sus obras, se echaron en manos del género extranjero, y en vez de producir una dramática nacional, ayudaron á implantar la extranjera, que hoy invade nuestra escena como á fines del siglo XVIII y principios del XIX, sin que esto haya sido obstáculo ni óbice para que se le arrebatase la gloria de haber encauzado al público por un momento, desviándolo rápidamente del género bufo y de lo insustancial y baladí que corrompía el gusto.

En este sentido ha ocupado dignamente el puesto en la inauguración del antiguo corral de D.^a Isabel Pacheco, secundado dignamente por todos los actores, y especialmente por Vico y Calvo, nacidos para decir lo que hoy se escribe, y que también hubieran dicho á maravilla lo que antes se escribió, por ser aquellas obras modelos más de dicción que de caracteres, y tener en su representación más parte el sentimiento y la pasión, que se expresan perfectamente en los labios del que sabe sentir, y no en los afectos metafísicos del espíritu y del alma, en los que el arte es el todo.

Todos los actores completaron el bello cuadro que *El Gran Galeoto* requiere, mereciendo la justa ovación que se les tributó. Respecto al sexo bello, no diremos lo mismo; la señora Contreras, sin duda por la impresión que la causó el presentar-

se en el teatro después de larga ausencia, no nos pareció la misma que la que partió para lejanas tierras.

Posteriormente se han puesto en escena *La Levita*, graciosa comedia de Gaspar, y el drama de Harzenbusch *Los Amantes de Teruel*, en cuyas obras alcanzó el Sr. Vico una verdadera ovación.

*
* *

Siguiendo el tema con que damos comienzo á estas líneas, fuerza es añadir á lo que llevamos dicho, que dentro de la sociedad en general que se muda y cambia á impulso de los diferentes giros del tiempo, hay un elemento, que es el pueblo, no en su acepción lata, sino en la que se aplica á la clase artesana, vulgarmente apellidada *baja*, el cual ha merecido siempre preferente atención y estudio por parte de los filósofos y de los hombres pensadores, que le han dedicado sus vigiliás aspirando á definirle en sus diferentes manifestaciones, dando por resultado, que en no lejanos tiempos y en la época en que el teatro caminaba á su ruina y de la que ya hemos hecho mención, un escritor notable y de eterna memoria cual fué D. Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, comprendiendo que esta clase, á la que denominó *desheredada*, y cuyos vicios, con preferencia á sus virtudes, quisieron apesar de esto heredar y heredaron en vida las clases altas, no tenía participación genuina y propia en las dos clases de literatura dramática que á la sazón se cultivaban, ó sean la tragedia y la comedia, por razones harto sabidas por estar impresas en el prólogo de las obras del mismo autor y que suscribió D. Agustín Durán. Dió el ser al sainete, género eminentemente popular, que retrataba fiel y filosóficamente á las gentes del pueblo; pintaba sus costumbres, y aplicando una seria y punzante sátira á los que, descendiendo del alto pedestal de su aristocrática alcurnia, se mezclaban y confundían con ellas, trajo á la escena un género que aún vive y vivirá eternamente al través de las transformaciones sociales, si plu-

mas tan fecundas como las de Burgos y Vega se emplean en sostenerle á casi la misma altura que el célebre D. Ramón que les dió vida y ser.

Ricardo Vega emprendió hace años tan difícil tarea, y la llevó á cabo con general y espontáneo aplauso que no ha dejado de oír aun, y que se redobló hace pocas noches, cuando en el Teatro de Lara la Valverde, la Romero, la Domínguez y la Rodríguez; Zamacoís, Rubio, Miralles, Tamayo y Lirón, interpretaron á maravilla su último sainete titulado: *Pepa la Frescachona, ó el colegial desenvuelto*.

Claro es que el sainete no llena hoy el vacío que entonces vino á llenar, pero también está fuera de duda que los vicios, virtudes y amalgama con las clases elevadas, grajeo y desenvoltura del pueblo, se refleja aún envuelto en el movimiento reformador característico de todas las épocas, y por esto los sainetes tienen aún su puesto en la escena española, y los escritos por Vega hacen le ocupen dignamente, puesto que ha estudiado en muchos lo que es el pueblo, en otros la clase media, en otros el carácter distintivo de los pueblos de la metrópoli; en unos ha criticado con gracia y tino las nuevas escenas dramáticas, en otros las más respetables instituciones, y en el último, lo mismo que en *La canción de la Lola*, las casas de vecindad, que tanto dieron que hacer al célebre D. Ramón de la Cruz á últimos del pasado siglo y principios de éste.

No diremos que en su última producción haya llegado á mayor altura, pero no dudamos en confesar que se ha conservado á la misma en que su mérito para este género de obras le ha colocado, lo que no es poco para los tiempos azarosos por que atraviesa la dramática contemporánea.

No es original el sainete ni mucho menos, pero presenta tipos muy acabados, empezando por el de la protagonista, siguiendo por el de las andaluzas y concluyendo por los dos estudiantes; la acción es natural y se desarrolla sin novedad, pero naturalmente y sin esfuerzo; el diálogo es fácil y correcto y los chistes de buena ley muchos y otros demasiado *agudos*, defecto en que no debe incurrir el autor, tanto por que cuenta con recursos sobrados para no descender á ese te-

rreno, cuanto porque no debe caer en los mismos que otras veces ha criticado.

Deseando no pecar de parciales, felicitamos de veras al señor Vega, á los actores y á la empresa por el feliz éxito de la última producción del sainetero contemporáneo.

*
* *

En los demás teatros nada de particular, si se exceptúa *La golondrina* que en el mismo se estrenó y que, calcada en obras conocidas, pero diestramente escrita, sembrada de efectos teatrales y con diálogo chispeante, nutrido de chistes y correctamente escrito, proporcionó muchos y merecidos aplausos á su autor, D. Miguel Ramos Carrión.

En Eslava se estrenaron dos obras: la una titulada *¿Central?* escrita por D. Adolfo Llanos, que sin tener nada de particular, entretuvo y sigue entreniendo á los espectadores; y la otra, que lleva por título *La puerta del infierno*, y que á no ser por un coro agradable, debió pasar la noche de su estreno á la mansión de los justos.

En Martín vieron la primera luz tres nuevas producciones: *Tres y repique*, de Navarro Gonzalvo, con música de Rubio y Espino.

A mata caballo, letra de García Valero y música de Jiménez, que entusiasmó al público de aquellos contornos, y *La niña de los lunares*, que pasó á mejor vida.

Levantar la caza, escrita por D. Pedro Górriz, pieza muy discreta que se estrenó en la Comedia y mereció la aceptación del público, y en la que los Sres. Romea, Riquelme y la Sra. Górriz estuvieron muy bien.

El Teatro de Novedades abrió sus puertas con una compañía aceptable, dirigida por el Sr. Casañer, y en la que figuran las Sras. Torrecilla, Moral, Guerrero, Huertas y los señores Cepillo, Barceló, Portes, Rafart y Díaz.

En *Enseñar al que no sabe*, *Seguidillas* y *El tanto por ciento*, obras que constituyeron la función, divididas como las subsiguientes en secciones, el público se mostró satisfecho.

De *El estudiantillo*, opereta cómica estrenada en el Teatro de la Zarzuela, hablaremos en el número próximo, por haberla visto la misma noche que entraba en prensa este número, limitándonos á decir que resulta muy agradable, tanto por la música de Millocher, cuanto por la interpretación, á cargo de la Sra. Franco de Salas, Di-Franco, Torres Galán, y los Sres. Berges, Soler y Succi. El arreglo y el diálogo, fatalísimo.

*
**

El regio coliseo ha inaugurado sus tareas de una manera brillante: buena compañía, excelente orquesta y un director al estilo del inolvidable Facio. El abono es grande en los turnos 1.º impar y 2.º par é impar; pero aun así no creemos pecar de pesimistas si estimamos difícil, ya que no imposible, la vida de este nuestro primer teatro lírico en las condiciones á que se halla sometida.

La empresa viene haciendo esfuerzos extraordinarios por sostener el Teatro Real á la altura de su antigua fama, de la reputación que lograra en sus mejores tiempos. El público, por su parte, corresponde á los sacrificios de la empresa manteniendo un abono de importancia y llenando todo el coliseo en las funciones más escogidas. Pero empresa y público luchan en vano contra las condiciones económicas con que el teatro se ha concedido por el Gobierno, y contra las exigencias, cada día mayores de los primeros cantantes; de esas llamadas *estrellas*, á las cuales la *moda*, más que los intereses artísticos, atribuye una importancia y un mérito, que en realidad no influyen de una manera decisiva en el buen conjunto—que debe ser lo principal—de las obras que se ejecutan. Cuestiones son estas, sin embargo, para tratadas con más espacio y detenimiento que los que admite la índole de esta clase de trabajos; y sin perjuicio de abordarlas con la extensión necesaria en ocasión más oportuna y propicia, nos limitamos por hoy á consignar la enfermedad que padece el regio coliseo, y que podría adquirir gravedad de muerte, si á

tiempo no se acude con los remedios que ya la opinión pública indica, y toca principalmente al Gobierno estudiar y resolver.

Las óperas que hasta la fecha en que escribimos estas líneas se han puesto en escena, han sido *Gioconda*, *Guglielmo Tell*, *Poliuto*, *Aida* y *Fausto*.

Las grandes partituras de Rossini y Verdi, han obtenido entre las citadas las ventajas de la más esmerada y perfecta ejecución.

La batuta de Mancinelli ha contribuído en primera línea y casi nos atrevemos á decir al nivel de la Kupfer y de Tamagno en *Aida*, á ese magnífico resultado. Es Mancinelli maestro inteligente y concienzudo, que estudia á fondo y en todos sus detalles las obras que dirige, y que se impone á la orquesta de tal suerte, que bien pudiera decirse que los sonidos todos salen de su batuta con esa riqueza de matices que seduce y cautiva al auditorio. La orquesta del Real, preciso es confesarlo, cuenta con distinguidos maestros muy experimentados y de verdadero valer; pero suele á veces el descuido y la rutina sobreponerse á la interpretación esmerada y concienzuda, faltando con la disciplina, la unidad indispensable para el éxito legítimo. Ese descuido y esa rutina, no pueden prosperar con maestros directores como Mancinelli, que al cumplir con su deber en el puesto que ocupa, pone además en su desempeño el amor y el entusiasmo que se le nota siente por el arte que cultiva. También los coros han mejorado mucho, en punto á unidad y colorido. Así es que las piezas de conjunto que constituyen hoy en las óperas del repertorio moderno, las más interesantes y difíciles, son oídas con mucha atención y aplaudidas como antes, y aun todavía se aplauden las arias y los dúos y las demás piezas encomendadas á las partes principales. A medida que este buen gusto de nuestro público se vaya perfeccionando, sucederá lo que ya viene sucediendo en otras grandes escenas líricas del extranjero; que las llamadas *estrellas del arte*, no podrán sostener sus exigencias sino en conciertos y fiestas de este orden que permiten pagar crecidas sumas á una sola artista; y que en el teatro, en las representacionss lírico-dramáticas, un buen con-

junto en que todos por igual contribuyan al éxito en general de la obra, será lo que satisfaga á un auditorio inteligente.

Tamagno posee una voz privilegiada por su extensión, por su fuerza, por su timbre; sabe cantar y vocaliza admirablemente. Su caballo de batalla es *Guglielmo Tell*. Sin embargo, en *Aida* luce también sus excepcionales facultades, y cuando llega una pieza de conjunto como el magnífico concertante del segundo acto, esa página inmortal de Verdi, su voz hermosa, penetrante, sobresale entre todas con imperio dominador y absoluto. En esto, no tiene Tamagno rival.

La Kupfer, que ha tomado parte en *Aida* y en *Gioconda*, es conocida y justamente apreciada de nuestro público. Artista de talento y de corazón, posee notables facultades que le permiten desempeñar con igual maestría papeles de los más diversos. Si como sabe cantar supiera el italiano, en que se canta en nuestra gran escena, casi no se le podría poner un defecto de cierta importancia. No es preciso que nos detengamos mucho ante la Pascua y Uetam, artistas de mérito real, reconocido y premiado siempre por el público de nuestro primer teatro. Aquélla en *Aida* y *Gioconda*, y éste en *Fausto* y *Guglielmo Tell*, han obtenido el indisputable triunfo que acompaña constantemente á sus trabajos.

Sin embargo, creemos dar un buen consejo á la Pascua, recomendándole mayor descanso en sus tareas artísticas, sobre todo, cuando éstas recaen en obras como las que hemos citado, en las cuales, para su acertado desempeño, tiene que hacer esfuerzos extraordinarios.

Por análogos motivos, no hemos tampoco de dedicar muchas líneas á Batistini. Inteligente, cuanto modesto, goza de generales simpatías, y es para la empresa de conveniencia innegable, pues contando con su fácil concurso, sabe que siempre tiene dispuesto un barítono para cualquiera ópera. Y como mal, no está en ninguna, si bien no en todas, ni con mucho puede lograr el mismo éxito, justo es confesar el mérito que le asiste y lo acreedor que se hace al favor que el público le dispensa. Se le ve luchar y salir airoso en *Aida* y *Guglielmo*, que no son ciertamente las obras más adecuadas á

sus facultades. En cambio triunfa fácilmente en *Fausto*, donde halla el papel que más conviene á aquéllas.

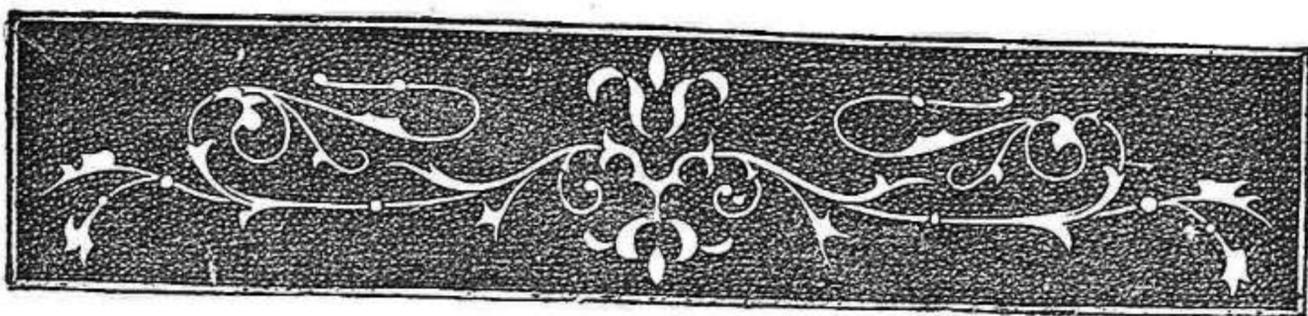
Hemos dejado en último lugar por lo mismo que merece capítulo aparte, á la jóven discípula de nuestro Conservatorio, la Srta. Pérez, que por vez primera arrostra las dificultades de la escena en nuestro gran teatro. No resultan extraordinarias sus facultades; pero su voz es buena y bien timbrada y la maneja con cierto arte, que revela desde luego un buen método de estudio. Siente, además, la música, cualidad excelente para conquistar las simpatías del auditorio, y se defiende con bastante habilidad de todas las desventajas propias de su inexperiencia.

Por eso en el difícil papel de Matilde, en *Guglielmo Tell*, se hace aplaudir en justicia, y logra en ocasiones, en determinadas frases, casi llegar á la perfección con que podría dominarlas una artista ya experimentada.

Creemos, pues, que se halla en muy buen camino, y que si con modestia y perseverancia lucha, podrá en no largo plazo ocupar un buen puesto en el arte lírico-dramático.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR



ONVOCADAS las Cortes para la última quincena del próximo Noviembre, más de veinte días quedan todavía al Gobierno para reponerse algún tanto—si es que reponerse puede—de sus repetidos fracasos y singulares descalabros. Ante diputados y senadores dará pronto cuenta de los vaivenes de su accidentada política, de las dos crisis ministeriales que tanto han quebrantado la cohesión de las huestes capitaneadas por el Sr. Sagasta, durante el interregno parlamentario, y también de esos procedimientos de fórmula ambigua y variable que, si agradan á unos, infunden sospecha á otros, en medio de esas confusas agrupaciones de tendencias, ideales y jefaturas que llamamos el fusionismo.

La verdad es que, aun dejando á un lado las tristes escabrosidades de la política, las vacaciones de verano durante las que se nos prometían todas las agradables sorpresas propias de una verdadera campaña administrativa, resultan fatalmente los días más estériles de un Gobierno cuyo *desiderátum* no puede ser el cruzarse de brazos ni encontrar sólo emociones en los asuntos que al personal afectan. Cuando el Sr. Montero Ríos, desde Lourizán—sitio preferido á su despacho de la calle de Atocha—dejó de llenar las columnas de la *Gaceta* con

derogaciones sistemáticas y proyectos forzosamente derogables á su vez, los periódicos oficiosos sólo han alimentado la curiosidad pública con promesas y vaguedades en las que no descuellan por cierto las iniciativas sabiamente reformistas de que tan necesitados se encuentran todos los ramos de la pública administración. Parecemos condenados á la rutina en medio de un incienso que prodigan manos oficiosas é interesadas y cuyo invariable y monótono olor repugna ya á la generalidad de las gentes.

Los grandes intereses dinásticos y sociales exigían medidas enérgicas, inmediatas y profundas en el ramo de Guerra para evitar la repetición de algaradas que son el escándalo del mundo civilizado, y las reformas del departamento más importante en esta época de inquietudes no han venido tampoco. Muchas pudieron ya haber sido objeto de decretos. Dícese que las más importantes han de ser leyes; pero no es posible confiar tampoco en que el próximo período legislativo sea más fecundo en resultados de general provecho que los anteriores.

Únicamente ha parecido al fin el deseado proyecto de una Dirección de seguridad, proyecto que, sin ser tan completo y práctico como era de desear, es al fin algo en el camino de los buenos deseos, y en estos días de inercia inexplicable, merece, siquiera de los imparciales, algunas palmas de agradecimiento. No sabemos, sin embargo, si en su aplicación todo quedará reducido, como algunos suponen, á otra plantilla de empleos nuevos. No faltaría más que este resultado.

Á última hora, mientras estas líneas escribimos, se anuncian al fin como ultimadas, disposiciones graves que próximamente han de publicarse en la *Gaceta* con relación á determinadas clases del ejército, á las cuales se conceden, al parecer, ventajas positivas, al mismo tiempo que se aleja un motivo de perturbación constante.

¿Conducirán las disposiciones que aún no conocemos á afianzar el orden? Es pregunta á la que no podemos responder ahora. Falta hace al Gabinete Sagasta algún pláceme desinteresado que le permita presentarse con cierta confianza ante los que al país legalmente representan.

*
* *

El fracaso de la lamentabilísima empresa de Villacampa y consocios en la coronada villa, puede haber infundido desaliento á las huestes que defienden ciegamente al famoso exprogre-sista y aspirante á dictador Ruiz Zorrilla; pero no por cierto á los posibilistas de antaño ó gubernamentales á lo Freycinet. La imitación es el norte de nuestros políticos, y años hace que no conocemos más camino que el que paso á paso nos trazan antes los extranjeros. Lo que se llama política nacional es entre nosotros un mito envuelto siempre entre misterios que nadie penetra.

Seamos francos. Castelar—genuino representante de la república burguesa, no de la democracia en el verdadero sentido de la palabra—ha querido una apoteosis muy de antemano preparada en París, y los burgueses, que hoy son dueños de los destinos de Francia, se la han prodigado á manos llenas, llevando á la obra toda la buena voluntad y todo el desinterés que es de suponer en los que de muchos años acá suelen mirarnos de reojo, cuando no con cierta sonrisa, que lo mismo puede interpretarse de desdén que de protector mimo en aquellos seres privilegiados, que igualmente saben manejar en ocasión oportuna la frívola sátira que la hiperbólica alabanza.

Es seguro que la verdadera democracia de París, que recibió con groseros silbidos á un huésped ilustre, cuyo nombre era Alfonso XII, acoge también con absoluta indiferencia al representante en España de la república de guante blanco. Pero el Gobierno francés procede hoy de otra manera con el Sr. Castelar, en quien declara ver la primera figura política de un porvenir no lejano, el verdadero Mesías, entre nosotros, de lo que significa allá el cómodo oportunismo y demás sistemas afines.

Lo verdaderamente triste—y no hay para qué tratar de encubrirlo con frases rebuscadas ni otros solapados recursos retóricos—es el papel desairado que en tales circunstancias representan el Embajador y el Ministro de Estado de la Monarquía española. Sabemos y no negamos, á fuer de sinceros, que el Sr. Castelar es una ilustración de la patria, un orador distinguido, hombre de imaginación calurosa, y por lo mismo, personalidad voluble y sin la fijeza y perspicacia que distingue á los hombres de Estado verdaderamente eminentes. Será el

primero quizás entre los soñadores de la política, el primero acaso entre los moduladores de la palabra; pero la prueba está hecha, y la experiencia, que no engaña, ha demostrado que el tribuno de teorías opuestas fué siempre el gobernante más dúctil y el profeta más desdichado.

España ha perdido, desgraciadamente, el prestigio diplomático de otros tiempos. Por esto son posibles esos triunfos artificiales del gran orador del posibilismo, esos obsequios semi-oficiales ú oficiosos de la burguesía francesa, al que á boca llena afirma que su benevolencia hacia el partido liberal que hoy gobierna en España, tiene por fundamento una confianza ciega en que los procedimientos fusionistas han de traer de una manera legal y pacífica, aunque infalible, el advenimiento de la república.

¿Es ya posible admitir una benevolencia antes tan cacareada y cuyas bases son en definitiva la caída del Trono y la próxima apoteosis de la idea republicana, según las aspiraciones de los elementos burgueses que en la actualidad aplauden?

El caso es, á nuestro entender, grave, muchísimo más grave de lo que, á primera vista, á muchos políticos parece.

Es imposible, de todo punto imposible, dígame lo que se quiera, la sosegada existencia y la tranquilidad de ánimo, viendo cada día y á todas horas, que es cosa lícita y la más natural del mundo, aventurarse en ejercicios tan peligrosos como el de suspender caprichosamente otra espada de Damocles sobre las instituciones en que descansan la paz de un país y el desarrollo de su prosperidad y riqueza.

*
* *

Con motivo de las disidencias nacidas en diversos puntos de la fusión; con motivo, sobre todo, de haberse declarado abiertamente adversario del Ministerio el General Salamanca, quien un día y otro día alardea de reformas que nadie sabe en qué consisten, y de ideas políticas que nadie comprende, define ni explica, se ha hablado mucho de la formación de un nuevo partido liberal.

Pero los partidos no nacen á caprichos de la voluntad, de la ambición ó del despecho. Los partidos de porvenir han de responder á necesidades circunstanciales y á exigencias fundadas de la opinión pública. ¿A qué necesidades, á qué exigencias respondería un tercer partido liberal en este momento histórico y dentro de la monarquía representada por la Regencia? Si la fusión no lleva debidamente á cabo los extremos de su programa reformista, ahí está la bandera de López Domínguez con las promesas más amplias que cabe formular sin desdoro de las instituciones vigentes. ¿Será que no tenemos bastantes jefaturas ó que no se admiten por ilegítimas las actuales?

Háblese sin ambajes, y no se anuncien nuevos partidos. Todo nuevo partido es actualmente la más singular de las extravagancias españolas, el más incomprensible de los empeños y la más ridícula de las pretensiones.

Si otro partido político hubiese sido posible, hace meses que lo hubiera formado el Sr. Romero Robledo.

*
* *
*

Un telegrama de última hora anuncia un artículo de sensación sobre política española en un importante periódico, que aún no se ha recibido en Madrid y que se publica á orillas del Sena.

Cree *Le Matin* que el indulto últimamente concedido á los jefes de la sublevación militar alienta á los republicanos, quienes redoblan la propaganda revolucionaria y los trabajos de zapa. Asegura también dicho periódico que el poder pasará en breve á manos de Cánovas, único que tiene bastante energía para resistir el choque definitivo que ha de dar el triunfo á la democracia ó ha de desarmarla por algunos años.

A estos pronósticos contesta de una manera muy significativa el decano en Madrid de los periódicos conservadores, diciendo:

«No podemos saber lo que sucederá: lo único que podemos asegurar es que, en vísperas de reunirse las Cortes, no es ve-

rosímil ningún cambio ministerial, y menos cuando el partido conservador, no sólo no tiene impaciencia alguna, sino que desea muy sinceramente que el Ministerio actual, modificado con elementos de la derecha, demuestre de una manera irrecusable tener la solidez de resistencia que *Le Matín* atribuye al partido conservador y á su indiscutible jefe. Y para aumentar esa solidez, el Gobierno puede contar con nuestra eficaz cooperación, toda vez que por flaquezas pasadas, la revolución no se da por desarmada todavía, como es preciso que lo esté, si hemos de vivir en paz.

Por lo que al partido conservador se refiere, éste atiende en primer término á que los poderes públicos no se debiliten, se lamenta cuando observa señales de flaqueza, y está dispuesto, para el día en que fuera necesario, á cumplir su deber sin contemplaciones... ¿No está bien definida la actitud del partido conservador y de su ilustre jefe en la cuestión que el artículo de *Le Matín* suscita? Nadie ha tenido, ni tiene, menos impaciencia del poder que este partido y su jefe el Sr. Cánovas del Castillo. Nadie desea más sinceramente que la situación actual comprenda perfectamente sus grandes y difíciles deberes y que, cumpliéndolos con acierto, pueda prolongar su existencia por mucho tiempo.

Es más, nadie se ocupa menos que el Sr. Cánovas del Castillo de esos artificios de la política y de ese tejer y destejer intereses ó propósitos, que sólo dan por resultado debilitar la fuerza política que, hoy más que nunca, demandan los acontecimientos, los intereses y las instituciones al vigor de los que asumen la dirección del Gobierno.

Pero todo deber se impone con exigencias indeclinables, superiores á los deseos más firmes, y un sentimiento profundo del propio deber, que no admitía vacilaciones, fué el que aconsejó al Sr. Cánovas adoptar la actitud que explícita y unánimemente declaró toda la prensa conservadora, en el momento mismo en que desde Biárritz observó la política de debilidades del Gobierno fusionista con la revolución, después de los tristemente famosos sucesos del 19 de Setiembre.

Lo que entonces se declaró, lo que entonces se dijo, subsiste en pie. Lo mismo un Gabinete del Sr. Cánovas, que el Mi-

nisterio que preside el Sr. Sagasta, pueden tener los *reins assez solides* que reclama el estado actual de las cosas. Del lado del partido conservador no hay impacencias, sino el celo justo de sus deberes. Cumpla los suyos como está obligado el Ministerio actual, y nadie verá con mayor satisfacción su larga existencia, ni prestará apoyos más desinteresados que el partido conservador, que de tantos sacrificios ha sabido dar elocuente testimonio.

Esta benevolencia efectiva, exenta de egoísmos, no puede conducir sino á los resultados más patrióticos: al afianzamiento de todo lo que está confiado á la lealtad del Gobierno y á la lealtad y al esfuerzo también de los partidos monárquicos. Midan los hombres de la situación si á esto mismo tienden los demás apoyos que se les brindan, y de esta comparación podrán deducir mejor lo que ha de ser la alta inspiración de sus deberes, sobre todo para resistir el choque que *Le Matin* prevé con razón, y que todos los síntomas denuncian como inevitable en el caso de proseguir la política de debilidad, que está ya tan juzgada por todo el mundo.»

Comprendemos, en efecto, y á la vista salta, que el interés del Sr. Cánovas y de los hombres de su partido no está en disputar ahora un poder cedido hace pocos meses con espontaneidad y patriotismo, sino en afianzar mancomunadamente las instituciones políticas que forman el fondo de su credo.

Hagamos una corta tregua. Pronto vendrán los debates parlamentarios á ofrecernos quizás inesperadas emociones.

A.





REVISTA EXTRANJERA

HONDA es la impresión producida por las últimas noticias sobre las cuestiones que afectan á la península de los Balkanes. Al propio tiempo que á nosotros llega un telegrama anunciando haber anclado en el Tajo una respetable escuadra alemana que parece dirigirse al Mediterráneo y á las aguas otomanas para prevenir las eventualidades á que puede prestarse la cuestión de Oriente, sabemos que el estado de guerra ha sido proclamado en Sofía y principales ciudades de Bulgaria, aumentando por momentos la agitación en aquel país desdichado.

Aunque tan acostumbrados nos tienen los periódicos de París y de Londres á presentarnos la situación de Bulgaria alternativamente tranquilizadora y sombría, la verdad es que la conducta de la Regencia búlgara, manifiestamente opuesta al Gobierno del imperio ruso, pone en grave compromiso los opuestos intereses que luchan en Oriente. Seguimos, sin embargo, abrigando la creencia de que subsiste en absoluto acuerdo entre los tres Emperadores, y que los incidentes de Filipópolis y de Sofía son demasiado secundarios para provocar una ruptura en estos momentos. Es cierto que hay cambios imprevistos á veces, resoluciones súbitas y sobresaltos políticos; pero las crisis han de ser muy profundas para inutilizar los

tratados de alianzas nacidas de la conveniencia propia y á impulso de razones muy elevadas.

El representante del Sultán se puso en Sofía al lado del General Kaulbars, declarando que la Puerta no reconocería tampoco las decisiones de un Congreso del que formaban parte diputados de Rumelia en los que no podía reconocerse aptitud para elegir un Príncipe de Bulgaria.

Rusia persiste en negar la validez de las elecciones; Austria ha dado orden á su agente diplomático de no ir á Tirnova, donde había de constituirse el Congreso, y la Regencia se ve así abandonada de todos en una política preñada de compromisos y sólo favorable á las interesadas miras de Inglaterra.

Causa extrañeza é infunde en general cierta simpatía un partido—porque partido y nada más es lo que representan en Bulgaria los Regentes que la gobiernan;—inspira simpatía, decimos, un partido que así se atreve á arrostrar temerariamente el enojo y la malevolencia del poderosísimo Gobierno del Czar. Pero no es prudente abandonarse en absoluto á las tendencias de un sentimentalismo que, desconociendo los antecedentes históricos, clame tan sólo á nombre de una libertad y de una independencia que no son ciertamente los únicos móviles de los actuales gobernantes de Bulgaria. Pesan y deben pesar en la balanza las oportunas consideraciones acerca del pasado, los juicios sobre todos los móviles de presente, y sobre todo, y en último resultado, no merece las palmas de libertadora á que quiso aspirar esa Inglaterra que obra según sus conveniencias propias y no repara en ametrallar á los indígenas de la India, en bombardear á Alejandría, ni en mantener con el derecho de la fuerza su pabellón en país extranjero, como en el peñón de nuestra antigua Calpe.

De todos modos, creemos más que nunca fundados los cálculos que aquí mismo hemos repetidamente sostenido. Creemos que los destinos de la península de los Balkanes están en manos de Rusia; creemos que San Petersburgo impondrá al fin su política enérgica lo mismo en Sofía que en Tirnova.

Claro lo han dicho los órganos de la prensa moscovita. No puede Rusia renunciar á su legítima situación en Bulgaria. Cree estar en lo verdadero y en lo justo no permitiendo que

se desnaturalice la obra libertadora que efectivamente es suya, y no puede entregar á los manejos de los mal aconsejados políticos de Sofía un pueblo muy costosamente rescatado.

Rusia tiene la convicción de que los Regentes de Bulgaria obedecen al proyecto de formar cierta coalición de la que Inglaterra habría de ser la directora y Austria el brazo. Se ha sembrado, á no dudarlo, la discordia; ha habido intrigas y seducciones; han surgido antagonismos sin calcular las fatales consecuencias de una política inspirada en el egoísmo.

Difícilísima es ahora la situación de los Regentes. No es posible que se trate de legalidad en Tirnova, cuando es un hecho que la Rumelia Oriental ha elegido sin derecho diputados para la Asamblea búlgara, lo que constituye realmente una violación, no sólo del tratado de Berlín, sino del arreglo firmado el día 5 de Abril último entre búlgaros y turcos con el asentimiento de las grandes potencias. Respecto del triunvirato búlgaro, sabido es que dos de sus miembros están jurídicamente incapacitados para ejercer las funciones de Regentes.

Esperamos que los acontecimientos vendrán á confirmar nuestras previsiones. La desaparición del triunvirato búlgaro y aun de la influencia inglesa en Sofía, no puede ser motivo de guerra ni siquiera de desacuerdo entre los tres imperios. Ninguna ruptura seria es de temer por el momento, siendo más que probable que la Regencia, de grado ó por fuerza, tenga que someterse en breve. No olvidemos, sin embargo, que las fronteras orientales fueron siempre el país de lo imprevisto.

*
* *

La prensa de Londres ha consagrado largos artículos á la situación de Francia en Europa, suponiendo en los actuales gobernantes franceses ciertos proyectos de una próxima acción contra Alemania. Quizás á estos pretendidos proyectos podrían sumarse recientes y entusiastas declamaciones acerca de la necesidad de una unión entre los pueblos de la raza latina.

No nos parecen demás las advertencias del *Times*, aconsejando á Francia que lo primero que á sus miras conviene es no suscitar conflictos en las demás partes del mundo. Aquel periódico de Londres previene caritativamente á Francia que Rusia obrará siempre según sus propios intereses, siendo trabajo perdido esperar el concurso de las bayonetas rusas en favor de la república. Combate, por otra parte, la idea muy popular en París de la posibilidad de un próximo desquite. «Como entretenimiento baladí—nos dice,—puede Francia permitirse el capricho de hacerse temer y odiar como elemento permanente de amenaza contra la prosperidad general de Europa. Pero, aunque Alemania consienta por algún tiempo esos peligros, fácil es prever que algún día tratará de poner término á arrogancias sin base.» Y otro diario de merecida reputación, el *Standard*, añade: «Si el Gobierno francés ha podido creer que su ejército está á la altura del ejército alemán; si realmente tiene impaciencia por probarlo, tenga en cuenta que no se lo harán repetir dos veces en Berlín para aceptar el reto. Alemania está siempre dispuesta á la lucha, y bien puede verse que las provocaciones de París tienen siempre rudas respuestas en las columnas escritas por los periodistas del *Fatherland*.»

No nos extraña ya que sean contestados con verdadero entusiasmo en París los brindis de Castelar en favor de la fraternidad é igualdad de los pueblos, encareciendo la necesidad y conveniencia de que Francia y España vivan unidas en estrechos y amistosos vínculos. Se comprende el afán de alianzas; se comprenden los esfuerzos que pueden hacerse para allanar los caminos, mayormente cuando la imaginación lleva á comparar tiempos con tiempos, y se aproximan fechas ya remotas, pensando en lo que significa el poder de Francia en 1886 y lo que veinte años atrás significaba.

Reñidos necesariamente los gobernantes franceses con el espíritu que informa á una grandísima parte del país, según lo demuestra la constitución misma de la Cámara de los Diputados, hartos que hacer tienen con sus intestinas reyertas, con sus incesantes crisis, sin que basten á unirlos los múltiples proyectos de leyes anti-religiosos ó anti-sociales presentados ó

arrancados á la mayoría por las izquierdas radicales que se imponen.

Nuestros vecinos son en todo admirables, y no nos extraña cierta terneza del actual Embajador de España en París ante todas las grandes y contagiosas manifestaciones de la vida política de aquel pueblo, incluso, por supuesto, los *meetings* en boga, y tan instructivas y ejemplares de anarquistas, demagogos y socialistas de todas clases y categorías que sin interrupción se multiplican y suceden.

La enseñanza exageradamente laica impuesta á los pueblos, la relajación de los vínculos de familia y la desmoralización protegida por la ley, son las cuestiones que más electrizan y entusiasman á la mayoría de esos diputados de una Cámara declarada impotente por tirios y troyanos; impotente en todo, menos al tratarse, como últimamente ha sucedido, de ataques á las tradiciones religiosas, ó de violaciones á la libertad de conciencia.

*
*
*

Acaba de morir en Viena un hombre de Estado eminente, casi octogenario, que consagró su larga carrera á la defensa de los intereses de Sajonia, y después á la causa de la monarquía de Austria, siendo uno de los personajes políticos más reputados en los últimos tiempos.

Hablamos del Barón de Beust.

A los veintinueve años de edad, en 1838, era secretario de legación, y en 1848 encargado de un importante puesto diplomático en Londres, y tuvo ocasión de manifestar sus aptitudes singulares cuando la revolución francesa estalló, dejando sentir su influencia en las primeras capitales de Europa.

Amenazado por la revolución el Rey de Sajonia, el Barón de Beust fué llamado para que se encargase del Ministerio de Negocios extranjeros. Se mantuvo en este puesto á la altura de las circunstancias, aunque su primer acto es considerado como una falta por los diplomáticos de aquel tiempo. Pidió á Prusia el auxilio de tropas para vencer la revolución, que

quedó efectivamente aplastada con gran rigor y energía implacable.

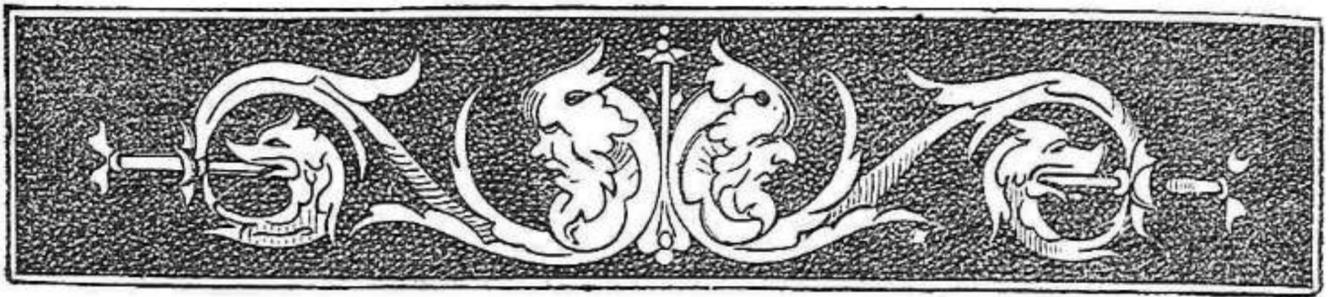
Al adivinar el Barón de Beust las aspiraciones á la omnipotencia alemana que quería poner Bismarck en manos de Prusia, se creyó con fuerzas para entrar en lucha con el gran diplomático que hoy es Príncipe y Canciller del imperio. Imaginó la unión de los Estados de segundo orden; pero la soñada unión desapareció al llegar la hora de combate.

Al frente del Gabinete de Viena pudo demostrar sus grandes conocimientos de los intereses europeos, habiendo tomado parte durante los últimos veinte años en todos los conflictos de nacionalidades, en todos los choques de pretensiones inconciliables é inveterados odios de razas. Austria y Hungría le deben hoy la buena inteligencia y armonía en que viven.

También la política tiene sus héroes y sus altares.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

Costa-Rica y Colombia, de 1573 á 1881, su jurisdicción y sus límites territoriales, según los documentos inéditos del archivo de Indias de Sevilla y otras autoridades, recogidos y publicados por D. MANUEL M. DE PERALTA, Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Costa-Rica y del Salvador, Correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, de Buenas Letras de Sevilla, etc., etc.—Un tomo en 4.º de 392 páginas y un mapa. Madrid, imprenta de Manuel G. Hernández, 1886.

El libro cuyo título encabeza estas líneas representa extraordinaria cantidad de trabajo, y es resultado de mucho tiempo invertido en pacientes investigaciones, revolviendo pergaminos, consultando obras empolvadas en los archivos y atesorando, con in-

cansable constancia, materiales para escribirlo.

El Sr. D. Manuel M. de Peralta se ha propuesto, como fin de sus tareas, convencer con la solidez de sus demostraciones á sus amigos de Colombia de la justicia con que sus gobernantes han reconocido los derechos territoriales de Costa-Rica, «prefiriendo aquéllos cimentar la alianza comercial y política y la solidaridad de intereses que de hecho existe entre Costa-Rica y Colombia, á regatear á la primera territorios que la geografía, la historia y la ley reconocen por suyos, y que sin duda le devolverá el arbitraje, deferido á la sabiduría y rectitud del Monarca español.»

Muchos é importantes son los documentos que incluye en su obra el Sr. Peralta, todos ellos de singular

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

interés histórico, y varios de muy remota antigüedad. La capitulación efectuada en 1573 con el capitán Diego de Artieda para el descubrimiento, población y pacificación de Costa-Rica; la real cédula de la Audiencia de Guatemala marcando los límites de aquel país; la toma de posesión de la provincia y del valle del Guaymí, por Juan Vázquez y Diego de Artieda respectivamente; el reconocimiento del río Tarire ó Tiliri, la fundación de la ciudad de Santiago de Talamanca; memoriales, descripciones y demarcaciones, autos, reducciones y misiones, cuanto, en una palabra, puede ilustrar el asunto y hacer valer los derechos de Costa-Rica, ha sido cuidadosamente coleccionado por el señor Peralta, digno representante de aquella nación.

No podemos ni aun indicar siquiera los títulos de los curiosos informes, bandos y reales cédulas que están registrados en el libro que nos ocupa. Baste repetir que *Costa Rica y Colombia* es una obra por la que merece calurosos parabienes su entendido autor, y que no solamente ha de ser por gran manera útil para aclarar el punto que está en litigio, sino que constituye un libro de gran mérito y de mucho interés para la historia de América, que habrán de leer con suma complacencia todas las personas eruditas. El Sr. D. Manuel M. de Peralta será aplaudido por todos los amantes del saber, aparte de serlo en particular por sus compatriotas.

Nada hemos de decir respecto á las condiciones tipográficas del libro. Ha salido de la acreditada imprenta del laborioso industrial D. Manuel Ginés Hernández, y es, como sus predecesores, un modelo de buen gusto

y elegancia. Tipos claros, excelente papel, nimia escurpulosidad para reproducir sin erratas los documentos escritos en el castellano de la Edad Media, son cualidades que nos mueven á elogiar también sinceramente al Sr. Ginés Hernández.

*
* *

Tratado de Aritmética, por D. Z. G. DE GALDEANO, doctor graduado, licenciado en ciencias exactas, catedrático numerario del Instituto de Toledo, miembro corresponsal de la Real Academia de ciencias Exactas, físicas y naturales.—Un tomo en 4.º de 169 páginas.—Toledo.—Imprenta y librería de Fando.—Véndese al precio de cinco pesetas ejemplar.

«En el desenvolvimiento de la ciencia matemática, sorprende que, después de haberse sucedido tantas generaciones de genios ilustres, de inventores infatigables, que han hecho de la misma un cúmulo inmenso de verdades sólidamente establecidas, no se haya llegado á su organización en un plan donde, desde un foco ó centro irradian las divesas jerarquías de verdades, con riguroso encadenamiento subordinadas y coordinadas entre sí; y aún más sorprende que, efecto, sin duda, de lo defectuosa que hoy aparece la exposición y la enseñanza de la matemática, se siga desconociendo la naturaleza de esta ciencia, generalmente considerada como árida, repulsiva y algún tanto envuelta en cierta oscuridad que inclina á juzgarla difícil y resistente al esfuerzo de las inteligencias.»

Así empieza el prólogo que el señor Galdeano pone á su Aritmética. Apartándose del camino trillado, se

propone seguir un plan más lógico y científico en sus publicaciones, fijándose muy principalmente en la crítica matemática. No se ocultan al laborioso profesor del Instituto de Toledo las dificultades con que ha de tropezar en la realización de su propósito, dificultades que nacen de la indiferencia con que la mayoría de las personas ven esta clase de estudios, de los aficionados á la rutina, y de la estrechez que imponen los programas oficiales.

Pero como el Sr. García de Galdeano está firmemente penetrado de la utilidad de sus esfuerzos; como antes hase provisto de la erudición que dan largos años de meditados estudios, leyendo las obras más notables que sobre las matemáticas se han publicado desde la más remota antigüedad, examinando las que en la época actual dan á luz los maestros de Alemania, y, por último, tiene además muy conocido el difícil campo de la filosofía, ha conseguido con su *Aritmética* un verdadero é indisputable triunfo. Porque sin que aparezca nunca oscuro, con una claridad y sencillez que encantan, expone todas las teorías enlazadas con rigor filosófico, y hace que, estudiando su notable libro, se vislumbre la importancia de las matemáticas, hasta ahora como disfumada por lo variado y extraño de los métodos, cuando no la por inconexión en muchos casos.

No es este el único título que el Sr. Galdeano tiene al aplauso de los amantes del saber. Sus *Observaciones para el estudio de las Matemáticas*, *El método aplicado á la ciencia matemática*, *Literatura científica contemporánea*, *Complemento de geometría elemental ó crítica geométrica*,

Geometría elemental con nociones de Trigonometría, el *Tratado de Álgebra con arreglo á las teorías modernas*. Los *problemas de Aritmética y Álgebra*, son otras tantas publicaciones por las que merece calurosos parabienes el ilustradísimo catedrático.

Quizás no sean todavía bastante conocidas sus obras—nosotros mismos nos acusamos de no haber leído alguna de ellas hasta hace poco;—quizás tropiece con las dificultades que origina lo mucho que en nuestro país cuesta á las ideas nuevas el abrirse paso. Pero como el Sr. Galdeano es hombre de indisputable valer, y su actividad es tan grande como claro es su talento, nos parece que en breve habrán de ser aceptados por la generalidad los libros que el Sr. Galdeano publica, y preferidos para textos en la mayoría de los establecimientos en los que las matemáticas constituyen la base de la enseñanza.

Reciba, pues, nuestra enhorabuena cordialísima el Sr. D. Zoel G. de Galdeano, y dispéñenos si la índole literaria de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, la escasez del tiempo de que disponemos y acaso también—¿por qué no decirlo?—la falta de aptitud, nos impiden hacer un examen detenido de las varias y excelentes publicaciones de que es autor el mencionado catedrático.

R. A. SEREIX.

* * *

Crestomatia inglesa, selectas de los escritores más eminentes de la Gran Bretaña, por D. ANTONIO BERGUES DE LAS CASAS.—Quinta edición.—Barcelona, librería de D. Juan

Olivares.—Un tomo en 4.º de 326 páginas.—Véndese al precio de 6 pesetas ejemplar.

Realmente es esta una obra de la que huelga hacer elogios; la grandísima fama de que disfrutó su autor, el sabio catedrático y rector de la Universidad de Barcelona, la aceptación general que ha merecido, hasta el punto de haberse impreso ya cinco copiosas ediciones, nos eximen realmente de pararnos á señalar las excelentes condiciones de la *Crestomatía inglesa*.

Pero no hemos de renunciar á la satisfacción de dedicarle algunas palabras. Como indica el acreditado editor de la obra, Sr. D. Juan Olivares, su docto compilador ha logrado reunir en ella todos los estilos, desde el sencillo, á la par que sublime, de Mr. Barbault, hasta el familiar y culto de Mr. Edgeworth; desde el conceptuoso y filosófico de Abdisón, hasta el pulcro y elegante de Wálter Scott; desde el humorístico y tierno de Sterne, hasta el claro y conciso de Robertsnó; desde el ligero y elegante de Wáshington Irving, hasta el culto y tierno de Hook, etc.

Contiene también el libro una comedia de costumbres de Sheridan, *The School for Scandal* (la Escuela de la Maledicencia) que es una de las mejores del autor, que sirve para familiarizarse con el estilo del diálogo inglés. Inclúyese varios fragmentos del *Anticuuario* de Wálter Scott, para que se conozcan los giros del dialecto inglés, y además algunas cartas de diferentes géneros y un apéndice con muestras del estilo epistolar mercantil, facturas, etc. Añádese á lo dicho, que hay más de mil notas explicativas, en que se recuerdan las principales reglas gramaticales que

facilitan en gran manera la comprensión del texto.

En resumen: la *Crestomatía inglesa* es un libro indispensable á cuantos deseen estudiar con fruto la lengua de Shakespeare, y, con toda franqueza lo declaramos, no conocemos ninguno de su clase que reúna las plausibles condiciones que aquél.

No es la *Crestomatía inglesa* la única obra que dió justa celebridad al Sr. Bergues de las Casas. Su *Gramática francesa*, que está concienzudamente escrita; su *Crestomatía francesa*, no menos notable que la anteriormente examinada, su *Curso completo de pronunciación francesa*; la *Gramática inglesa*, superior por varios conceptos á las de otros autores; la *Gramática griega* y la *italiana*, así como la *Crestomatía griega* dan testimonio de la incansable actividad y del mucho saber del ilustre D. Antonio Bergues de las Casas, y confirman el buen acuerdo de los profesores de Institutos, colegios y Acadamias, que han adoptado de texto las mencionadas obras.

A.

*
* *

Tratado completo para fabricar y mejorar vinos, aguardientes y espíritus de industria, por D. ANTONIO BUXADÓS. — Un tomo en 8.º de 96 páginas.—Imprenta y librería de D. Juan Olivares, Escudillers, 57, Barcelona.

Siendo de extraordinaria importancia en nuestro país las industrias vitícola y vinícola, todo libro que de cualquiera de ellas trate, cuando, como acontece con el que motiva estas líneas, está escrito con dominio cabal de la materia, es interesante y

digno de aplauso, porque contribuye al acrecentamiento de la fuente principal de riqueza y prosperidad en España.

El Sr. Buxadós ha coleccionado en forma clara y concisa el estudio de cuantas cuestiones se relacionan con la fabricación del vino. Hombre práctico y teórico á la vez, expone los métodos para quitar el sabor agrio al vino, clarificarlo, hacer vino

dulce, moscatel y vinagre, dar negro al vino; obtener vinos de diversas clases. Trata también de los licores, vinagres aromáticos, jarabes y aguas olorosas.

Reciba nuestros plácemes el autor, y asimismo D. Juan Olivares, que, publicando obras serias y bien escritas, tanto influye en la ilustración de la sociedad.

S.



MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ.

Libertad, 16 duplicado

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
de ESPAÑA y AMERICA
MEDALLAS de Oro y de Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Laja.

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la
DIGESTION

12 años de éxito

contra las
DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ETABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde! » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés *hygiéniques, apéritives et digestives*, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs **O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.**

10 VENTE PAR AN:
millions de bouteilles

Exiger la Signature :

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.831 »

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

Y

SUCURSAL DE ESPAÑA
MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)